


EX LIBRIS
RALPH·S
BOGGS
HIS·BOOK



MENTIDERO DE MADRID

OBRAS

QUE HASTA AHORA COMPUSO DIEGO SAN JOSÉ

TEATRO

Un último amor, comedia en una jornada escrita en verso y precedida de un prólogo en prosa.

El semejante á sí mismo, comedia en tres actos y en verso, de D. Juan Ruiz de Alarcón, refundida (1).

El primer novio, diálogo en prosa (2).

La canción de la esclava, zarzuela en un acto (2).

El bufón del rey, drama en cuatro actos y en verso, adaptación del de Víctor Hugo, *Le Roi s'amusse* (2).

La estatua de nieve, leyenda trágica en un prólogo y tres jornadas, escrita en verso (2).

Los pechos privilegiados, comedia en tres actos y en verso, de D. Juan Ruiz de Alarcón, refundida (3).

La dama boba, comedia en tres jornadas, de Lope de Vega, refundición.

Marta la piadosa, comedia en tres jornadas, de Tirso de Molina, refundición.

LECTURA

Rufianescas, romances y letrillas, con un soneto de Emilio Carrére.

---

(1) En colaboración con D. Xavier Cabello Lapiedra.
(2) Idem con D. Enrique Reoyo.
(3) Idem con D. Francisco A. de Villagómez.

Los hijosdalgo del hampa, prosa vieja, con una semblanza del autor, por Enrique Reoyo.
Hidalgos y plebeyos, poesías, con un soneto de Antonio Rey Soto.
Esposas del Señor, novela.
Otra perfecta casada, novela.
Las añoranzas de Don Alvaro, novela.
La fuerza de la sangre, novela.
Vida de pícaro, novela.
Mozas del partido, novela de picardía y desaprensión.
Libro de diversas trovas.
La bella malmaridada, novela.
Serafines de retablo, novela.
En la flor de la vida, novela.
La última hazaña de Luis Candelas, narración.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

Breviario para una dama, poesías.
La arcabucera, novela.

MENTIDERO DE MADRID

VERDADES Y PATRAÑAS DE LA VILLA,
MUY Á PROPÓSITO PARA SER LEÍDAS EN LAS NOCHES
DEL INVIERNO LUEGO DE LA DEVOTA PRÁCTICA
DEL SANTO ROSARIO. ESCRÍBELAS

DIEGO SAN JOSÉ



MADRID
IMPRENTA HISPANO-ALEMANA
Gonzalo de Córdova, 22. Tel. 4.610
1914

DECIDNOS, ¿QUIÉN MATÓ AL CONDE?

RELATO DE LA MUERTE DE VILLAMEDIANA POR UN TESTIGO ANÓNIMO

Tiempo ha pasado sobre aquel lamentable suceso y aún paréceme que le tengo delante de los ojos. Ni amigo ni enemigo era yo del Sr. D. Juan, que de saludarle no más le conocía, y su trágico fin ha dejado en mí profunda huella. ¡Dios le tenga en su santa gloria!

De mañana le vi en Palacio, y cierto que estaba más decidor y agudo que nunca. Los alfilerazos personales y políticos entretenían notablemente á un grupo de caballeros que esperaban audiencia de Su Majestad, y aunque harto sangrientas las semblanzas y demasiado atrevidas las reprensiones, cautivaban los chispazos de su mal empleado ingenio.

De todo habló, de los negocios de Flandes é Italia, del resello y contraste de la moneda, de la flota de

Indias recién llegada á Cádiz, de la soberbia y favor del Conde Duque, de la necedad y presunción del de Osuna y de todo hizo tiras.

Pasó D. Baltasar de Zúñiga, confesor del Rey y tío del privado y, llamándole aparte, díjole no en voz tan queda que dejara de oirse:

—Téngase y mire lo que habla, que tiene peligro de la vida.

Advertencia que fué escuchada por D. Juan con una nueva y más indiscreta burla, que hirió muy gravemente la sutil suspicacia del religioso.

Salió á poco un gentilhombre y dió razón de que Su Majestad hacía punto por aquella mañana en las audiencias, con lo que todos abandonamos la regia antecámara.

Subió el Conde á su coche y mandó al cochero que guiase hacia el Prado de Recoletos.

Los que habían sido coro de su gracejo quedaron comentando la prodigiosa vena de D. Juan de Tassis, y así juzgábale cada uno según el grado de simpatía que tuviera con Olivares, ó midiendo la distancia á que pudieran hallarse de las condales saetas.

. . . .

A última hora de la tarde hube necesidad de volver á Palacio y topéme con S. E. al cruzar por las

Losas; traía inusitada cohorte de servidumbre, aparato que en él no era costumbre, pues la más compañía con quien solía vérsele era algún allegado ó deudo ó con el racionero de la Catedral de Córdoba, D. Luis de Góngora.

Cuando salió era á tiempo que tornaban los Reyes de las Descalzas Reales.

Fué á llegarse para cumplimentar á las regias personas; el Rey cruzó ante él como si no le hubiese reparado; la Reina inclinó ligeramente la cabeza á la respetuosa reverencia del usía y también pasó despectiva.

No fué ajeno el real desvío á los ojos de los cortesanos; pero la arrogancia del Conde supo contenerles el gozo que pugnaba por saltarles al rostro.

Llegóse al camarero de la Reina, D. Luis de Haro, que en manos de un palafrenero dejaba su alazán brioso, y díjole que fuese con él á pasear en coche, pues tenía urgente necesidad de hablarle.

Aceptó el hijo del Marqués del Carpio y luego salieron.

Dos ó tres cortesanos y yo dirigímonos hacia la calle Mayor, muy despacio, que parecía que sisábamos la andadura al comentario del desvío inferido á Tassis por el monarca.

Dos ó tres vueltas dimos desde la Puerta del Sol á Platerías en lo que hízose noche.

Nos despedíamos cerca de Boteros cuando advertimos que pasaba un coche; dél bajaba un caballero y antes de que asentase pie en el suelo llegósele un hombre como para dalle un papel y asestóle un fiero golpe en el pecho; consumada que fué la felonía, despareció, aprovechándose de la obscuridad que invadía los soportales.

Un ¡ay! lastimero salió de los labios del herido; acercámonos y vimos con el natural asombro que no era otro que D. Juan de Tassis Peralta.

Quiso D. Luis echar tras del asesino, pero las sombras de la noche declaráronse encubridoras é hicieron inútil toda persecución.

Aún tuvo alientos D. Juan para poner mano á la espada, pero éste fué el postrero rasgo de energía que el Señor permitióle hacer en este mundo.

La ancha boca de la herida semejaba un trágico manantial, pues la sangre fluía en fuerte borbotón.

—Esto es hecho—dijo—y cayó redondo al suelo, sin que unas manos amigas pudieran evitarlo.

Lleváronle tumultuosamente al zaguán de su casa, que estaba casi frente á donde vino á encontrar fin tan desdichado y antes que hubiesen lugar de subirle

á su aposento, en los picudos guijos del pavimento se le esfumó la vida.

....

Del criminal nada se supo. Solamente por fórmula abrióse una indagatoria y de ahí á poco no más del recuerdo del sangriento accidente quedó en el ánimo de los madrileños.

Yo conocí un guarda mayor de la Casa de Campo llamado Ignacio Méndez, del que malas lenguas decían que era el brazo izquierdo del Rey porque vengábale los agravios secretos...

No sé yo si eran ó no ciertas las causas á que se atribuyó la mala muerte del Conde, en lo que atiende al enamoramiento de la Reina D.ª Isabel, pero tanto empeño tuvo él en insinuarlo, que bien pudiera.

Creen los más que la venenosa pluma y el desaprensivo y cínico decir fueron quienes trajéronle á este término desastroso.

Yo pienso que unos y otros se juntaron, pero, muy á pesar del interés que mostró la villa toda y de los epigramas y elegías de los más notables ingenios, no prevaleció alguno; sólo quedó como artículo de fe para salvarse,

que el matador fué Bellido
y el impulso soberano.

BARRIOS PRIVILEGIADOS

Calles y encrucijadas venerables que formáis los barrios de las Huertas y de Atocha, para mí tengo que benditas fuísteis al nacer por una mano omnipotente y guardadas estáis como eterna reliquia por algún ángel tutelar.

Con envidia han de miraros las otras calles, hermanas vuestras por haber aposentado en los albergues que antaño os formaban lo más florido y galano de que pueden vanagloriarse los pueblos, que es el ingenio y el amor.

Vía hay de vosotras que pudo muy bien estar cerrada en su principio por una cadena, de no habêr tenido en su mitad la guardilla de algún poeta.

El ingenio que guardasteis tan excelso es, que el sol mismo pudiera tomar luz de él y aún le sobrara. Ved si no alumbran el orbe á un tiempo mismo—cosa

que Febo no puede hacer sino en veces—tres vecinos que hubisteis en un palmo de terreno y se llamaron en el siglo D. Miguel de Cervantes Saavedra, don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas y Fray Lope Félix de Vega Carpio.

La otra vanagloria ya no tiene ascendencia tan noble, y es, sin duda, por aquello de que lo vulgar y lo sublime gustan de discurrir de la mano, y no porque de exprofeso el uno y el otro se busquen, sino porque es ley de vida, así como acontecer suele con el llanto y la risa, que no han de diferencia más de un gesto. Y con no ser de alcurnia, como digo, esta vanagloria, tan típica es y tan vuestra, que pienso que habríais de querellaros por justicia si dellos os privaran, que aún no hubo corregidor ni alcalde que haya osado intentarlo.

Ya bién pobladas estabais por damas del amor al contado, que no había truhan de la corte ni arriero manchego que dejara de conocer aquella famosa mancebía á espaldas del monasterio de la Trinidad Descalza, cuando el venerable Simón de Rojas allá os barrió (como si fuérais estercolero del vicio) á las más raídas mozas del Ave María, la Cabeza y el Olmo.

Mujer iría entre ellas que, por la estampa de la

figura, pareciera de perlas en los harenes de Mahoma, y por el temple del ánima diera quince y raya á una compañía de tudescos.

Cuántas noches, después de la *queda*, ¡oh calles venerables!, cruzaríanse á un tiempo sobre vuestros picudos pedernales un clérigo apuesto y enjuto, en cuyo amplio manteo campara la cruz aspada de la orden militar de San Juan de Jerusalén, ó un caballero de razonables facciones veladas por descomunales espejuelos, ancho de cuerpo y de torvo andar, con una de aquellas buenas ermitañas de la madre Venus.

Yo bien supongo que las tales, que son como la verdadera justicia, sin mezcla de escribanos ni alguaciles, es decir, que á todos, grandes y chicos, sabios y zotes, caballeros y rufianes, pasan con el mismo rasero, para nada pararian en la ropa talar de uno ni en la cruz de Santiago que honraba el tabardo del otro, y así les hablarían como á probables huéspedes.

Bien se me alcanza que en la plazoleta del *Mentidero de Representantes* esperaban ellas como taimadas sirenas, desde el anochecer hasta el toque de ánimas, el paso de los rezagados y de los que exprofeso acudían á buscarlas.

Por allá, hacia la plaza de Antón Martín, sentiríase cada noche el rumor de una pendencia, luego choque

de espadas, y como fin un ¡ay! lastimero que fuese un alma que muda de su cárcel. Unos puntos de luz rielarían en la sombra, y los veloces pies del manilargo mortificarían los agudos pedernales.

—Téngase al rey—diría una voz.

—Al ladron—gritaran otras á coro.

El asesino corre y los puntos de luz, que no son más que una ronda de medrosicos corchetes, al mando de un asustadizo alguacil, van á su alcance y con todo se topan, si no es con el que persiguen, porque nunca falta una *dama* compasiva que observa austeramente el derecho de asilo, y asiéndole al pasar, éntrale en su celda y encaja el postigo, quedándose ella fuera por mejor disimular.

Acaso alguna destas pródigas vecinas tenga sobre su ancha conciencia la muerte de aquel alto y desordenado ingenio, D. Guillén de Castro, que hubo de dejar su vida en el Hospital de la Corona de Aragón, que entonces no estaba donde ahora poco, sino en un casón del Avapiés, saliendo al campo.

Porque se vea si todo el perímetro destos barrios es bien aprovechado, sepan que allá en la calle de Atocha estuvo la benéfica fundación del venerable Antón Martín, compañero y discípulo de San Juan de Dios, que, inspirado por las quiebras y resbalones de

tan regocijada vecindad, fué servido de ponerle á pocos pasos la casa de salud.

¡Dios se lo habrá premiado!

Al fin, cuántas destas *magdalenas,* tocadas de un sincero arrepentimiento, más por la fuerza de la edad y las torturas de los achaques que por la meditación de sus culpas, irían á arrinconar sus ñapas (como Tarasca del *Corpus* luego de la procesión) al piadoso recogimiento de San Nicolás de Bari, que por una cruel é impensada ironía estaba contiguo al de niños, bajo la maternal advocación de Nuestra Señora de los Desamparados.

¡Oh, amables barrios! ¡Queridos alrededores de los corrales de la *Pacheca, Burguillos* y *Cristóbal de la Puente,* hoy que son muertos vuestros ingenios y vuestras mozas (aunque destas no se extinguió la raza, que muy queridas nietas campan hoy por los mismos sitios desde el toque de ánimas hasta que el alba ríe), hoy, que de lo que fuisteis no queda más que la disposición de algunas calles, con cuánto respeto os pisan mis pies y con qué profunda devoción evocan mis sentidos vuestras mocedades!...

Tengáis por los siglos de los siglos la bendición de una mano omnipotente, y sigáis estando guardadas como eterna reliquia por algún ángel tutelar...

LA PLAZA MAYOR

ELOGIO Y MUY BREVES NOTICIAS DESTE HISTÓRICO RECINTO

No hay pueblo en el mundo, por chico que sea, que no haya su Plaza Mayor, la cual sirve de escenario á todo hecho importante acaecido en tiempos pasados y en los que van corriendo.

Esta de Madrid, es muy honorable y de rancia historia, como sus hermanas las de Salamanca y Valladolid, á las cuales seméjase notablemente, sobre todo á la primera, que en lo que toca á la segunda, algo se desfiguró luego de la tostadura que hubo de sufrir en 1651, que, sin duda, aficionóse tanto de los autos de fe, que cuando no tenía carne pecadora que enviar á los quemaderos, á sí misma se abrasaba.

Los más insignes cronistas de la villa dicen que esta plaza tuvo origen en los primeros años del siglo xv, reinando D. Juan II, y dicen que entonces denominá-

base del «Arrabal», por estar á la entrada casi de la Villa, muy cerca de la Puerta de Guadalajara.

Una real provisión del señor rey D. Felipe II, fechada en Barcelona el 17 de Agosto de 1593, dirigida al licenciado Cristóbal de Toro, manda que le informase «qué costaría hacer unas tiendas en la Plaza del «Arrabal» y si seguiría utilidad de hacerla quedando su fábrica para los propios de la Villa».

Ya iba andando con pasos infantiles el siglo XVII, y regía bastante desastrosamente los destinos de España é Indias la desdichada corona de Felipe III, cuando la plaza sufrió su primera reforma, dirigida por el arquitecto Juan Gómez de Mora, aventajado y querido discípulo de Juan de Herrera. A su pericia y conocimientos en el arte monumental, unía una actividad poco española, puesto que comenzó las obras en 1617 y diólas por terminadas dos años después.

Muy poéticos é históricos recuerdos conserva esta plaza, que unas veces por empresas de galanura y cortesanía, fué palenque de caballerescas justas, juegos de cañas y fiestas de toros; y otras, por intransigencias de la fe y el poder Real, privó como cerquillo de brasero y tajo de carne noble.

El 15 de Mayo de 1620 celebróse en ella la beatificación del patrón de los madrileños y de los vagos,

San Isidro del Campo, y una Junta poética, de la que fué secretario Lope de Vega, para premiar unas ramplonas quintillas de su hijo Lope Félix. Ya esta vez comenzó la hija de aquella otra Plaza del «Arrabal», á mostrarse partidaria de la chamusquina, pues un castillo fastuosísimo que construyóse en el centro ardió como yesca.

El 2 de Mayo de 1621 celebróse, con gran suntuosidad, la proclamación de Felipe IV de Austria. Hay fechas fatídicas para España; lo ha sido siempre esta del 2 de Mayo.

Y en 21 de Octubre del mismo año, finó en ella, de mala é injusta muerte, D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias y conde de la Oliva; aquel noble prócer que ha dejado una frase en la fantasía popular. Ya en tiempos no muy anteriores del infausto suceso, díjole el cínico y noble poeta Villamediana (que también había de acabar de mala guisa), aludiendo á cierta pendencia que hubo el marqués con un capitán de guardias apellidado Verdugo:

¿Pendencia con Verdugo, y en la plaza?
¡mala señal, por cierto, te amenaza!

Tornó en 1622 á ser salón de actos de la Iglesia

para canonizar á San Isidro, San Francisco Xavier, Santa Teresa y San Felipe Neri.

En 1.° de Junio de 1623 fué teatro de aquellas magníficas fiestas de amor, que esfumáronse en desvío, porque era conveniencia de Estado y no Cupido quien había pretensión de unir los destinos del príncipe de Gales y la infanta doña María. Y de aquel festejo nació en la corte una nueva leyenda. No habíase hecho lugar para que la famosa comedianta María Calderón, gentil entretenimiento de la católica majestad, presenciara la fiesta, y advertido dello el monarca, en una noche mandó construir un balcón fuera de línea (porque más se destacara), hacia la calle de Boteros (hoy callejón del Triunfo), de cuyo estrado es fama que fué arrojada por la reina doña Isabel.

Para celebrar el fin del ajuste matrimonial entre la infanta de España y el príncipe inglés, verificóse el 21 de Agosto de aquel mismo año 1623, otra fiesta taurina, en la cual el rey poeta (?) alanceó un toro á cuyo extraordinario suceso hiciéronse muy donosos y pedestres panegíricos, habiendo quien llegó á envidiar la enorme suerte del bicho.

En Enero de 1623 inauguró la Plaza Mayor la serie de autos de fe, que sostuvo hasta fines del siglo XVIII. Ello fué para juzgar á Blas Ferrer por fingirse sacer-

dote, el cual fué condenado á tostadura lenta en el brasero de la Puerta de Alcalá, y sin duda que un chispazo vengativo escapado de la cruz del quemadero, vino el 7 de Junio de 1631 á cebarse en el espacio que mediaba entre la «Carnicería» y el arco de Toledo; duró el incendio tres días y murieron infinidad de personas. Los auxilios humanos eran estérlles, habiendo que acudir á la intercesión del Santísimo Sacramento, sacado de las parroquias de Santa Cruz, San Ginés y San Miguel, y todas las imágenes de Nuestra Señora que había en la corte.

Corrióse á los pocos días los tradicionales toros de Santa Ana, diversión que acarreó una nueva desdicha, pues temeroso el públlco con el fuego reciente, creyó, por una falsa alarma, que se repetía la desgracia, y al pretender huir prodújose más grande desdicha que la anterior... No obstante, continuó la fiesta y los reyes no se apartaron de su puesto.

Un largo espacio de tiempo transcurrió sin que nuevo suceso ni alegría importante viniera á inquietar á la gran «bullanguera», hasta que, por los años 1648, ocurrióseles al duque de Hijar, D. Rodrigo de Silva; al general D. Carlos Padilla y al marqués de la Vega, el mal acuerdo de conspirar contra el Es-

tado, y hubieron de morir en esta plaza á manos del verdugo, el día 5 de Noviembre.

Hasta 1790, que alcanzó este triste privilegio la plaza de la Cebada, fué ésta la elegida para el cumplimiento de las sentencias de muerte. Cuando era pena de garrote, levantábase el cadalso frente á la «Panadería»; cuandc de horca y degüello, en la parte de la «Carnicería».

Y tornan las señoras llamas á invadir nuevamente el recinto, destruyendo la mencionada «Panadería» é infinidad de casas, la cual fué reconstruída en diez y siete meses, merced á la influencia del privado D. Fernando de Valenzuela, y bajo la dirección del arquitecto D. José Donoso.

En 13 de Enero de 1680 hubo grandes fiestas para celebrar la entrada en Madrid de Doña María Luisa de Orleans, esposa del monarca «hechizado». En contraste á esta ventura, el 30 de Junio del mismo año celebróse el famoso auto de fe, cronicado por José del Olmo, el cual presenciaron Sus Majestades desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche. Fueron condenados á la hoguera «veintiún» reos de los ochenta que se juzgaron.

En 1701 fué proclamado en ella por rey de España, con el nombre de Felipe V, el duque de Anjou. Poco

después sufrió la ignominiosa proclamación del archiduque austriaco.

El nuevo monarca francés destituyóla de su importancia anterior y redújola á mercado público, y sólo en sucesos muy solemnes volvió á lucir su antiguo esplendor. Tal sucedió al advenimiento de Fernando VI, proclamación de Carlos III y jura del príncipe de Asturias, luego Carlos IV.

El 16 de Agosto de 1790, un nuevo y voraz incendio dejó completamente destruído el lienzo que unía la parte de Oriente con el arco de Toledo. Poco después quedó reconstruída bajo la dirección de D. Juan Villanueva.

Con motivo del matrimonio de Fernando VII (por el entonces príncipe de Asturias con la infanta Doña Ana de Nápoles), verificado el 13 de Julio de 1803, celebráronse muy lucidas y ostentosas fiestas.

Y así continúa y continuará (¡quiera Dios que por muchos siglos y lo veamos todos!), siendo palenque de las fiestas más notables de la corte, que aún en el siglo que nos dejó, fué campo en que con más encarnizamiento batiéronse la milicia nacional y las tropas reales el 7 de Julio de 1822. Las últimas corridas de toros hubieron de celebrarse el 21 de Junio de 1833, con motivo de la jura de la reina Isabel, y luego

en 16, 17 y 18 de Octubre del 36, en celebración de las bodas de la misma con D. Francisco de Asís, duque de Cádiz, y de la infanta Luisa Fernanda, con el duque de Montpensier.

Esto es, cuanto puedo ofrecerte de la honorable Plaza Mayor, entresacado de cuanto bueno y curioso se ha dicho della, desde el maestro López de Hoyos, pasando por León Pinelo, Francisco Santos, D. Juan de Zabaleta, etc., etc., hasta el llorado é ilustre D. Ramón Mesonero Romanos («El Curioso Parlante»).

LA NOCHE DE UN 6 DE DICIEMBRE

(DE UN LIBRO DE MEMORIAS...)

... Poco réstame ya que decir de la corte y villa, y estando ya despachadas nuestras pretensiones por la Presidencia del Consejo, al amanecer del lunes pienso en besar la mano de vuesamerced, padre mío, y abrazar á mi hermana, á quien llevo una grata sorpresa mía y unas sabrosas golosinas de las madres concepcionistas.

Ayer habemos tenido grande y ejemplar divertimiento, que no desperdicié; á prima hora de la tarde hase celebrado una solemnísima procesión para dar comienzo á las santas obras del convento de Capuchinos Agonizantes, que, bajo la protección de la reina nuestra señora y con la gracia de Dios, se alzará en la calle de las Infantas, justamente en el mesmo sitio donde estuvo la casa en que unos infames hijos de Israel azotaron, en los tiempos pasados, una ima-

gen de Nuestro Divino Redentor. ¡Sea por siempre bendito y alabado su santísimo nombre!

Dígole á vuesamerced que ha sido notable la ceremonia y de grande ejemplaridad.

Salió la procesión del templo de Santa María y pasó por el Alcázar, donde recogió á los reyes. Su Majestad la Reina iba en litera, escoltada por su augusto esposo y la grandez española. El estandarte portábale el señor Almirante de Castilla.

Diz que estos benditos frailes que agora «siembran» su casa cumplen con el santo y piadoso ministerio de ayudar á bien morir á las gentes, y que no más que por este triste deber pueden abandonar la clausura.

La más grande novedad que en el día de hoy preocupa á Madrid es el haber sido preso anoche, en el palacio del señor Duque de Medinaceli, el gran satírico D. Francisco Gómez de Quevedo y Villegas.

Aún no se saben á punto fijo las causas de tan triste determinación.

Parece que á eso de las diez y media, cuando el insigne poeta hallábase en tierno y divino coloquio con las nueve hermanas, doncellas de Apolo y comadres suyas, presentáronse en casa del dicho Duque y habitación del señor de la Torre de Juan Abad (á

quien el alcurniado prócer hacía la distinción de cobijar bajo su mesmo techo), D. Enrique de Salinas y D. Francisco de Robles, alcaldes de corte, y con gran silencio y cautela, sin que pudiera nadie persuadirse, llegaron hasta el mismo aposento del poeta y se apoderaron de él.

Una vez en la calle, á donde le sacaron por una puerta de servicio que da á la plaza de Jesús, hízole subir Robles en un coche y lo llevó hasta la Puente toledada, donde esperaba otro carruaje de camino, con escolta de alguaciles y soldados.

Diz que le conducen á San Marcos de León.

Hanle sido recogidos los papeles y libros y llevados á casa de Joseph González, ministro de Justicia, no sé á este punto si escribano, procurador ó alguacil.

El vulgo, que adora en D. Francisco, hace mil cábalas y conjeturas, sin saber á qué obedezca tan desdichado suceso.

Dicen unos que es la enconada malquerencia del de Olivares; muchos, que efecto natural de una sátira contra la real persona, y otros (que se precian de saberlo de buena tinta), que por padecer el propio mal que el Nuncio que murió habrá tres meses, esto es, por espía del Cardenal Richelieu.

A lo menos, sábese muy de cierto que frecuentaba muy á menudo la habitación del autor de los *Sueños* un confidente del prelado y político francés.

Si aquesta, que se da por más verdadera, es la causa, grande mal recelo para el ilustre flagelador de usos y costumbres y quitamáscaras de farsantes, que por muy alta que sea su ejecutoria de inmortal, no es esta de la traición y del espionaje mancha que borra el talento.

Si es calumnia, como presumen los que le admiran y festejan, será nube de martirio que aumentará su gloria.

A monseñor Campeggio, Nuncio que fué de Su Santidad, el mesmo achaque de infamia le costó las credenciales y la vida este verano. Cuatro de sus criados pagaron el encubrille con ser fruta de cuelga en los Caños de Alcalá...

Toque Dios en el corazón de su católica majestad, por que no crea en este infame delito que se le imputa al hoy Príncipe y Fénix de los Ingenios españoles, que si no, muy bien pudiera acontecer el que en los anales de la corte se señalara con piedra negra el 6 de Diciembre de 1639.

Dios guarde á vuesamerced, padre mío, etc...

....

HOMENAJE AL SANTO

Siempre fuimos los españoles muy bullangueros y amigos de la jarana, que no hay suceso que no ostente ribetes de fiesta, por grave que sea, mucho más cuando la cosa lo trae por salsa.

Esta bulla de hoy en memoria del Santo anacoreta, prototipo ejemplar y prócer entre aquellos de la Tebaida, que, lejos del mundanal ruido, con la penitencia y la meditación cimentaron su fama futura, y diz que hasta el trono del Altísimo ascendieron con todo género de prerrogativas y honores, es fiesta tan madrileña, que pienso que la corte entera se alborotara si algún municipio diera en suprimirla.

Dijérase que este San Antonio (á quien para no confundir con el divino de Padua llaman villanescamente San Antón) es el santo de las coincidencias, pues que, merced á ellas, tenémosle hoy en los altares, pues parece que era bueno y pacífico burgués,

que más gustaba de las bellezas de la vida que de quebrarse los cascos sobre los libros, y menos de abrirse las carnes á disciplinazos; pero aconteció que una mañana lluviosa, por guarecerse del agua, entró en la iglesia, á tiempo que el sacerdote decía aquellas santas palabras del Evangelio:

«Si quieres ser profeta, ve y vende todo lo que tienes; dalo á los pobres, y hallarás un tesoro en el cielo.»

Y pensando que con él iba el prudente y cristiano consejo, que no con otro alguno, tomólo tan al pie de la letra, que, marchando á su casa, hizo partición de sus bienes entre su hermana y los pobres, menos una pequeña suma, que hubo de reservarse, por si la vocación no le ayudaba en la buena vida, pues conocido érale el axioma que dice: «Mudar opinión es de sabios», y retiróse al Desierto, donde por más de ochenta años estuvo en penitencia, y donde el Diablo enredador, tomándolo por guitarra, le tentaba cada día.

Por esto entiendo yo que la fiesta es tan alegre.

Muy autorizados y antiguos coronistas de la villa dicen que en tiempos hubo una ermita en honor del venerable, allá por el camino de Hortaleza, y es donde comenzó el 17 de Enero la fiesta en honor del bienaventurado.

Que, á lo que parece, ello hubo de nacer de que en una epidemia terrible que padeció el ganado de cerda, acudieron ganaderos y pastores al buen abad, y al punto tornaron los cochinos á mostrarse bizarros y lustrosos como canónigos.

En un principio fueron solamente los villanos y pajes de las cuadras (por no decir mozos de mulas) los que á la ermita del camino de Hortaleza acudían, con la ofrenda, una media, de pienso, que el ermitaño bendecía, y luego de tomar una porción para la manutención del santo (quiero decir para el sostenimiento del culto, no venga algún malicioso destos, que nunca faltan, á tomar el rábano por las hojas, como decirse suele), volvía la cebada bendita, que era contra el mal de los animales como la señal de la cruz contra el rey de los Infiernos.

Luego, ya más adelante, en el siglo galano de las damiselas y las peluconas, en que el pueblo era más novelero y amigo de romerías, fué cuando la fiesta comenzó su rumbo triunfal, y D. Ramón de la Cruz y D. Francisco de Goya, en rimas y en lienzos, grabáronle su noble ejecutoria.

La *manolería* y la *majeza*, aquel día, cesaban en lo posible sus rencores de raza, y haciéndose cargo de que la fiesta era para todos, della gozaban hasta

hartarse, aunque al fin asomaran los dimes y diretes, y en los donaires de las coplas y en las puntas de las navajas estuviera el fin de fiesta... ello sin contar los chisperos, que en la red de las mantillas manolas claudicaban los rencores, y cual corderillos se dejaban apresar.

Y ¡cómo había de parecer bien y llenar la calle cuando en ella aparecía aquella duquesa de rompe y rasga, acicate de la nobleza, señora del pueblo y alba de la hermosura, que decían doña Cayetana de Silva! con su cohorte de toreros, chulos, poetas y artistas, y al mirar alguno que días antes en la plaza, en la calle, en la escena ó en el lienzo hubiera tenido algún triunfo, echábale el alma por los ojos, y parecía que toda ella se entregaba con el mirar.

Luego, los buenos Escolapios, que tomaron el culto á su cargo, hicieron en plena calle de Hortaleza, su mansión señorial, protegidos por la calamitosa majestad de D. Fernando VII, y por allí ha pasado cada año la flor de la alegría, la bandera española, unas veces pulida y orgullosa, como flotó el pendón de Castilla sobre las torres de la Alhambra, y otras ajada y maltrecha, como se derrumbó en Cavite, pero siempre engarzada en coplas y en donaires, que España nunca por muchas lágrimas pierde una fiesta.

REGALÍAS DE FREY FÉLIX

Dice y mantiene á la faz del sol, D. Luis Fernández de Córdova, que no hay sobre la corteza del mundo ni aun la hubo en los tiempos pasados, ingenio tan peregrino y sólido como el capellán poeta Frey Lope Félix, y dice que él mismo, el propio duque, diera sobre los pergaminos de su casa, y el valer de sus bienes muebles é inmuebles, la vida por haber un átomo, del donaire que el dicho clérigo desperdicia no más de un cuarto de hora de conversación ó en la brevedad de una epístola, y tal le estima, que á su mandar está toda la servidumbre deste prócer, y, si menester fuese, deudos y amigos.

La mayoría de los papeles que rima Frey Lope, no penséis que duermen en el estudio en que hubieron de escribirse, sino en los archivos de la casa de Córdova, y así, cuando el poeta echa menos algo que

puede aprovechar para alguna comedia, no la busca en sus cartapacios, sino en el palacio ducal, que allí están como joyas de la corona de Sessa, los pliegos originales de *Fuente Ovejuna, El mejor alcalde el rey, La moza de cántaro* y otras tantas comedias que hiciéronse florones de Apolo en el breve espacio de un día.

Hartas mañanas acontece el estar Lope en el sosiego de su jardín, curando de las flores con mucho amor y llegársele S. E., como una sombra y preguntarle:

—¿Y qué hay nuevo de la comedia que ayer tarde me dijo vuestra reverencia que pensaba comenzar?

Y hartas son las mañanas que su reverencia responde, haciendo intervalos de toses y carraspeos, que ya, como va entrando en la vejez, está un poco asmático:

—Luego de comer, si vuecelencia no me manda cosa de más utilidad, pienso dar de mano á la tercera jornada.

—Pues agora será servido de leerme las que vayan hechas, y yo me llevaré el manuscrito para que Andresillo las traslade.

Y con este pretexto de trasladarlas limpiamente Andresillo, que es muy gentil pendolista, queda en

rehenes bajo la custodia del duque el borrador de la comedia, que las más veces va sin tachadura ni enmienda, como si fuere el pensamiento quien esperara á la mano y no la mano al pensamiento.

Don Luis Fernández de Córdova halla siempre buenas las comedias de Lope, que ya, con decir que son «de Lope», lleven títulos de excelentísimas. Y su excelencia huélgase mucho de añorar los más galanos pasajes de las que le son conocidas.

¡Viérais con cuán deleitosa fruición dice aquel magistral soneto!...

«Una moza de cántaro y del río,
más limpia que la plata que en él lleva
recién herrada la chinela nueva
honor del devantal reina del brío.

Con manos de marfil, con señorío,
que no hay tan gran señor que se le atreva,
pues donde lava dice Amor que nieva,
es alma ilustre al pensamiento mío.

Por estrella, por fe, por accidente,
viéndola henchir el cántaro en despojos
rendí la vida al brazo transparente

y envidiosos del agua mis enojos,
dije; ¿por qué la coges de la fuente,
si más cerca la tienes en mis ojos?

Y Lope mismo se esponja y encanta con la músiea divina de sus versos (que no hay poeta á quien sepan mal las mieles que laboraron las abejas de su magín), y á las veces sonríe con Su Excelencia y finge una modestia hipócrita, pero allá en los rincones de su alma tiene un altar mayor en donde reza misas de gloria por los milagros de su musa privilegiada.

El Duque, ya no se satisface con guardar manuscritos de comedias y pliegos de versos, que se mete en jardín privado y llévase billetes íntimos, algunos de los cuales ponen muy en bajo el respeto y honorabilidad que merece un ministro del Señor. Y si alguna vez llega su excelencia á tiempo de que el Fénix no está en casa, y por sí mismo no da con papel alguno, llama á Marcelica, bello estrambote de un idilio que D. Félix rimara en el otoño de su vida, y pídele que le busque aquellas famosas cartas que su padre escribe cada día á D.ª Marta de Nevares, el amor más intenso de cuantos ha tenido el gran poeta.

Marcela va todas las tardes á casa de D.ª Marta, tanto por distraer ella á la dama con donosuras como

por aprender las primorosas labores que las manos sutiles de la Nevares saben labrar.

Y la muchacha, fuera destas pueriles ocupaciones, danza y revuelve por la casa, y siempre encuentra algún papel de su padre, que prestamente va á caer en las manos del Sr. D. Luis, quien por cada uno le da un escudo.

Diariamente hay nueva carta, que paladea el «usía» con más fruición que si fuere solera de tres siglos, y aunque la postrera musa de Frey Félix, advirtiendo va que el archivo epistolar disminuye, no hace grande aprecio, porque piensa que el mismo amador es quien las recoge, que no es la vez primera que estrofas amoriadas de aquellas mieles de amor halas visto inmortalizarse en las jornadas de alguna comedia.

***

Alacenas y vargueños, donde Lope guarda papeles y notas que sólo para él tienen interés, andan hechos república, y todo está trastocado y nada encuentra donde lo dejó. A veces recela que allí anduvieron los diablos, y aún piensa que fuera santo y bueno arrojarlos á golpe de hisopo y quemar luego el cajón.

Hunde la casa á voces y nadie responde á sus que-

jas y denuestos. Casi siempre es Dominica, la moza de servicio, quien lleva las culpas, y por mucho que jura á Dios y á los santos de no haber participación en tamaña felonía, de nadie más piensa nuestro Fénix, por ser la tal aficionada á los papeles que hubieren razonamientos galantes.

Al fin, una mañana en que Marcelica, muy compungida, advierte que el manantial se agota, sorpréndela el padre con el único papel que puede hallar. Mucho cuéstale á la moza encontrar disculpa, y al fin declara lo que hay de cierto, y hasta el escuderil regalo.

—¿Y como cuántos y de qué clase llévasle dado?—pregunta Lope,—que ya sé que no sólo aquí, sino en casa de *Amarilis*, andas en tales trapacerías.

—Eche cuenta vuesamerced—responde la cuitada—de los días que van pasados del *Corpus* acá, y un día con otro ponga á dos papeles. Pero yo le juro, como es mi padre y señor, que tal no haré más.

—Luego ¿te arrepientes, pecorilla?

—Aunque dello no hiciera intención, que ayer entreguéle el último deste cajoncillo, y no sé dónde pueda hallar más.

*
* *

Marcelica ciérrase abiertamente á servir al Duque; dícele cómo su padre se ha enterado del trasiego y hale puesto fin.

Su excelencia no está dispuesto á quedar en lo mejor del protocolo; anima á la muchacha y aconséjale las horas más á propósito para dedicarse á la busca, y aun promete dar parleta á Lope en la huerta para que no advierta el hurto; resiste la rapaza, diciendo que es jugar con las iras y el respeto de su padre, y que si éste sorpréndela de nuevo, nadie podrá prevenir cómo finará tan comprometido negocio. Promete el duque dos escudos más, y luego de muchos remilgos, queda reanudado el tráfico epistolar.

... De allí adelante, cuenta de nuevo su excelencia cada día con dos cartas, cuando menos, de las escritas á *Marcia Leonarda* por el capellán poeta, y aun teniendo presente la pasmosa fecundidad del Fénix, maravíllase el de Sessa de que con fechas de un solo mes menudee tanto la correspondencia.

También asómbrase D. Luis de la buena calidad de la tinta con que hubieron de escribirse, pues mediando entre muchas dellas varios años hasta el día en que el Duque las procura, cualquiera puede pensar que en la noche anterior fueron trazadas...

27 DE AGOSTO DE 1635

I

Habrá hoy doscientos setenta y ocho años de que topáranse casualmente, al desembocar de la calle de Francos en la de León, D. Luis Fernández de Córdova, Duque de Sessa, y el insigne Dr. Juan de Negrete, médico de cámara de S. M.

Entrambos tan dentro de sí caminaban, que fué mucho el reconocerse, y aún tengo para mí que pasaran adelante, si el doctor no hubiera de apartarse un poco para ceder la diestra mano al prócer.

Dijéronse lo de rigor, que es saludarse y ofrecerse á servir el uno al otro, aunque la cortesía del galeno siempre sea aceptada á modo de desdicha, y pasados á preguntar cómo en tal punto se encontraban, dijo su excelencia:

—Ahí vengo de visitar á Fray Félix, mi capellán y

poeta, que anda muy fuera de salud, y cierto que lo avanzado de la edad dame que temer.

—Pésame de veras—replicó el doctor—, y si no como médico, sí por amigo y devoto de su ingenio, quisiera verle.

—El será muy contento dello—dijo el usía—, y todo el mundo se lo agradeceremos á vuesamerced, porque ya es seguro que, aunque mi señor D. Juan entre como amigo, no podrá menos de visitar como doctor.

Y tornando á la calle de Francos, dieron á poco en la casa del Fénix.

II

No hubieron menester de llamar á la puerta, que ya, tanto porque los golpes de la aldabilla no molestaran al insigne paciente, como por evitar la espera de los vecinos, que constantemente entraban y salían á consolar y servir á la hija del poeta, estaba la puerta sin correr la cerraja.

No advertíase mucho desasosiego en las gentes; en las de dentro, D.ª Feliciana y D. Luis, más mirábase

molestia que dolor, pues no pensaban que ello fuera de cuidado; en las de fuera, curiosidad y afición á oler en la casa ajena, aunque la propia se queme.

Sin saludar más que de pasada, entraron el de Sessa y Negrete en el dormitorio do padecía el cantor de *Amarilis*. Apenas lo advirtió (que estaba como traspuesto), tornó los ojos, y viendo que vió al profesor de la Real Cámara, dijo con bastante dificultad:

—¡Bendito sea Dios! ¿Es vuesamerced? ¡Qué dicha! Déjeme que le bese la mano; pero dígame acá: ¿tan para escaparme estoy que hase menester de tanta autoridad que me corte el paso?

Díjole el doctor que hablase poco, que esto le convenía; tomóle el pulso y auscultóle con mucha atención, y salió un momento á otra pieza apartada de la alcoba, diciendo que iba á recetar.

III

En lo que fué hasta allí estudio del monstruo de Natura, donde tantos capítulos de su vida se hicieron comedias y tantos dolores de su corazón se cuajaron en versos, estaban muy graves D.ª Feliciana de Vega,

su esposo D. Luis de Usátegui, el Duque protector y el médico amigo.

Este era quien llevaba la voz, con un hipillo que quería ser lluvia de lágrimas; en los ojos de todos los otros preveníanse ya manantiales desechos.

—Si Dios no hace un milagro, no verá mañana ponerse el sol; él no lo piensa así, mas esto veremos todos que es la verdad.

—¡Pero si apenas lo advertimos—sollozaba la hija Feliciana—no se desperdició tiempo!

—Oiga vuesamerced cómo ha venido aquesta desgracia, porque advierta si pudo hacerse cosa de más provecho—continuó D. Luis—. Habrá tres días, el 24, festividad de San Bartolomé, levantóse mi padre muy de mañana, como saben vuesasmercedes que tiene por costumbre; rezó el oficio divino, dijo misa en el oratorio, que oímos todos; fuése luego al jardín y pasó un buen espacio entretenido en regarle, que ya conocen vuesasmercedes cuánto gusta deste divertimiento y luego recogióse á escribir y á estudiar, que en todos los días que lleva en el mundo no ha dejado uno sólo de hacer estas dos cosas. A mediodía sintióse algo resfriado; atribuímoslo á lo de regar las flores...

—Digan vuesas mercedes—atajó D.ª Felicina—que

como este padre mío que quiere llevarme Dios es un santo, había por penitencia el azotarse todos los viernes con unas crueles disciplinas en memoria de la Pasión de Cristo Nuestro Señor, y desto entiendo yo que le viene su fin, tanto por quedarse medio desnudo como por la sofocación que había de tomar en tan alto ejercicio.

Prosiguió D. Luis:

—A pesar de sentirse indispuesto y haber bula para comer carne por un corrimiento que padecía de los ojos, comió de pescado y no quiso guardar cama, que, si lo hubiera hecho, no estaríamos agora con tanto duelo, temiendo por su vida. Por la tarde no excusó de asistir á las conclusiones de Medicina y Filosofía que en el Seminario de los Escoceses ha defendido el Dr. Fernando Cardoso; dióle repentinamente un desmayo, que obligó á entrarle en el cuarto del Dr. D. Sebastián Francisco de Medrano, y de allí así que se sosegó un poco, nos le trajeron en una silla de manos. Llamóse á los médicos, y, como cabecera, al licenciado Felipe de Vergara, quienes, pensando que fuera achaque del estómago, diéronle un minorativo para purgalle, y luego, á petición de la calentura, le sangraron en abundancia. Y esto es todo;

agora vea vuesa merced y mande lo que se ha de hacer.

IV

Pidió el doctor que le mostrasen la sangre y así como la vió dijo:

—Esto es hecho.

Fuése muy dolorido otra vez al dormitorio, como para despedirse, pero teniendo á duro trance la serenidad y la pena. Volvióle á pulsar. Lope, que tenía los ojos cerrados, abrióles muy trabajosamente.

—¿Cómo va, padre?—preguntóle el doctor.

—Eso pregunto yo á vuesamerced—respondió Frey Félix—, aunque recelo que no tan de prisa como yo quisiera. ¿Qué me manda?

A lo que replicó el doctor, poniendo en cada palabra que decía más tiento que en la mano cuando la encomendaba la guía de una lanceta por las carnes dolidas de un lijado:

—Un remedio sé yo de mucho alivio, y cuando no, de mucho consuelo, que tanto y mejor que yo conoce su reverencia, y á fe que se le recomendara si no le

diese espanto, por entender que es de último recurso. ¡Qué no podrá sanar él si es el mismo Dios!

—Pues vuesamerced lo dice—respondió Lope con mucha mansedumbre—, ya debe ser tiempo.

—No es eso, padre—atajó débil el doctor—. ¡De cuántos casos desesperados no sabrá su reverencia que llegarles Su Divina Majestad y quedar ellos como nuevos todo fué uno! Siga mi consejo; pues ¿por qué se lo diré yo sino porque quiero verle pronto cosechando más laureles y lleno de gloria?

—No es aquesa la gloria que yo he menester agora—arguyó tristemente el poeta—, sino la que Dios depara á los justos que no le ofendieron y á Él consagraron las grandes gorjas y las grandes penas de su vida. No yo que acudí á Él como á un asilo de inválidos cuando no era hombre para andar por el mundo. No me llevo mi arrepentimiento, sino mis derrotas y mis achaques...

Y rompió á llorar.

Y el llanto se contagió á todos.

V

Aquella mesma tarde del 26 otorgó testamento ante el escribano Francisco Morales de Barrionuevo, sirviendo como testigos el médico Vergara, que le

asistió primeramente; Juan del Prado, platero de oro; el Capellán José Ortiz de Villena, D. Juan de Solís y Diego de Logroño, mercader de libros, que por el entonces imprimía la parte veintiuna de las comedias de tan excelso autor.

Por la noche recibió los postreros sacramentos, cuyo acto fué una solemnidad imponente.

Amaneció el día 27 ya casi sin hablar, y todo él fué un horrible potro de tortura; no parecía sino que había una lucha entre el cielo y la tierra, y cada uno asíase al paciente por llevársele, desgarrándole fibra por fibra.

Al fin, uno y otra pusiéronse de acuerdo á las cinco y cuarto de la tarde, día que el cielo se llevó el anima que había dado setenta y tres años antes, y la tierra quedóse con el cuerpo que dió para que el ánima se aposentase...

....

Cosa de dos siglos más tarde, en 1810, vino un huracán de salvajismo, desencadenado en el vacío cráneo del Párroco de San Sebastián, quien para enterrar á una su hermana en el mismo sitio que ocupaba el más insigne cincelador de rimas que tiene el Parnaso Español aventó sus preciadas cenizas, que debieran de estar guardadas en cofrecillo de oro...

EL PLEITO DE LOS COCHES

Añeja costumbre y gusto es esto de andar sobre ruedas, que siempre es más cómodo que caminar sobre sí mismo, aunque sabios higienistas dispútenlo por dañoso á la salud; y ahora que viene á cuento, quiero traer una breve disertación de tan apoltronada costumbre, que si diéranme palabra de ir al infierno por la posta, sólo por esto de ser en coche, digo que aceptara.

Harto justificada hallo la protesta que los alquiladores de carruajes piensan dirigir al señor alcalde, pues que están esas rúas que no sé cómo las andan por el medio muchos de nuestros autores de género chico y algunos revisteros de salones. Y es que el gran D. José, como todos los poetas, más veces mira al cielo que al pavimento, y acaso pensando en las musas no para en las necesidades munícipes de la villa.

Cure un poco destos menesteres y yo sé que no habrá corregidor que le vaya á la mano y estos pacientes menestrales pagarán sin chistar la crecida contribución que su merced les cobra; no es más que darles la ilusión de que en lugar de que por adoquides y asfalto, ruedan sus coches sobre dinero que ellos sudaron.

Dicen autorizadísimos Cronistas de la Corte y sus costumbres, que fué el primer coche que rodó en Madrid, por los años de 1546, aquel famoso de Doña Juana de Castilla; en que la tradición cuenta que el cadáver de D. Felipe ocupó asiento al lado de su amoriada esposa, la cual paseó su amor muerto por las estrechas callejas de la población.

Este mismo coche, ha vuelto á salir alguna vez, en señalados festejos nacionales, por las calles de ahora, pero con mucho cuidado y respeto, como anciano tullido que al menor soplo de brisa puede irse con Díos y no dejar en la tierra más que la podredumbre de sus huesos. Entiendo que desde el centenario del muy alto poeta D. Pedro Calderón de la Barca no hase movido de las reales cocheras.

Otros reverendos padres de la crónica, como Fernández de Oviedo, dicen que no, sino la Serenísima Señora Princesa Margarita es quien trajo de Flandes

carros de cuatro ruedas, tirados por dos troncos de caballos.

Ello acaso sea lo más cierto, pues que parece ser que cuando la Princesa se tornó á sus Estados flamencos dejaron de verse estos vehículos, que sobre no servir más que para terrenos como la palma de la mano, eran pesadísimos armatostes que habian menester seis ú ocho caballos para ponerse en marcha.

En el Ayuntamiento de Arévalo consérvase una litera que hubo de pertenecer á la desdichada Doña Juana, y ello es más de creer que fuese de su servicio y no la carroza que se supone, pues que por la forma y tallados que la realzan parece muy posterior y así creo que alguien lo ha demostrado no ha mucho.

Las sillas de manos vinieron á ser verdadero prólogo de los coches, de los cuales había de generalizarse tanto el uso, que fué menester dictar premáticas para su empleo y dosificarlos como cicuta.

Comenzó la costumbre de las tales sillas en las señoras de la grandeza y dueñas de alta condición, no destas que por plazas y esquinas buscaban apoyo para una sobrina desgraciada que veíase en grave aprieto y á cambio de unas doblas concedía las piltrafas de su mocedad; pero tanto llegó á generalizarse el uso, que ya eran estas más que las otras, las que iban sobre

pies ajenos, que como llegaron á establecerse sillas de alquiler, todo dominguillo que pagara una, tenía derecho á privar como grande.

Pero con la vuelta de los catafalcos de Doña Margarita retornó la moda del coche y fué como cruzada contra las democráticas *sillas*, hasta el punto que desaparecieron casi totalmente, y en 1796 no se usaban sino para señoras en estado de *buena esperanza* y en los días de Jueves y Viernes Santo.

Damisela había que le pesaba de haber necesidad de abandonar el coche para dormir, que por su gusto en él durmiera y llevara á cabo todos sus menesteres.

En tal modo vino á influir la monomanía del coche, que así como en la construcción de las casas, entró por mucho el uso de las sillas de manos y para comodidad de los lacayos que las conducían, hacíanse anchos los peldaños; á la mejor circulación de las carrozas por las estrechísimas calles de la villa aprovecháronse las líneas de las tapias y fachadas sin huecos, para hacer ranuras á lo alto de las ruedas, á guisa de railes, donde se embutían los cubos.

En el lujo de algunos carruajes llegaron á emplearse verdaderas fortunas, de que ahora no pueden dar idea todos los trenes juntos que lucen en Recoletos y la Castellana.

Fernández de los Ríos hace relación de infinidad de ellos, entre los que sólo quiero mencionar «una silla de manos que el Duque de Montalvo, Teniente Virrey de Sicilia, regaló en 1637 á la Reina. ¡Un verdadero primor! Ébano incrustado en plata y coral, con tela de brocado y bordado de corales y oro.

«Una carroza que el mismo magnate ofrendó al Príncipe de Asturias, también vestida de brocado con guarniciones de oro y coral y en el tejadillo el busto de S. A. igualmente en coral. El tiro de la carroza, que valía 80.000 ducados, era de siete mulas pequeñas completamente blancas; los tirantes y cordones de los jaeces eran de seda y oro, ejecutados en primorosas labores; los cocheros y mozos de servicio traían riquísimas libreas; los de silla, con adornos de plata y coral; los del coche, moradas con florones de oro.»

Y otras más que no me es dado enumerar porque haría interminable este artículo. Valga, por último, la carroza que en 1642 se hizo en Madrid (no se sabe en qué talleres, pues no se conserva memoria de dónde se labraron estas joyas), guarnecida de carmesí bordado en plata y toda la clavazón y herraje, excepto llantas y clavos de ellas, de la más pura y maciza ar

gentería, con gran cantidad de remates y florones de oro. Su coste ascendió á más de 20.000 ducados.

. . . .

Y miren por donde la diosa Curiosidad, abogada de las mujeres, vino á tomar parte en una costumbre. Fué ello que yendo el Conde-Duque en coche con un su amigo, participóle, bajo promesa de grande secreto, un importante negocio de Estado. A los pocos días aquello que D. Gaspar de Guzmán dijo con tanto recato, era comidilla de la Corte. Tachó al su amigo de traidor, y á punto estuvo de arrancarle la vida. Pero tanto el inocente juraba Dios y á los santos que era limpio de aquella infamia, que buscando el prócer la verdad por otro lado, vino á saber cómo el secreto, desde las alturas del pescante, bajó á las orejas de los madrileños. De ello salió una premática ordenando que los cocheros guiaran desde una de las mulas del tronco y no desde el mismo coche.

Mucho más pudiera decir si estuviera en mi ánima hacer no más que una sucinta relación de la beatífica costumbre de andar sin poner los pies en el suelo, pero es materia para muy despacio y mucho espacio, y lo que llevo dicho sólo he traídolo á cuento por este pleito que los hermanos de la orden de Simón González (calesero del Señor Rey Don Fernando VI) pien-

san mover á este corregidor que ahora les mata á impuestos, publica un bando protector de los animales y deja las calles llenas de trampas y de cepos para que esos mismos animales se maten sin que la mano del hombre les ayude...

COLOQUIO DE LOS TRAGALUCES

La venerable mansión de los señores condes de Oñate ha caído bajo la tiranía de la piqueta demoledora, y dentro de breve tiempo yacerán profanadas sus cenizas en los vertederos de la Villa.

Sobre el tejado de esta antañona casa había dos mezquinos tragaluces que semejaban dos trasgos en constante coloquio; acaso dos ranas monstruosas, que, en la soledad de las tinieblas, lamentaban y glosaban las mudanzas y veleidades de los siglos que desde allí contemplaban.

Como situábanse en la margen del alero, escuchaban muy bien los ruidos de la calle y, por ende, sabían más de las cosas de tejas abajo que de las de tejas arriba, pues aparte de haber contemplado aquellos notables eclipses que la *Gaceta* comentaba luego como hechos maravillosos y muestras de la cólera di-

vina por las humanas delincuencias, y de haber visto tantas veces la rabuda estrella que diz que es adelantada de la muerte de nuestros monarcas, y haberse santiguado medrosicamente cuando la aguja de San Ginés iluminábase en hórridas noches de tormenta, no pienso que tuvieran muy emocionantes sucesos de que hacer crítica ó comentario.

Desde una casa colindante, donde un gran señor hónrame con recibirme las más noches, contemplábalas yo no ha mucho, y ensoñando al mirarlas, me pareció que hablaban y era en este modo:

—¡Ay, hermano, y cómo nos hacemos viejos sin advertirlo! Sobre nosotros dora el sol, azota la lluvia y silba el viento, y aunque las cosas de abajo van muy otras al parecer, las de por acá continúan como cuando nacimos.

—¿De qué podremos quejarnos? ¡Bendito sea el Señor! Somos, como quien dice, la diadema de una de las más notables casas de la corte, que está levantada en la mejor calle.

—Así es como dices; pero pésame harto el que murmuren de que nuestro pedestal levántese sobre el cieno del pecado. ¿No se te acuerda de lo que esto dió que hablar y escribir á los poetas satíricos? Pues sábete que el solar que nos vale de asiento mantuvo,

en tiempos del segundo y «Prudente» Filipo, señor de dos mundos, un bazar de carne de falda, quiero decir, mancebía pública, que el mesmo monarca protegió y de la que cobraron crecida renta algunos magnates de los más encumbrados.

—¡Válate Dios! ¿Estás en tu juicio?

—Y aún se me acuerda el haber oído decir que un misionero defendió en el vecino convento de San Felipe el «Real» la conveniencia de tales piadosas instituciones, alegando para ello autorizadas citas de los Santos Padres. Alborotóse la gente y desterróle el Santo Oficio; pero, al fin, reflexionó y vió que Fray Pedro de la Zarza (que así llamábase el predicador) no iba tan descaminado en su defensa y argumentación.

—Lo que muy bien mantiéneseme en la memoria es de cuando esta fábrica fué estafeta de la Villa y en la fachada frontera del convento estaba empotrado un cajoncillo en que cada vecino pudiente venía á depositar su corresponbencia para España ó Nápoles, la cual costábale poco menos que ser el mismo portador della.

—Así es, en efecto.

—Y acá, en el zaguán de las cocheras, parece que

murió un poeta maldiciente y enamoradizo de altos vuelos, gran señor y pariente de nuestros amos.

—Eso dicen; pero yo no paso á creerlo, pues una chimenea de la calle de Boteros contóme cómo ella olía los yantares deste hombre (que era conde de Villamediana) y aseguraba por los humos que la daban vida que fué en el zaguán de aquella su casa donde el atrevido prócer quedó con el ánima en la boca... La leyenda vocinglera nos ha encajado este muerto, y como ello danos fama, no es cosa de llevarle la contraria. El vivía por aquella parte en los años de 1622, y cuando nosotros vinimos al mundo ya íbase muy maduro el siglo XVII.

—De lo que sí se me acuerda como si ahora mesmo lo escuchara, es de unos murmullos elogiadores, unas tardes en que se expusieron no sé qué pinturas por bajo de la lonja de San Felipe.

—¡Podíaste no acordar! Ello fué la glorificación de un famoso pintor sevillano, que llamaban Bartolomé Esteban Murillo, por un portentoso lienzo en que representaba á María Inmaculada... Y años adelante, también trajo eco hasta aquí un terrible motín por causa de no sé qué desmanes en las dimensiones de las capas y de los sombreros, y ello finara de muy mala guisa si no se presentase cierto religioso, con

una soga al cuello y un Crucifijo en las manos, el cual ministro del Señor comprometióse á llevar el Manifiesto ante S. M. C... Y millares de cosas más te recordara, si no cortárame los ánimos el pensar que ya habemos de vivir poco. Ante el austero frontis deste palacio ha cruzado media Historia de España. Hemos oído vítores monárquicos, himnos republicanos, salmos penitenciales, estruendos de artillería, arrullos de paz y gemidos de dolor. Nuestros balcones han servido de tribuna á los reyes en las fiestas del Corpus. Una vez pasó por nuestra puerta un invasor extranjero, archiduque de Austria, sufriendo el desprecio y soledad de todos los madrileños; otra, hijos de aquellos mismos patricios españoles, arrastraron como bestias de camino una carroza donde un tirano pisoteaba el pendón de Castilla y la leyenda hidalga y orgullosa del pueblo español... ¡Vergonzoso recuerdo!...

....

Por aquí iba en mi ensueño cuando comenzó á sonreir el alba, y la luz del nuevo día trájome á la realidad...

¡Estos testigos de tantas grandezas y de tantas mi-

serias (pensaba yo) bien merecían el respeto de las gentes de ahora, que dejáranlos quedos y al pasar los saludaran como á un párrafo petrificado de las crónicas matritenses!...

HISTORIA DE UNA CHIRLATA QUE AMPARA LA LEY

España entera—y siendo España entera, claro es que también tú, amigo lector—anduvo estos días como chiquillo en vísperas de Reyes, que no más piensa en el bien que puede llegarle, si los señores monarcas de Oriente fueren servidos de pararse ante sus balcones. La fortuna es magna asimismo; por ser tierras del oro, también llega de los estados del Sol; en este tiempo llámase Lotería.

Diz que esta opulenta señora es de origen italiano; unos piensan que nació en Roma, sin duda, por lo que ha de gárrida y opulenta; otros que en Venecia, acaso por lo coqueta y liviana, que suele darse á quien más tiene; no falta quien la estima de Florencia, porque trae consigo muchas filigranas y refinamientos, y los más

mirando sólo á que trae dineros, que es avaricia y anzuelo de ladrones, dicen que nació en Génova.

Y así debe ser como dicen, que siempre fueron ginoveses y judíos, magnates de la Bolsa.

Fúndase, en verdad, tamaña opinión, que tenemos por muy sabia y acertada, en que habiendo la República ginovesa menester de ampliar y reforzar allá por los años 1641, las fortificaciones y amurallamientos, discurriose, y quedó aceptada, la idea de que el dinero para estos gastos, se procurase por el arbitrio que se decía *Banco del Seminario*, que no era otra cosa que una rifa particular, sin intervención alguna de los poderes públicos. Más bien es de creer que fué montado como negocio de usura, que no sabemos qué gentes de la garra, como son banqueros, escribanos, sastres y alguaciles, hayan tenido en tiempo alguno miras de patriotismo.

Sabios destos profundos hay que quieren remontarla á los tiempos bíblicos de Judea y Egipto, y quien mantiene como la honra, que ya en Roma, y con motivo de las fiestas que decían *saturnas*, arrojábanse al pueblo tablillas con signos para la rifa de muy codiciados presentes, y que esto no era otra cosa que la Lotería en pañales.

Pero es lo que se sabe hasta ahora con que ya en

Roma y con motivo de las fiestas que valiéronse deste sistema económico los más visos de la verdad (tales manos lo hilaban), mercaderes venecianos del siglo XV para deshacerse de las mercaderías inferiores ó francamente en mal estado.

La primera Lotería benéfica de que se encuentran noticias, estableciose en Malinas, en Septiembre de 1519, á favor de la iglesia de San Pedro y de la hermandad de San Jorge, que hallábanse á la sazón bastante quebrantadas de numerario para el sostenimiento del culto, que no solamente con oraciones piadosas y cera bendita se sirve á Nuestro Señor.

En España nunca hubimos menester de aplicar especialmente la Lotería al mayor auge del culto, porque ya en los cauces de la sangre hemos llevado siempre la devoción y la piedad; pero también los primeros pasos de tan honorable codicia tuvieron en nuestros reinos una aplicación truhanesca. Como juego de azar fué admitido y legislado en el año 1276 por Alfonso X, en una compilación de 44 leyes, intitulada *Ordenamiento de las tafurerías*, en las que preveníanse las maneras de jugar á los dados y evitar *floreos*. Una parte de las ganancias iba á caer en las arcas del Fisco.

Aquel monarca ilustre, blasón insigne de España,

que fué en vida D. Carlos III, creó en 30 de Septiembre de 1763 la Lotería nacional, lo que no fué traba para que ocho años más tarde prohibiera toda clase de juegos de fortuna.

El sistema seguido entonces para la adjudicación de premios no era como el de ahora, que hasta llegar á él ha pasado por infinidad de trámites y ensayos.

Extraíanse cinco números de cada noventa y las ganancias aplicábanse al sostenimiento del Hospital provincial de esta corte, y el sobrante quedaba á beneficio del Estado. Esta de ahora fué aprobada por las Cortes de Cádiz en 13 de Noviembre de 1811, y hayó luego grande protección y desarrollo en las augustas manos de D. Fernando VII, y es—porque lo sepas, lector amigo—la que prevalece, pues la que aprobó el don Carlos de las peluconas, quedó abolida por la ley de Presupuestos promulgada el día 4 de Septiembre de 1862.

Acuérdate de que tan benéfica hermandad fué obra de las Cortes gaditanas, y ahora que se festeja el centenario dellas, por alma de ginovés, aunque por otra cosa no sea, tenla presente en tus oraciones.

MISA DE ONCE EN SAN GINES

Confieso, ¡Dios me lo perdone!, que aunque muy aficionado de las viejas edades, dellas no pegóseme más del moho de los huesos carcomidos, el saborcillo de las bellaquerías y el humo de las hogueras, que la piedad y la devoción, por ir en algo á la par con el siglo prosaico en que vi la luz, allá quedáronseme en menor cuantía, por los desvanes del corazón y del cerebro.

Así y todo, advierto que á las veces me hurgan muy en el alma unas cosquillas devotas, que, á lo que parece, son como reflejo de una costumbre que perdí; y allá, con un poco de pudor, hago examen de conciencia, y al Santo Tribunal acudo como reo contrito y digo cómo soy pecador que imploro del Eterno Padre la limosna de que me ponga un poco de fe

junto donde plugo ponerme afición para las hembras, travesura para las mofas, arrojo para los bellacos é hidalguía para los hechos.

Y el domingo de Piñata, último de las aburridas Carnestolendas, yendo yo por la calle del Arenal, acometióme esta leprilla dovota y emboqué en San Ginés. ¡Juro que al pasar por la lonja, que antaño sirvióle de cementerio, parecióme que las valonas y los mantos de humo y de ojo cerrábanme el paso, y tal me supieron alucinar, que en los fieles que entraban y salían no miraba yo sino los pulidos y galanos indumentos de la gente que yacía bajo aquellas losas.

Y aun paréceme que me llegué á una beata y la dije:

—Dígame, hermana, así Dios le guarde: ¿celebró ya misa D. Pedro Calderón?

Y ella respondióme como no sabía los nombres de los señores curas de aquella parroquia, por no haber más de días que era vecina del callejón de Boteros, que s ipor los de la iglesia de San Sebastián le preguntara, ella me los diría de coro como el «Padrenuestro»; que de aquella santa jurisdicción había sido devota más de treinta años; pero que ahora, por haberse ido á vivir con la última hija que casó, hubo necesidad de cambiar de barrio y de templo y que harto le pesaba.

Con la palabra en la boca la dejé, temiendo que si

dábale alientos había de pasarse charlando otro siglo más del que pienso que llevaba á cuestas. Y entré de lleno.

...Al poner el agua bendita en los marfileños dedos de una linda devota y decirla mientras muy quedamente al oído que agua de aquella quisiera yo ser para dar en su boca, pienso que vi muy severo junto á un confesionario á mi piadoso tocayo Diego de San Juan, que á su costa levantó el templo de nueva planta, el cual Diego hubo de murmurar cuando pasé á su junto:

—No es la casa del Señor la Huerta de Juan Fernández, para que barbilindos y trusonas vengan á profanarla, que no para esto, sino para reverenciar al Altísimo, me gasté yo 60.000 ducados.

Mas yo no hacía gran caso del santo varón, porque ya pensaba que dí con el misterio (y á la beatica íbaselo contando) de por qué la aguja de la torre iluminábase muchas noches veraniegas con una viva luz.

—Es que vuesamerced la mira desde las ventanas de su casa—musitábala yo—; dígame hermana, dónde vive, porque la villa no se alborote y sepa dónde nace el fulgor que á tantos deslumbra.

—Harto lo saben—respondió.

Y en esto, un esquiloncillo que hay á la puerta de

la sacristía anunció misa en la capilla de los señores marqueses de Cusanos, cuyos venerables ascendientes en ella yacen el sueño eterno desde los albores del siglo XVI.

Y esta pensé yo que era la misa que D. Pedro Calderón celebraba, y así, paré un poco en el asaeteo de la dama, que, con mucha devoción, dispúsose á seguir el santo sacrificio. También yo recogíme un poco, y, á lo que me acuerdo, recé el acto de contrición; pero no aquel que empieza

Señor mío Jesucristo...

que es prosa monjil y detestable, sino esotro que es modelo de ternura, de devoción y de poesía, y que diz que compuso el bienaventurado San Francisco Javier:

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido...

Y comenzó la misa, que, á lo que yo imaginaba, decía un alto poeta, sacerdote en dos religiones, la de Cristo y la de Apolo, aunque en esta última más tengole por cardenal carmelengo.

No sonaba el latín en aquellos labios á barbarismo

como acontecer suele en la mayoría de los clérigos, sino que dijérase que le vestía una métrica sonora y dulce, que parecía de égloga virgiliana, susurrante y blanda como agua que corre.

Y al primer «dominus vobiscum» quise adorar la faz aguileña del gran D. Pedro, adornada por los albos y enhiestos bigotes, y la breve perilla hilada en argentería, y vi que no era la persona la de aquel gran maestro del honor... Díjome la devota cómo aquél era otro poeta, que á tanto pudiera llegar como el que yo añoraba, y, que era un capellán gallego que en Madrid estaba de paso y en San Ginés celebraba; por las librerías veíase un librico de rimas suyas, que era como maravilloso lago de amarguras y de vez en cuando, como recia palestra, en que las pasiones oprimidas y los votos jurados ante los altares reñían rudas batallas, el libro dijo que se titulaba *Nido de áspides;* el capellán, D. Antonio Rey-Soto.

Llegó el momento más alto de la misa: el cuerpo y la sangre de Cristo descendieron á las manos del sacerdote, y ascendieron sobre la pleitesía de los fieles. La devota admirable que me sufría golpeábase el pecho con alta devoción; yo la dije muy al oído, como cuando la hablé junto á la pila: «¡Quién fuese mano!»

. . . .

Acabó el santo sacrificio, y, conforme salíamos (á la verdad, con muy poco respeto al Señor), díjela si por la tarde acudiría á los ejercicios de la bóveda.

—Eso ya pasó, hermano—respondióme con truhanesca ironía—, y ¡cómo anda del majín!; si esto quiere, sepa que yo hago penitencia en mi casa, que es aquí junto, en la calle de las Hileras, donde vivo con una tía...

VIDA DE SANTO

PÁGINAS SUELTAS DE LAS MEMORIAS DE UN LEGO QUE ANTES FUÉ TRUHAN

Lector amigo, que por la dificilidad y tragedia de la vida oblígaste en las horas que las preocupaciones y los quehaceres te dejan libre á distraerte con frivolidades acaso demasiado livianas, en tus manos pongo este legajo de papeles viejos que vino á las mías desde una antañona arquilla, que por toda herencia hube de un deudo mío, que ha poco murió siendo beneficiado de la Santa Catedral de Sigüenza, á quien si Dios no le llamara con tanta premura, sospechas tengo muy fundadas para creer que de aquí á poco pudiera picar en *Deán*, y quien sabe si más tarde en obispo, que de maderas más toscas he visto yo prodigiosas esculturas.

Ve si en estos dichos papeles encuentras descanso donde alegrarte un poco (que pienso que sí), pues ellos son á las veces breviario de una edad pasada, y memorial de hechos y acontecimientos, muchos de los cuales asoman por la Historia, y siempre al través del velillo de ejemplaridad.

Yo no soy aquí más del mozo que corrió la posta para traerte los papeles, que en papeles va puesta esta vida, como cosa de botica, tú verás si luego de recibillos, tienes algo que mandarme.

VALE

BREVE INTRODUCCION

Bien sabe V. E. duque mi señor, que estos papeles no tienen interés ninguno para el mundo, y aun para tan alta persona como vuecencia, no son más de mero entretenimiento y cuanto más, latidos de un alma que fué pecadora, y á este tiempo está recogida á la estrechez de sus culpas y soledad de una celda, que quiere mirarse si con tal confesión escrita, puede hallar la gracia divina y finar mansamente sus días en el Señor.

Ello es retazos de mi pasado truhanesco, que si á la

estampa se dieran, seguro que no tuviéranse por sucedidos, sino que los más de los que los leyeran pensarán que fué novela pícara del género (aunque desde luego mil veces inferior en estilo, urdimbre y conceptos), á aquellas tales del *Buscón*, *El Escudero*, el *Bachiller*, *La Garduña*, *El Pícaro* de Alemán, y *Estabanillo*: pero nadie, como vuesamerced sabe, que esto son capítulos de una vida real y revuelta, que ofendió á Dios cada hora del reloj, y ahora puesto al pie de la cruz, llora pasadas felonías, y es cada lágrima que le cae de los cansados y pecadores ojos; que en tantas maldades se recrearon, un párrafo destos infames papeles, que media vida diera por no haber ocasión de escribillos.

Y con esto no canso más la atención de vuecencia, sino que le pido, que estas cartas guarde para sí, á la manera que el confesor luego que se aparta del Santo Tribunal, donde Dios le pone en su santísimo nombre para juzgar á las almas atribuladas, olvida cuanto le dijeron. Solamente si V. E. que es varón docto y escrupuloso, conociera que la publicidad dellas pudiera ser de provecho para las enseñanzas de la República, digo que las publique en buen hora y como vuecencia sea servido.

Con esto espera la bendición y absolución de V. E. quien fué en el tiempo que vos sirviera.

MARQUILLOS DE VALDEAVERO

PAPEL PRIMERO

¡Ay Duque mío! Que aqueste es el primer papel de la historia de mi vida que hice compromiso de escribille á Vuecelencia cada semana, y á punto de tomar la pluma para ello, acúdenme bascas y melindres de novia nueva, que me ponen á dos dedos de volverme atrás, y deciros dándome con un canto en los pechos. «Señor, pequé, pero no soy quién para decillo como prometí, haga de mí lo que quiera vuecelencia...»

Y bien (y muy alto lo diga siempre), que en mí puede más el cariño y reconocimiento hacia V. E. que todos los escrúpulos de monja que cada día llegan al cielo, y así vaya en este de hoy el capítulo primero de mi pasada vida.

Muy muchacho, que no había pasado muchos meses de los dos lustros, comenzé, señor, á ganar el pan de la servidumbre, al que yo no llamo negro como tantos desagradecidos, sino candeal del más limpio trigo, y ello fué porque mis padres eran pobres y no

podían atender dignamente á mi sustento y educación.

Digo que entré de paje con un muy rico mayorazgo de mi mismo pueblo, que allá pasaba los años de su vejez, retirado de la corte, donde fué individuo del Consejo de Indias.

Yo no había más obligación por el pronto, que servir y acompañar á su consorte, hermosísima señora que más bien parecía nieta que esposa de tan respetable varón.

Llamábase ella doña Leonarda de Arguijo, y él don Francisco Salcedo de Medina.

A lo que yo entendí entonces, aquesta fué una rica huérfana valenciana á quien mi amo, que era famoso jurisconsulto, defendió un pleito sobre unas heredades, y tan bien lo hizo, que como pago de la minuta ella no tuvo inconveniente en ofrecelle la mano, que él aceptó muy regocijado y pensándose que no por favor, sino por personales prendas, la conquistaba. Ya mirándose cansado de la poltrona y con buena hacienda ganada en ella, pidió el retiro en la Audiencia y en el Consejo, y apartóse á un lugar con el loable propósito de finar sus días en paz y en gracia de Dios y en el amor de su joven esposa.

Ella no parecía sino que el matrimonio hubiéralo

tomado como descargo de alguna grave culpa, porque siempre había un humor de los diablos, y las carantoñas del marido soportábalas como medicina, pocas y siempre con mal gesto.

A la caída de la tarde salíamos el ama y yo hacia las eras, y ella retardaba lo más que podía la vuelta á casa. De retorno solíamos colar en el estrado de la regidora, donde tomábamos chocolate con bolados y agua anaranjada, murmurábase en tanto del cielo y de la tierra, y rezábase luego el santo rosario, entiendo que en descargo.

Los primeros días doña Leonarda, tratábame algo asperilla, haciendo valer su encumbramiento de señora sobre mí, que no era más de paje de bolsa. Llamábame nunca por mi nombre, sino muchacho ó chiquillo, y dos ó tres veces que durante la primera semana hizo luego del chocolate de la regidora, una visita excusada, dejóme á la puerta, no en la antesala, como solía, y tardó harto, que ya comenzaba yo á recelar que aquella posada (pues la del pueblo era), tuviera otra puerta, y por la tal hubiera salido el ama ó yo en ésta me hubiera distraído y no reparáramos el uno en el otro.

Al fin salió un tanto jadeante y desconcertada, y

nos fuimos más que de prisa, porque ya en la parroquia babían tocado á las ánimas.

PAPEL II

Duque mi señor, así Dios le guarde, como es este papel guardador del primer pecado mío de que hago memoria, quise desglosarle del anterior, aunque es inmediato (tanto que bien pudiera ir sin punto y aparte) por hacer en el ínterin, ruda penitencia en castigo de la primera y mundana luz que me abrió los ojos.

Dios me juzgue; V. E. me disculpe, y ojalá que en su vida no haya hecho tales bellaquerías, que para esto me tiene á mí.

Al fin cansóse Nuestro Señor de consentir aquella mala aventura, y ordenó que uno de los días en que fingíamos novena en casa de la regidora, fuese á buscarnos mi amo, y como no nos halló y le dijesen que rato hacía que salimos, en llegando á casa y viéndonos ya de la mala vuelta, ¡Dios se lo habrá perdonado á mi señora! nos cerró la casa como cárcel. Y nadie entraba ni salía si él no estaba en ella.

De mañana temprano, salía un mochil y la guisandera por la compra, esperábase don Francisco hasta

que volvieran, y teniéndolos dentro, cerraba é íbase donde bien le parecía.

Las hortalizas y verduras no había que traerlas de fuera, pues habíamos la mejor huerta del pueblo. Si alguna baratija ocurríase, esperábase que pasara un muchacho, y luego la traía á una ventana baja protegida por afiligranada reja, y que daba á una calle que corría á espaldas de la casa.

Pero ¡ay! mi amo, que también aquella maldecida ventana, así como servía para torno de urgentes menesteres, solía servir de estafeta, y tan bien y justamente como ese cajoncico que habemos en el zaguán del conde de Oñate, ahí en la calle Mayor frente á las Gradas.

Yo pesia mi cuerpo era el encargado de recogerlos y dallos á la desalmada de mi señora, y por no sacarme á mí mesmo los colores desta desvergüenza, vueseñoría me disimule que aquí deje esto; aunque no quiero hacerlo sin trasladarle copia del último billete que cayó en mis manos, porque estimo que es una discreta y sentida página poética, que el galán no era nada lerdo, sino muy leido.

El tal billete era un romance glosando aquellos famosos versos:

»*¿Dónde estás, señora mía,*
«*que no te duele mi mal?*

y porque V. E. vea que no era poeta destos chirles y hueros, viéneme ganas de trasladárosle íntegro.

Decía así:

«Pues que no estás á mi lado
»ni alcanzo dónde estarás,
»que ha días que mis billetes
»se quedan sin contestar,
»pásome el día y la noche
»pensando: ¿Dónde estará
»que en tal olvido me tiene
»la prenda que estimo más?
»*¿Dónde estás, señora mía,*
«*que no te duele mi mal?*
»Apartéme de tu lado
»soñando con alcanzar
»lauros de ingenio y bravura
»que á ti me llegarán más.
»Y cuando junto me vía
»encuéntrome tan allá,
»que no sé si alcanzo alguno
»donde los pueda enviar.

»*¿Dónde estás, señora mía,*
»*que no te duele mi mal?*
»Si la suerte me concede
»que en combate singular
»rinda el brazo de un gigante
»y quiera que á tu beldad
»como cautivo de guerra
»vaya tus pies á besar.
»Yo no sé, señora, dónde
»diréle que te hallará.
»*¿Dónde estás, señora mía,*
»*que no te duele mi mal?*
»Si en vergeles de Provenza
»fuérame dado el cortar
»para ti la *rosa de oro*
»á fe que no hiciese tal
»y en su tallo la dejara
»para más feliz galán,
»que no sé, al tiempo que corre
»dónde la habré de enviar.
»*¿Dónde estás, señora mía,*
»*que no te duele mi mal?*»
»Un tiranillo de aquestos
»que suelen merodear
»á caza de damas bobas,

»dicen que puesto te ha
»cadena de matrimonio
»y te arrancó del lugar.
»...Todos dicen que te fuiste
»nadie sabe dónde estás.
»*¿Dónde estás, señora mía,*
»*que no te duele mi mal?*

PAPEL III

Salí al fin de mi pueblo y de la férula de mis amos doña Leonarda y don Francisco, tanto porque yo no había nacido para ser pájaro en jaula como por evitarme posibles complicaciones, pues que mi señora no era ciertamente de la pasta de aquella honorable doña María Varela y Ossorio á quien el divino Fray Luis de León dedicó *La Perfecta casada.*

Tal comenzó entrábaseme la conciencia, que un día llamé á solas á mi amo y le pedí la soldada y licencia para dejar su servicio, aunque esta última yo me la tomara, así él no tuviese voluntad de dármela.

Despedíme también con mucha cortesía de mi ama, que á pesar de quien ella era, yo no la quería mal, y

aún se me fueron las lágrimas, con sus hipillos y babas por cabo.

Ella yo sé que se dolió de mi marcha, que otro que tan cabalmente la sirviera y á punto la tuviere las cosas, no le había de encontrar al volver de una esquina, como quien se encuentra un guijarro.

....

Un pie tras otro, tomé el camino de la Corte, que en ella me pensé yo, como dicen, que atábanse los perros con longaniza y andaban á puntapiés los doblones.

Pero buenas longanizas y buenos doblones nos dé Dios. Más sudé entonces para buscar un mendrugo de pan, que llevarme á la boca, que cien gallegos en medio del ardoroso Agosto segando á las tres de la tarde las doradas mieses de Castilla.

Acuérdome de que un día, poco antes de entrar en Vicálvaro, topé con unos tejares, y á ellos me fuí en demanda de trabajo, sin pedir más soldada que la comida. Lleguéme todo lo terne que mis pocos años y mi mucha hambre me permitían, y expuse mi pretensión.

Hízome el capataz más inquisitoria de mi vida y milagros que si fuese un juez, y luego de que le satisfice bien á su gusto, mandóme que le mostrara las

manos, y viendo que eran finas y bien cuidadas, díjome que perdonara por Dios, que eran de vago porque no mostraban callos endurecidos en rudas faenas, ¡Miren que conciencia de hombre!

Aquel día comí, (y había dos que no lo hacía), gracias á un pan que robé á un panadero que llegaba de Alcalá.

No quiero, señor, contarle más calamidades que ya por pasadas de nada aprovechan.

Sepa sólo que de aquí adelante por más de quince años, corrí en las recuas del hampa toda la Andalucía, Extremadura y la parte baja de Portugal.

Que fuí cuatrero, que apaleé á las rondas, que canté en el *ansia*, trabajé como forzado en las obras del puerto de Málaga, bogué en las galeras de Marbella, escapéme á Orán, en Argel estuve cautivo, y merced á la Orden Trinitaria fuí rescatado á la par de aquel soldado y poeta Miguel de Cervantes, y viniendo como muy honrado á la corte en una veintena de años estuve al servicio de las casas más linajudas de España.

Los más notables ingenios traté de cerca: tuve mis pujos de poeta, fuí representante y cobertor, de los amoríos de las más famosas comediantas...

Medite agora vuecelencia, sobre el mal que en el trigo nuevo de la vida humana, hace la cizaña del

pecado. Dígame si no es verdad que de topar con alguna señora virtuosa y amo de claro juicio, que hubiérame educado en el temor de Dios, no fuera yo á este tiempo, cuerpo angélico en el celeste trono; que más me valiera morirme de edad de dos años, que no agora con setenta y tantos á cuestas, contar estas bellacadas.

NOTA DEL COLECTOR.—*Aquí hay una laguna de tiempo en que Marquillos de Valdeavero no envió papel alguno á su antiguo amo, y en esta dicha laguna entiendo yo que ha debido de ahogarse lo más sabroso de la vida de este hombre. Siguen desde aquí las cartas con notables intervalos de fechas, y á veces entre unas y otras hay una gran incongruencia. Sin embargo, yo las doy tal y como las hallo, sin meterme siquiera á ordenarlas, por no profanar el respeto con que hasta aquí fueron guardadas.*

De aquí adelante, por ahorrar el cansancio de las acotaciones, señor lector, donde haya gran pausa de correspondencia te marcaré un asterisco y tú seguirás la lectura á la buena de Dios, que en esta urdimbre sin principio, ni fin, salvo lo que va hasta ahora puedes comenzar á leer por donde te diese gana.

PAPEL IV

Mire V. E. adonde llega un mísero mortal cuando Dios le deja de su mano.

En Valladolid entré al servicio de un mayordomo del Duque de Lerma, y lo más de mi obligación era sólo acompañarle los muchachos al estudioy dos ó tres días al mes al salir por los pueblos del contorno, que eran feudatarios de su Excelencia, á cobrarle las alcabalas de su amo, y luego comer, triunfar y holgarme.

Y en esta vida regalona estuvo por el entonces mi mala ventura, que ya sabe Dios Nuestro Señor lo que se hace con dar trabajos á los pobres y hondas cavilaciones á los ricos, que míentras con ellos se entretienen, no les queda tiempo para ocuparse de lleno en la maldad, egoísmos y crímenes del mundo.

Un corchete picando en alguacil, llamado Bigotillos, fué quien me proporcionó esta prebenda en que yo me estiraba y regalaba con más holgura que gozque en solana.

Esto como digo trájome el primer tropiezo serio que tuve en mi vida.

A punta de noche, acudía á cierto garito de la calle de Troya, donde solía reunirse la peor gente de

vieja ciudad, lo más florido y rameado del hampa vallisoletana.

Rufianes de la *Maruquesa*, gallofos de la *Mantería* y bigardos de la Cruz Verde.

Allí aderezábanse los malos pleitos, y escribíanse al compás de los dados y azares de las cartas, los más brillantes eapítulos de la bibra.

Concertábanse manteamientos, planeábanse hurtos. subastábanse cuchilladas y muñíanse deshonras.

Yo de todo era testigo sin mezclarme en nada, y si allí acudía fué por cogerme á espaldas de mi casa, como haber tenido siempre desde muchacho, horra el ánima de escrúpulos y aprensiones.

Aconteció que una tarde cierto maestro de los más jaques de aquella orden, metióse en peor y más negro fregado de los que por costumbre había. Y fué que por vengarse de un alcalde de ronda, que en época no muy lejana habíale hecho cantar sin tener voz, cierta bellaquería, topó en una calleja á espaldas de San Benito, á una hija de tal ministro con un escudero viejo, que salía de la novena, y arremetiendo con ellos, al rodrigón dióle tal estocada que le dejó á las puertas de la eterna vida, y á la moza, que era de lo mejor en punto á belleza, arrebató consigo, y desmayada llevósela á la manfla aquella.

No hizo más de entrar y arrojóla contra las losas del piso, como fardo de trapos viejos.

—Ahí está esa fruta nueva—dijo,—quien más ofrezca se la lleve, recién cogida está del árbol, apenas el sol ni el tiempo han colorado su piel.

Cada uno de los que allí había, como lobos de la mesma manada, hicieron su postura, y mientras la infeliz doncella, que ya había vuelto en sí, aferrábase á las piernas del bellaco, quc atendía por *Mediodiente*, pedía por Dios que antes la quitase la vida que tenerla en aquella picota.

Pero este salvaje, que acordábase muy mucho de los argumentos con que el dicho alcalde hiciérale cantar, dando un empellón á la bella dolorida, hízola de nuevo venir al suelo, con tanta violencia, que su hermosa cabeza rebotó contra los guijos de la sála.

Hirvióseme la sangre, y no pude más, lleguéme muy entero al pícaro, y trabándole por el cuello, arrinconéle contra la pared sañudamente, al tiempo que le decía, cómo aquello no era bien hecho, y nunca debió tomarla y sembrarla así en el campo de la perdición; rióseme la demás gente, y por vía de mofa me llamó Don Quijote. Solté al rufián, que ya estaba medio ahogado, poniendo mano á la espada, dije cómo sin dineros, y sí por mandatos de la sangre, aquella mu-

jer apuntábame á mi cuenta, para tornarla á su padre, y que sobre esto allí estaba yo para responder, y cuando ello no fuera bastante, Dios tenía la palabra y á su juicio dejáranse correr los hechos.

Así della y la traje conmigo; tras nosotros veíase *Mediodiente*, muy jaque, pero aún no habíale puesto, la mano en el vestido, cuando la hoja de mi acero, crujíale de plano en la faz, desde la boca hasta la una oreja.

Revolucionóse la casa, y todos tiraron de las *negras* armándose tal sarracina de palos y estocada, que no pienso que en Lepanto se librara mayor combate.

...Al fin, como Dios es justo, todo finó con que á los quince días desperté en el hospital de la Resurrección, respirando por un boquete como un doblón que en el costado izquierdo abrióme una bala de plomo, y la desventurada moza, según supe, ese mismo tiempo llevaba mordiendo tierra en la cripta de la Victoria, capilla del Cristo.

Cuando al cabo de dos meses diéronme el alta, hube de buscar nuevo amo, porque el Mayordomo de S. E. dijo cómo en su casa, y menos al cuidado de sus hijos, no quería gente que anduviera en tan malos pasos como yo, que si el tiempo que en estos desmanes y malas compañías empleaba, aprovecháralo en

visitar los templos y hospitales, y en hacer obras de caridad, no me sucediera tal, y antes fuera tomado por ejemplo de la ciudad y todo el mundo diérame cartas y privilegios de católico piadoso y hombre honrado.

Y es lo cierto, duque mío, que la razón salíale por sobre la abundante peluca que cubríale la monda reluciente calva.

PAPEL V

. . . .

Errante y otra vez á la que salta, como se dice, anduve, señor, nuevamente; menos malo que la espera no fué larga, que un día, vime requerido; por una grave señora que visitaba la casa de mi amo anterior el mayordomo.

Díjome si me convendría servir á un hijo suyo, estudiante aún en aquella Universidad, que había embocado en el matrimonio con una linda menestrala, aún casi niña. Ofrecióme que no más había de valer como ayo, pues no daríanme mucha obligación, y esto hasta que él finara sus estudios de leyes, que había de ser en aquel mismo curso; dije que sí, y este servi_

cio tengo para mí que, junto con el de vuecelencia, ha sido el más tranquilo y agradable que tuve en toda mi larga vida.

Durante él, no aconteciéronme grandes cosas, pero, porque mire V. E. cómo es la vida, cuando Dios bendice el hogar y manda á él un ángel que le presida, quiero decirle algo del vivir de aquellos mis amos. Dios les dé mil venturas si viven, y si no á su divina diestra téngalos sentados allá en la gloria.

....

Llamábase ella doña Josefina, y él don Carlos. Yo no hacía más de atenderlos y administrarles la corta pensión que la madre, doña Angela, les pasaba para ayuda de costa de la olla.

Apenas finaba la frugalísima cena (á la cual yo asistía en la mesma mesa), importante suceso que siempre solía acontecer á punto de las nueve, hora marcada pausadamente con nueve graves y acordes sonidos por la campana mayor de una vecina iglesia, recogíamonos devotamente en nuestras conciencias todos tres, y por un breve espacio no escuchábase en todo el aposento otro ruido que el apagado murmullo de las plegarias y el tenue chisporroteo del velón.

Un *Amén* dicho á coro, como cumplida rúbrica del santo ejercicio, era á modo de paje revoltoso entre la

nueva pareja que abría las puertas á una galana legión de frases donosas en que Amor y la picardía madrigalesca, tejían un apacible y galano coloquio.

Recuerdos de ayer é ilusiones felices para mañana.

El matrimonio era joven, y así, no es de extrañar que al abrir los ojos de la ilusión (ojos que sólo tienen luz en la primavera de la vida), viéranlo todo de un bello color dando más brillo al sol, más azul al cielo, poniendo espigas de oro en los campos yermos y flores nuevas en los viejos jardines.

De una habitación contigua salía el brevísimo respirar de un niño.

La doña Josefina, que era linda y vistosa como la flor del naranjo, tomaba un pesado infolio con más pergaminos que un tambor, y poniéndole en las manos del gentil don Carlos, decíale muy graciosamente con dejos de dómine:

—«Agora, señor bachiller, amárrese por un buen espacio á este *bártulo,* y échese á correr por los agrestes caminos de la licenciatura, que si no, en castigo, los mis ojos se cerrarán á las miradicas y picardías de los vuestros. Mire que no lo hace para sí, que ya tiene santas obligaciones en le mundo, y le hacer por su hijo y por su esposa, sirve tanto y más á Nuestro Señor, como en la paz de un claustro. Yo, mientras que

vuesamerced estudia, señor gandul, aderezaré estas albas y aquellos paños de altar que me trajeron de las madres Concepcionistas, y aún quiero hacer tiempo para almidonar estas valonas y lechuguillas del Duque, pues hasta que el día asome no pienso alzar la cabeza.

Tomaba el libro el galán, pintándosele en todo el rostro, al tiempo de tomarle, una picaresca sonrisa, que más era cédula pidiendo algún mimo, que contracción de los músculos, tanto que ella, llegándosele con mucha desenvoltura y gracejo, luego de consentirle un tanto, le besaba en los ojos...

Yo, mientras, y como si nada viera, ajustaba las cuentas del día y repasaba las que mi amita recibiera de las casas religiosas por sus lindas labores.

....

Pues sabrá Vuecelencia, señor y amo mío, cómo este nido de tórtolas formóse en el verano apenas la Primavera comenzó á pintar de flor los almendros y á coronar de capullos los rosales.

Mandóles el Señor un serafín de retablo para darles más intensidad en sus alegrías y mayor consuelo eu sus penas.

Tomóles desprevenidos la visita, y porque el mun-

do no se escandalizara y aun ellos mismos (que eran cristianos viejos), recogiéronse á Iglesia.

Don Carlos, habíase graduado por el entonces en leyes, y menester era que continuara sus estudios.

En este modo habíalo decidido su buena madre, virtuosa y talentuda señora que plugo de amparar aquel idilio con su maternal amor. Pasábales ella el diario sustento al que servía de apoyo lo que la recién casadita aportaba cosiendo para conventos y casas de la grandeza.

Entornábanse de vez en vez los ojos, cansados, cayendo las cabezas rendidas sobre la costura y sobre las leyes. Pasábase así un buen espacio, hasta que el despertar del pequeñuelo despabilaba á uno de entrambos, cuando no á los dos á igual tiempo, y jovialmente, echábanse en cara el uno al otro su pereza...

El Licenciado en ciernes cerraba de golpe el docto libro, levantábase de la poltrona, quitábame á mí también de las manos lo que leyera, que nunca solía ser nada de provecho, despedíame afectuosamente, y luego de atizar el muriente velón, decía á su amoriada pareja:

—Ya cansáronse harto esos ojitos que yo no quiero, y danzaron demás por las santas albas y las señoras

valonas esas manitas que yo no me como. Váyanseme, pues, á descansar noramala, y mañana, Dios dirá.

...Velaban por unos instantes el sueño del primogénito, y unos minutos después, estallaban dos sonoros besos dados á lo que se entiende en... la señal de la cruz que hiciera cada uno al persignarse.

Decía ella luego:

—Recemos por nuestros difuntos: *Padre Nuestro que estás en los cielos.*

Y él contestaba:

—*El pan nuestro de cada día dánosle hoy...*

Finada que era esta piadosa encomienda, continuaba él con la voz muy apagada:

—Agora por los que están en pecado mortal.

Y como por un sendero de indulgencias, continuaba ella:

—«Dios te salve, María, llena eres de gracia...»

***

Mas toda paz y ventura, así como todo lo malo y deleznable, acaba en la vida, vino Junio, aprobó mi estudiante, y la señora madre, que tenía buenas y recias aldabas en la Corte, sacólc de Valladolid con su mujer y su hijico, y acá se vinieron todos, dejándome

á mí, al amparo de mi industria, que como en esta casa, (quisiera Dios hacer lo mismo en todas y fuera entonces el mundo segura antesala del cielo), no había más de felicidad, no pude rellenar la faltriquera de sisas, y así dí lo comido por lo servido.

Con todo, y sin lo que no sisé, yo se lo alabo al Señor, que me permitió ver cómo hay ángeles en la Tierra...

PAPEL VI

Nunca, Duque, mi señor, aunque más siglos que el mundo viviera, pienso que podría olvidar al primer amo que tuve en Madrid después de la única ventura pasada en la antigua corte.

Llegué á la coronada Villa por la caridad de un arriero palentino. En no sé cuál de las posadas de la calle de Toledo vinimos á parar, y al día siguiente, á punto que Dios amanecía, ya estaba yo en la calle, buscando amo, y quiso el cielo que hallara, porque topándome en la Puerta del Sol, con un mozo que de antaño estábame agradecido, porque mientras yo estuve con el mayordomo de la casa de Uceda matéle el hambre más de cuatro veces, alegróseme mucho

de encontrarme y preguntando en qué me empleaba, le respondí entera la verdad: díjome que por colocado y muy bien me tuviera, pues que él aquella mesma tarde dejaba á su señor, para marcharse á Italia, sirviendo á un capitán tudesco, que le traía más ganancia.

Su amo alegraríase de mi hallazgo, pues hasta aquella hora no había encontrado quien le sirviese. Fuímos alla, dijo mi camarada muchas grandezas de mí, y el usía las creyó buenas, como fiadas por quien también le había servido.

La obligación con este hidalgo, que llamábase don Manuel Enríquez, y en la Corte estaba á pretender no sé qué oficios, poco llevábase de los demás, y así nada nuevo ni notable acontecióme en el tiempo que le asistí, pero de una dolorosa historia de amor á su cargo fuí testigo, y quiero contársela á vueseñoría, porque advierta y medite á dónde llega, esto que la gente alcurniada llama fuerza y color de la sangre, que no para en las cosas y personas de la tierra, ni en las ajenas torturas del corazón.

LASTIMOSA HISTORIA DE LOS PUROS AMORES Y LEGÍTIMAS BODAS DE DON MANUEL ENRÍQUEZ

Erase Don Manuel, mi amo, un apuesto mozo muy galán, auuque algo pagado de la gentileza de su persona, y entendía que toda dama que mirábale, aunque sólo fuera al acaso, forzosamente había de quedar prendada de él.

Presumía harto de calavera, y yo como gozque suyo, que á todas partes le seguía, sé que en más de cuatro ventanas dejó corazones secos y ojos sin agua, y en alguna esquina cuerpos de galanes y aun de maridos burlados, que también como sabía urdir madrigales, entendíasele de manejar la espada.

Era mayorazgo de un rancio solar de Castilla, y por la educación altanera que recibió, miraba muy por bajo todas las flores que no fueran nacidas á la amplia sombra de sus bardales.

Y así era como abeja ó avispa que en cada pétalo entreteníase mientras picaba, y luego retirábase á la colmena de su soledad á gustar la miel recogida en todos.

Mas he aquí, que llegó una vez en que el peregrino de amor encontró en una menestrala y linda moza, le

fin de sus correrías, y á ella acogióse como sediento al claro borbotear de una fuente.

Tal hízose á este querer, que como estudiantillo ú oficial de la mesma clase y rango de la niña (que llamábase Leandra), madrugaba y acompañábala al obrador de las Carmelitas donde la tal acudía á coser, y luego á la tarde tornaba á recogerla.

No faltó (que para todo hay almas generosas) quien conociendo las ranciedades de la casa de Don Manuel, fuera allá piadosamente con el cuento deste noviazgo, y fué como meter una *zarabanda* en el oficio de difuntos.

Muy oscamente querellóse la señora madre, y decía á quien gustaba de oilla que aquello venía á ser oprobio y mofa de su esclarecida raza.

Tal impresión vino á causarle á la apergaminada y rancia señora, que determinó llamar junto á sí al hijo para convencerle por sí misma, y, si fuese necesario, renunciar á los quehaceres de la corte porque en tales *fangos* no se hundiera.

Allá fuimos, que era en un lugar de Palencia, y ello fué como revolución de Nápoles, pues que no había medio de reducir á la Mayorazga.

Alegaba Don Manuel tiernamente la mucha afición

que había tomado á su dama y el alto y honesto amor que en ella supo despertar.

—Mirad, señora—decía—que mejor haréis en alabarme este cariño que en ponerle veto; él ha sido, ¡por las cenizas santas de mi madre os lo juro!, como la mano de Cristo que tocó en el corazón de María Magdalena y la hizo santa, humo de incienso que se entra por las celosías en que antes respiraba almizcle y benjuí. ¡Estimádmele, madre mía, porque ella es buena y yo la quiero!...

A lo que la inexorable señora respondía, con voz que parecía un anatema contra enormes blasfemias:

—¿Y qué dijera tu abuelo Don Sancho, aquel nobilísimo varón que con el Santo Rey entró por las puertas de Sevilla, y fué barra fortísima de tu escudo? ¿Qué aquel otro Don Suero que en Avila dió una manotada con el guantelete calzado en la efigie del cuarto Enrique? ¿Qué aquella venerable sor Carmela del Eterno Consuelo, fundadora de una Santa Casa, en tierras de Palencia, que dió tres cardenales al Sacro Colegio y un nieto al César. Haz lo que quieras, que mayorazgo eres, y no puedo quitarte la voluntad; pero sabe que el no dejar á esa pecorilla de sangre plebeya traerá mi disgusto. Si á los altares la llevas, y á nuestro árbol la asciendes, cura de que no entre

por la mesma puerta que yo, ni en mi estrado la encuentre aunca, ni en mis sábanas duerma, ni coma pan en mis manteles. Y no digo más, sino que Nuestro Señor te ilumine.

Con este viaje cruel tornamos á la Corte. Y como traía veto de prohibición, con más ahinco que se partiera volvió á la dama, que no hay cosa que más nos fuerce á delinquir, que el saber que hay leyes que condenan.

Plúgole al cielo poner entonces á prueba la paciencia y el querer de mi amo, y así ordenó que un airecillo infame metiérase en los pulmones de Leandrica, y fuése mustiando poco á poco la delicada flor de su vida.

Don Manuel, viéndola sufrir, queríala más cada momento, y como los padres de la moza vinieron á consentir muy complacidos en estos amores, las más horas que podía pasábalas con ella el galán. Y era tema de todo consuelo la promesa de matrimonio, que, según opinión general, había de sanar aquel tallo enfermo.

Comenzó á venir la primavera y parecía que cada gala que colgaba en los tallos, cada hoja en los árboles y cada aroma en el ambiente, traía un beso de salud para la enfermita.

Y el primero día de Mayo celebróse la boda, con grande solemnidad, en el templo del Salvador.

No vino á ella la madre de mi amo, ni unas hermanas suyas, ricas hembras, que hacia la calle de Santiago habían su aposentamiento, pero sí en cambio toda la familia de la novia y vecinos de la calle, que tenían aquel enlace como la primera vuelta para el entronque de la nobleza y el pueblo.

Aún no había finado el estío y ya los barruntos del otoño comenzaban á reproducir el mal en mi señora, flor que resucitó la primavera.

Hubo necesidad, por la bondad de los aires puros, de trasladarla á la casona solariega de Palencia, donde como roble carcomido íbase consumiendo Doña Constanza de Benavides y Peñalara, madre de Don Manuel. La cual, sabedora de que iba su nuera á vivir bajo el mismo techo que ella, dió en sostener la ridícula é intolerable manía de que no entrara por la puerta señorial, sino por la poterna, que daba á una calleja excusada, y no comiera en sus manteles.

Don Manuel pasó por esto, como por una pena inevitable que le enviaba el Señor.

Mi señora no llegó á conocer á su suegra feudal, quien entiendo que cada día y cada noche pedía á Dios que borrara aquella mota villana de sus dorados

pergaminos. He aquí dos plegarias opuestas, nacidas del egoísmo y del amor, que habían de encontrarse en el trono del Altísimo. Doña Constanza pedía la muerte, su hijo la salud de aquella carne enferma, que iba muriéndose lentamente.

Parecia que cuando postrábase Don Manuel, ante el crucifijo de su aposento, para pedirle esta limosna; la llagada y santa imagen abría más los brazos para hacer mayor el desamparo.

Y era lo triste que parecía que aquellos campos y aquellos cielos, habían sorbido el odio de Doña Constancia y lo infiltraban en el lacerado cuerpo de la menestralica que por amor llegó á noble.

Ibasele en cada hora un punto de vida, y á mi amo un trozo de alma.

...Junto á un ventanal que daba á una espléndida y florida vega, en un sillón amplio y recio, descansaba la enferma. En su faz pintábase como en las aguas del río, el color y el ambiente de cada día.

Y llegó uno, en que, recreándose en mirar cómo el sol escondíase tras los picos de la sierra, se le apagaron los ojos y se le paró el corazón...

....

Doña Constanza hubo de dolerse de que las gentes de la villa comentaran y doliéranse de que en su

palacio entraba Amor por la poterna con temores de rufián, aun siendo muy noble hidalgo, y al morir abriárasele en par el postigo como á enemigo que huye.

PAPEL VII

EN EL QUE PROSIGUE LA HISTORIA DE LOS AMORES DE DON MANUEL ENRÍQUEZ

Duque mi señor, quiero que este papel, siendo cauce de la triste historia que comienza á manar en el otro, vaya aparte, tanto porque aquél hacíase largo, y todo lo prolijo llega á parecer pesado y fatigar la atención, como por darle lugar á V. E. á que meditara sobre el orgullo de la sangre y vanidades del mundo, que si el que más presume y mayores infulas tiene se parara á mirar que ricos y pobres todos nacemos en cueros, y la misma tierra nos cobija y los mesmos gusanos nos pudren, no anduviese tan finchado y fuera de sentido, y mirara más por la inmortalidad de su ánima que por la vanidad del cuerpo, que éste á mil mudanzas, grandezas y servidumbres está sujeto, y aquélla no tiene más de dos estados,

que son: el pecado y la gracia, y á un sólo Señor ha de rendir cuentas.

Volviendo al hilo cortado de la odisea de mi amo, digo que, muerta su mujer, finó toda amistad con su madre Doña Constanza, y vínose á la corte á la caza de un tío suyo; pero no entienda vueseñoría que á vivir á su costa, sino mientras se le arreglaba el tomar un hábito, que puso todo el fuego de su corazón y el poder de su voluntad en retirarse á un monasterio.

Todas las ansias de su pariente Don Baltasar, porque Don Manuel buscase consuelo á su pena en el noble ejercicio de las armas, y sembrase tal cual laurel en los campos de la Historia, estrellábase de lleno contra la férrea decisión del mozo.

... El viejo león que en Cataluña atajando desleales y en las Alpujarras tajando moriscazos cubrióse de fama y de cicatrices, era inerme esta vez, con este amable enemigo, que si una espada caía en sus manos luego hacíala instrumento devoto, y asiéndola por la hoja, ponía los ojos en la cruz y, fijo en ella por un buen espacio, meditaba la sublime tragedia del Gólgota.

Ya en el aposento de Don Manuel, no veía el sol al alumbrar los ojos, el rico vestido cuajado de encajes

y holandas; las medias tan pulidas, que daba pesadumbre el pensar que habían de verse en piernas, y la valona tan inmaculada, que mal año para la nieve serrana. Así, el bruñido estoque de corte con vaina acuchillada, pendía del respaldo del amplio frailero que había á los pies de la cama; un grave vestido de negro paño de Béjar, sin adorno alguno, esperaba sobre un escabel de roble, y en lugar de espada y daga, un libro de rezos y un rosario de azabaches eran armas contra las tentaciones del *malo* y latigazos de la carne pecadora.

Cuando yo entraba á cosa de la siete, como había por costumbre, á despertar y vestir á mi amo, ya solía hallarle medio vestido y de rodillas ante una marfileña y prodigiosa imagen del Redentor; espiritual ejercicio en que había más de una hora que se empleaba.

¡Bien pudiérasele tomar por un austero anacoreta, según el notable fervor y extático extravío con que hacía oración!

Unas veces había lágrimas en sus ojos, agua beeéfica que llegaba á refrescar el fuego de los labios, y atras pintábase en la faz una seráfica sonrisa, y de su boca escapábanse unas palabras de consuelo.

—¡Alma mía! ¡Dios te asienta en su estrado, yo quiero ir á ti, espera, espera, alma mía!

Tomábale luego un profundo sopor, y no eran pocas las veces que al entrar yo de nuevo habíale de recoger privado de todo sentido y ponerle en el lecho.

Penitenciaba (que no puede decirse sin notable alteración de la verdad, dormía) sobre durísimos jergones, y á cada hora que daba el reloj levantábase á orar. Comía poco y malo, y gustaba más de la mesa de los criados que de la del general su tío.

En fin, que tales tormentos corporales se daba, que, á la postre, el Señor hizo una mañana la merced de llamarle á sí, con lo cual yo vine á perder el mejor amo que hasta entonces tuve, que de allí adelante muy bien lo vine á remediar con encontrarme á vuecelencia.

En el monasterio de Santa Ursula, de Alcalá de Henares, vino á quedar sepultado.

Veinte años más tarde se descubrió el enterramiento, y vióse su cuerpo incorrupto, casi, como el día en que expiró. Yo cortéle una guía del bigote y un lazo del calzón.

El señor obispo dijo que aquel perfecto estado de conservación eran fehacientes pruebas de que Don

Manuel Enríquez se asentaba á la diestra de Dios Padre. Aunque entiendo de vuecencia para mí (y esto yo lo pondría como impedimento en el caso de que se tratara de canonizarle si me nombraran *Procurador del diablo*, que por el egoísmo de encontrar en el cielo un amor de la tierra, siguió la senda gloriosa de Cristo Nuestro Bien.

PAPEL VIII

Porque vea, señor, que en todas las galeras del mundo hice jornada, unas veces como viajero, como postillón algunas, y otras como mayoral, vaya en este papel de hoy, un capítulo sentido de mi vida, que acá en mi breviario tengo santificado en una florecilla marchita. Es de cuando me enamoré, santo y callado amor que siempre guardé sin decir quién fuera la dama, y que de mí para vuecelencia es única y poderosa causs de que vista sayal de serga y viva consagrado á Nuestro Señor, á quien si ahora sirvo como mínimo, no espero que sea pasado mucho tiempo sin que le reverencie y adore como padre grave.

Antes de entrar en esto, quiero, por ser de grande bulla y curiosidad, darle algunas noticias de lo que

ahora acontece por la corte y fuera de ella, que ya sabe vuecelencia, cómo los frailes y más los de mi orden, por las muchas relaciones estamos al tanto de todo.

Ayer viernes, 15 de Agosto deste año de gracia de 1654, amaneció levantado cadalso en la plaza para dar garrote aquel Don Antonio de Amada, acusado de dar muerte al señor Marqués de Cañete, sin que el crimen haya tenido absoluta probanza.

Diz que el reo estaba ordenado de corona y grados y con un beneficio á capellanía eclesiástica en su tierra, que es Cariñena.

Sacarónle á justiciar á las diez y media, en mula enlutada. Iba bien custodiado, porque temíase tumulto para impedir la ejecución.

Cuando ya subíanle al patíbulo, muy apriesa, por quitar tiempo á toda intentona, llegó un obispo sufragáneo con hábitos de Franciscano, seguido por veinte clérigos, los cuales, subiendo al tablado, incautáronse del reo, y á vista de las autoridades y el pueblo, metiéronle en un coche que á prevención traían y esceparon con él á la carrera de las poderosas mulas, por la calle de Toledo, y entráronle en casa del señor Cardenal, por una puerta excusada.

Hoy sábado, á las diez de la noche, fueron todos

los alcaldes de Corte con más de doscientos hombres, al palacio Cardenalicio, y lograron apoderarse nuevamente del infeliz, que ya mirándose protegido de tan alta autoridad eclesiástica, dábase por libre. Llevárонse también cuanta servidumbre hallaron.

Dícese que el lunes de mañana, le quitarán la vida. Dios le acoja en su santa gloria, que tengo barruntos de que ahorcarán á un inocente.

De las otras cosas de fuera que quiero decirle, y aquello de mis amores déjolo para más adelante, pues agora llámame el prior y he de soltar la pluma en este punto. En lo de los amores, perdóneme vuecelencia, pero, por ser un gran dolor de mi vida, pienso que los honro más dejándolos enterrados allá en el fondo de mi alma...

PAPEL IX

Amo mío, Vuecelencia, que es tan buen cristiano, rece y mande decir alguna misa por el alma de aquel inocente, que hoy justiciaron.

A las diez y media de ayer 21 de Agosto, sacáronle de la Cárcel de Corte.

Bien puedo decirle que caminaba al suplicio sobre

un sendero de lágrimas. Y este es el primer bárbaro espectáculo en que vi llorar al pueblo, que tanto se solaza cuando hay en la plaza función de verdugo.

Murió muy cristianamente. Quitáronle de penar con un artificio de hierro que es una argolla que se estrecha por la presión de un tornillo, y en un abrir y cerrar de ojos quita la vida.

Cortáronle la diestra mano, dándose con ello un salvaje y repugnante espectáculo, impropio de humanos, pues no acertando el verdugo con la coyuntura, acaso por el azoramiento, hubo de cercenarla á hachazos, y en más de diez no acertaba.

Finalmente, el tal ministro de justicia llevóla frente á la casa del Marqués de Cañete, y la clavó en un palo eomo padrón de ignominia, donde habrá de estar para ejemplo durante ocho días.

El Cardenal de Toledo ha sido desterrado de Madrid por encubridor.

Por hoy no va más, y perdone vuecelencia en gracia á lo interesante este paréntesis en los párrafos de mi vida.

PAPEL X

Pídeme vuecelencia, que le traiga á cuento alguna famosa conversión ó notable hecho de algún pecador

que hoy prive como bienaventurado en las regiones celestiales, y yo no puedo ni sé negarme á nada que vuecelencia me pida, y estos papeles escríbole con notable gusto, quiero que éste sea recordación de uno de los más notables, que anda en historias que yo no lo ví, pero así lo creo como si lo hubiera visto.

Ved que siendo este santo varón en el siglo cicatero y puntilloso, espumilla de los lindos de su tiempo, hoy es alto ejemplo de mansedumbre y santidad.

Fué magnate un punto menos que V. E., pues no es otro que el Sr. D. Bernardino de Obregón, secretario y ayudante del Duque de Sessa D. Gonzalo Fernández de Córdova.

Diz que una mañana, muy bizarro y limpio, henchido en terciopelos y cuajado en randas, bajaba nuestro D. Bernardino por la calle que dicen de las Postas, á desembocar á las gradas, cuando unos destos pobretes honorables gentecillas que cuidan de la limpieza de la calle (así como debiera haberlas que cuidaran de las buenas costumbres y pureza del idioma), salpicóle con la escoba sin advertirlo; indignóse más que se pensara el caballero, y mirando lo que él lucía como encanto y aderezo de la persona, hecho una hediondez, sin ser dueño de sí, dióle una bofetada al cuitado, el cual á fuer de hombre miserable y ahorrativo, des-

tos que jamás vuelven cosa que les den, dejó la escoba, y destocándose el mugriento chapeo, fué á postrarse de hinojos y á darle las gracias por haberle sabido castigar una falta del oficio, que ello servíale de advertencia y de allí adelante había más cuidado.

Quedó el colérico prócer tan profundamente asombrado desta mansedumbre, que abriéndole Nuestro Señor los ojos de la verdad, comenzó á ver claro, y vió cuán pecador y desatalentado era, qne estando aquel hombre humilde por desaseo y porquería de todos, recogiendo lo que los demás tiraban sin poder curar de las barreduras del espíritu, aún veníale él á maltratarle por una basurilla sin mirar que más había de ser su cuerpo en cuanto le faltara la vida, y cayó de hinojos á los pies del barrendero, le abrazó como hermano y pidióle perdón.

Mohino y cabizbajo, sin atender para nada á ojos femeniles ni saludos de nobles y honradas gentes que en él paraban, tomó de nuevo el camino de su mansión; dejando acaso para nunca el motivo que le obligara á salir della, y llegado que hubo, resolvió con toda firmeza hacer cambio de vida, y vivir como los pobres y para los pobres.

Vendió cuanto había, así en bienes como en patrimonios para con su producto atender á los hidalgos

de la *Roña* y príncipes de la *Lepra*, y retiróse al hospital que llaman de la Corte.

Yo pienso que constantemente había de tener ante sí (unas veces como imagen santa para pensar en la Gloria, y otras como estampa del *malo* para tener presentes los extravíos de la soberbia y de la ira que á los infiernos conducen, la estampa del barrendero con la escoba en la diestra y el rostro hinchado, desde el un ojo hasta el colodrillo que hubo de ser todo el vasto imperio de la mano agresiva.

Fundó luego por los años de 1579 el Hospital de Convalecientes que dió nombre á la calle donde estaba situado, cuyo humanitario y piadoso establecimiento tengo para mí que es el mejor capítulo de la ejemplar vida deste bienaventurado, y por último, la santa hermandad ó cofradía de los *Hermanos Obregones*, que no le va en zaga al santo Hospital ya dicho, pues que han la humanitaria y nobilísima penitencia de repartirse por todos los Hospitales de España el cuidado de los enfermos.

El cuerpo deste santo, que sin ofensa para su honorabilidad ni al respeto del Dogma, pudiera decirse hecho á mojicones, yace en la iglesia del Hospital general desta Corte, donde toda alma que para bien del prójimo florezca, y con las fundaciones (que son gra-

das para escalar el cielo), se emocione y esponje, puede rezarle con toda fe un *padre nuestro* cada día ú ofrendarle una misa que Dios Nuestro Señor pondrá allá arriba entre los votos al bienaventurado y en la bandeja de los méritos del devoto.

Hágalo así vueseñoría, que yo se lo digo, y cuando en su día, que Dios quiera que sea muy lejano, se siente á las diestra de Nuestro Señor, sabrá agradecérmelo.

El cielo le guarde..., etc.

PAPEL XI

También quiso Dios que para que fuéranme conocidos todos los engranajes de la vida, anduviera en la galera de unos cómicos.

En Segovia, y durante unas carnestolendas, entré al servicio de una famosa comedianta, que más tejía su vida fuera de las tablas, rifándose á gran precio, que á la sombra de los ingenios castellanos.

Fué ésta una temporada en que todo sucedíame á tuertas; medio año paséme en aquella ciudad en el hospital, y luego que dél salí, no teniendo dónde ir, híceme avisador desta compañía que digo, y más que

nada, tercero de la cómica. Pero aconteció que por unas estocadas dadas á su causa, determinó el Corregidor de arrojarla de la Villa, y entonces la dejé y quedéme por entero al servicio de todos.

Dejamos Segovia con muy buen provecho, y viníмonos á la Corte, para hacer la Pascua de Resurrección.

En el corral de Burguillos, hacia el mentidero pusimos la cátedra. No nos fué mal del todo, y yo que cumplía bien con todos, llevábame como hermano.

Sólo por curiosidad, y porque mire V. E. como suele ser la vida de algunas destas gentes, quiero relatarle un donoso capítulo á que dió ocasión el matrimonio que gobernaba la compañía.

Y ello vino acaecer en uno de los días de más compromiso: estrenábase comedia nueva.

Válame Dios y qué estruendo había aquella tarde por los alrededores del Corral, no parecía sino que todos los demonios del infierno y á la cabeza dellos ese más revoltoso que dicen *Cojuelo*, habíanse alborotado y querían ver la comedia.

No dábanse los celadores punto de reposo para contener á la gente, en principal manera á los pajes y gallofos que solían filtarse como el agua.

Presentábase aquella tarde, como aliciente á más

de la comedia nueva, una destas que dicen comediantas de bululú, venida de Toledo, que hacía muy donosos fines de fiesta y llevaba más gente á la Primada que el día del corpus. Y por esto era el afán que bullía en las almas de la calle.

Advierta vuecelencia que al decir almas no cuento ni los escribanos, ni los alguaciles, ni los procuradores, ni los usureros, ni los avaros, ni los sastres, que todos ellos son gentes sin almas.

Los que vendían provisiones de boca, las cuales trastocábanse luego en armas arrojadizas contra el poeta de la comedia y los cómicos que la representaren, pugnaban más que nadie en el entrar porque la venta no se desperdiciara.

—Tome luego estos tres reales—decía un mozuelo que parecía aprendiz y déjenme pasar para arriba, que hoy hace aquí papel de comparsa un amigo mío, y en más tengo oirle á él que la trompeta del juicio.

—Tengan más modos—carraspeaba una carga de años que hacía pareja á cierta hermética tapada—, pues no miran lo que sufre este ángel con tales apreturas, y recelo que la obliguen á echar por la boca lo que lleva en las entrañas.

Abriéronse al fin las puertas, y como taco que encuentra salida, embocó toda aquella multitud en el

corral, desperdigándose por patios, aposentos y cazuela.

Y allí tornó el estruendo aún con mayor furia que en la calle, pues las gentes de sayas y bombachos decíanse sus cosas de punta á punta y pedíanse celos y satisfacciones de sus personas.

Así oíase, por ejemplo:

—Ginesico, ahí en el segundo banco de la *cazuela*, tienes á la pécora que la otra noche te dió el escudo falso; tírale este beso que te envío.

Y no había aún caído la voz en los imperios del eco, cuando cruzaba los aires medio tomate que iba á estamparse en toda la faz de la aludida.

Allá por detrás de las cortinas eran muy otros la tragedia y entremés que nos conmovía á todos.

La comedia á punto estábase de comenzar y la primera dama no aparecía por parte alguna.

El marido, aunque paciente y confiado de suyo, ya comenzaba á desesperarse.

—No sé, ¡así Dios me salve!—decía—cómo pueda ser esto. Habrá hora y media que dejéla en la posada con el Duque, por no estorbarles en sus pláticas literarias, y agora me hace este juego. Yo le juro á su padre que, ansí haya de por medio catorce duques y un barón, no será otra vez.

—Como sea *varón*, aunque no duque, ella tendrá que ir, sobre que no es mi señora *fulana* de las que se pagan de alcurnias—respondía con ciertos dejillos irónicos la segunda dama.

—Mire, hermana, para sí—tornó á replicar el enojado consorte—y deje la hacienda del prójimo, que será bien que cada uno se dé un punto en la boca y eche un calce á las acciones; que si mi mujer hace ó deshace, no lo ha de pagar vuestro marido.

Y la otra, que era puntillosa y no callaba así se lo mandasen frailes descalzos, tornaba á dar en el yunque.

—¿Pues qué mal hay en esto? ¿No hace su merced memoria de aquellos versillos del entremés de la otra tarde, que dicen:

«Con puntos de una corona
»é hilicos de unos doblones
»he de ponelle un remiendo
»al cuero de mis primores,
»que los aires de *Cuaresma*
»tan malamente le ponen
»que he de menester ponelle
»si no quiero que se corte.
»No se espante, maridillo;

»marido, no se alborote,
»si dineros y corona
»en entredicho le ponen,
»que luego podrá curarse
»de aquellos pujos de hombre
»honrado, con lo que suden
»la corona y los doblones.»

Al fin, tanto hubo de extenderse la plática entre comedianta y prócer, que no hubo otro remedio que comenzar la función por el entremés, el baile y coplas de la *Toledana.*

Por fuerza comenzaron á encender las luces y á plañir los cascados violines, cosa que amansó el griterío y bulla, aunque de vez en vez como se les pegara á la oreja la musiquilla, daban en acompañarla con los pies, y el diablo que lo sufriera.

Corrióse la cortina y apareció la de la danza, que, con el mayor descoco y lascivia que pudo, bailó la *Zarabanda* y la *Chacona* y cantó las coplas más salpimentadas, como aquella de:

Niña del sayo vaquero
guilindón, guilindón, guilindaina

mi Don Dieguito de noche
quedaos hasta mañana.

En lo mejor estaba, cuando el rumor de un loco estruendo, vino como heraldo de la primera, y luego la tal, que salió al tablado, y asiendo por las guedejas á la danzante echóla hacia adentro.

—Y ¿quién vos manda suplantarme á mí?—rugía como una verdulera. — ¡Zancajo de mis chapines! ¡A fe que de todos haga papilla, que cuando yo me entretengo con quien fuere, si bien sé lo que me hago.

Hervía el corral en gritos, coces y aun pretinazos que á gallinero revuelto tómanse huevos de todas las gallinas.

Entróse el Corregidor á poner la cosa en paz, y antes que hablase V. E. echólo todo á doce la comedianta, diciendo:

—Y ¿qué se le ha perdido aquí á vueseñoría? Sepa que esto lo trae no más que la poca estima en que me tiene este marido mío, pues porque me entretuve unos momentos con el duque que nos viste, nos calza y nos hace personas de relumbrón, ahora se alborota y me echa por delante esa jirafa.

El *usía*, advirtiendo la paciencia con que el corona-

do escuchaba, echóle la bendición, diciendo á manera de plática.

—«¡Binaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra...!»

No medite aquí Vuecelencia, que á veces la meditación en culpas ajenas suele dar claro espejo para el que se preocupa demasiado de ellas.

¡Dios le guarde, y hasta otro!

PAPEL XII

Duque mi señor: Vaya á besar los pies de V. E. muy humildemente, como salido de las manos que por más de dos lustros sirvieron á V. E. este papel de la colección que V. E. tiene tanto empeño en que yo le envíe. Y á fe que en este tiempo de Carnestolendas, sírveme de mucho placer y consuelo el escribillos, que paréceme que poniendo de manifiesto las ejemplaridades de santos varones, no llegan hasta la quietud de mi alma las voces y deshonestidades del mundo loco, que en estos días se entrega al diablo y olvida por entero lo que Cristo Nuestro Señor quiso padecer por él.

¡Rece en este punto, señor mío, un «Ave María» por los que son en pecado mortal.

Quiero hoy, que es día de meditación y de ayuno, escribille de cómo queda la soberbia humana cuando el Espíritu Santo derrama su bálsamo benéfico en el llagado corazón de un hombre. Y V. E. verá si esta vez me lee con el beneplácito y paciencia que parece haberme leído otras, cómo la piedra más dura, al contacto pertinaz del agua, se socava y deshace en arena menuda del río.

Al servicio estaba yo por el entonces del Excelentísimo Sr. D. Luis Fernández de Córdova, Cardona y Aragón, duque de Sessa, y durante el tiempo que tuvo á bien sufrirme, conocí lo más florido de la Corte, así en alcurnia como en ingenio.

Pero de tantos, ninguno húbome de quedar tan grabado como el capellán poeta, maestro y asombro de todos Fray Lope Félix de Vega, quien las más horas del día en servicios de mi señor y grande amigo suyo las pasaba.

Auuque muchas cosas mundanas pudiera decir deste excelso varón, en que la flaqueza de la carne hízole caer, quiero dejarlo aparte, y contar sólo un hecho que en los años postreros de su vida, cúpome la honra de presenciar, y ello fué para mí lección de muy grande aprovechamiento.

Pero vayamos, señor mío, á la ejemplaridad que

me propongo referille, que es uno de los hechos que supe grabar en mi corazón con piedra blanca.



Era el crepúsculo de una mañana abrileña de 1623; iba yo de parte de mi amo á buscar á Su Reverencia, para no sé qué negocio de una correspondencia con una tal Jacinta que solía llevar á mi amo. Doblaba yo el Mentidero de Representantas para embocar de lleno en la calle del León, cuando atisbo á mi Don Lope en la esquina de la mesma calle en que él habitaba, departiendo algo recio con un hidalguillo (á lo que parece por cuestión de unos pagos).

Cobijéme en un portal por si fuere menester acudir en auxilio del gran poeta, pues de aquel hombre colérico todo se podía esperar. Mucho buscábale los humos el provocador á Fray Félix, que de dar con San Pedro no sé yo si el santo padre hubiérase mirado á no hacer otra como la de Malco.

La faz del pacienzudo clérigo remedaba de vez en vez los colores del arco iris, y el rufiancillo aquel cuanto más indeciso se advertía, más afincaba en los denuestos.

Al fin á tanto llegó á atreverse que tomándole por

el manteo, tiré dél sin respeto ni recato alguno, al mismo tiempo que gritaba entendiendo ser cobardía lo que no era sino templanza y temor de Dios.

—Venga Vuesamerced conmigo.

—Vamos—respondió ya Lope, poniéndose á tono.

—¿Dónde?—replicó el otro, buscando con los ojos un lugar apartado en que desnudar las *negras*.

Y haciendo su paternidad un sobre humano esfuerzo en que su orgullo de caballero, y su conciencia de cristiano debieron sostener una horrenda lucha, respondió echando el diestro brazo por el hombro del belicoso.

—Yo, á decir misa y *Vuced* á ayudármela.

. . . .

No va más por hoy, mi señor Duque. Medite vuecencia este caso de cristianismo influjo sobre la hombría, y mire si no es más bravo quien por siervo de Dios perdona las ofensas, que quien dejándose llevar del orgullo y de la ira, da su alma á Satanás pudiéndosela dar á Dios, que la recibiría con palio...

PAPEL XIII

Duque mi amo: Este papel no continúa al otro en el orden de sucesos, pues lo que en él le cuento ocurrió muchos años antes que el suceso de Lope.

Paréceme que ahora, por la solemnidad de la época, es bien sacar á cuento esta aventura que tanto influyó en la vida de otro muy alto príncipe de las Letras castellanas.

No menos es que D. Francisco Gómez de Quevedo y Villegas que ha dos años que por sus virtudes é ingenio asienta su alma á la diestra mano de Dios padre.

¡Si está cubierto descúbrase V. E.!

Era Don Francisco (bien lo sabe V. E.) así como esbeltísimo y claro de meollo, un tanto obscuro en la contextura, y un mucho lucido en la galantería y en el manejo de las armas, que ésta ponía siempre al servicio de aquélla, aunque otra cosa quisiere dar á entender con sus donosas sátiras y acerbas burlas. Cosa como la mujer y su acendrado culto, no había que más respetara. Bravo era de suyo, fuera desto, y reñidor limpio, que en todo mostrábase hidalgo puntilloso, y siempre que lanzó contra alguna persona el aticismo de sus burlas, no era sin saber antes, que también como con la pluma podía darle que hacer con la espada, y así en toda pendencia, detrás de un maldiciente, sabíase que esperaba un hombre.

Lo que mano á mano y cara á cara pudiera decir, no esperaba á trasladarlo al papel, pues bien conocía

que emplease harto menos tiempo en hablar que en escribir, y lo que sin temblar pueden decirlo los labios, ¿por qué ha de interpretarlo la pluma? y así lo llevó á efecto con el maestro esgrimidor Don Luis Pacheco de Narváez, discutiendo una tarde su famoso tratado de las *Cien conclusiones, para conocimiento científico de la verdadera destreza en la esgrima,* y fué que, encontrándose el criterio de entrambos, no halló Don Francisco mejor medio para convencerle y finar la disputa que decirle:

—«Saque Vuesamerced la espada y muéstreme con ella toda esa doctrina.»

Y empuñando cada cual la suya, santiguóse el poeta al primer encuentro, derribándole el sombrero á lo que puso *finis* con una acerada burla.

Con esto, bien estenderá V. E. que hidalgo que tan á punta de los hechos ponía toda cuestión, mal había de avenirse con desafuero de rufianes, aunque con ellos hubiera hecho muy intensa vida durante su estudio en Alcalá.

Ello es que muy pagado de su extremada devoción, asistía el Jueves Santo de 1611, que fué en 31 de Marzo, al oficio de las *Tinieblas* que celebrábase en la iglesia de San Martín.

Como siempre, al amparo de la obscuridad, acudían

muchachos para armar escándalo, rufianes para atrapar bolsillos, pícaros para clavar viejas, martelos por mejor hocicarse, desvergonzados por valerse de las manos con la hembra que hubieren á tiento, fuere de la condición que Dios quisiese, que como unas aguantan y callan porque les da gusto y otras por no mover escándalo, ellos hacen lo que parece su oficio.

Don Francisco, con mucha devoción, oía el «Miserere»; junto á él, una hermosa devota, apuesta y nada liviana (á lo menos por de fuera), en la misma atención que el ilustre caballero tenía empleados los sentidos; cabe ella, un bigardo de altos bigotes, capa que casi parecía manto y tizona de más de la marca, soltaba de tiempo en tiempo la impertinencia de su voz, con notable desacato para la santidad del sitio.

La dama, aunque por el gesto daba bien á entender cuán enfadoso érale el moscardón sin alas, continuaba en su devoción. Mirábalos de hito en hito el cristianísimo ingenio al través de los grandes espejuelos; y mal contenidos sus ímpetus por no haber la certeza de si eran tal para cual, continuaba su devoción.

Una de las veces, á tanto debió atreverse el incivil importuno, que, no pudiendo sufrir más la asediada, dióle un tremendo codazo que le hizo perder el

equilibrio, tanto, que hubo de buscar el apoyo en Quevedo.

La respuesta del rechazado, aún más que salvajada de criminal descortesía, fué horrendo sacrilegio, pues así como se rehizo, puso la torpe mano en el bello rostro de la devota. La bofetada fué sonora. Armóse enorme revuelo entre las gentes vecinas, y cuando todos á una preveníanse á la venganza, asió Don Francisco al rufián por la ropilla, y casi arrastras sacóle al atrio, donde, echando mano á la espada, dijo:

—Prevéngase el ladrón malandrín, hijo de perros judíos, que si mil vidas tuviera las mil habría de arrancarle como una sola.

Cruzáronse las espadas con tanta furia, que en la primera tiniebla de la noche, con las chispas que arrancaban, hacíanse luz los dos combatientes. Y al primer asalto el sacrílego descortés cayó sin vida.

Don Francisco, que tan mal parado vió el lance, escuchó las voces amigas que aconsejábanle ponerse en salvo y desapareció.

El muerto, aunque rufián de alma, no lo era de sangre al parecer, pues que la familia puso en juego cuanto pudo por buscar desagravio, y mirando Don

Francisco que no había barrera como la distancia, resolvióse á poner tierra entremedias.

La Majestad Católica del tercer Filipo había nombrado poco antes, para el virreinato de Sicilia, á Don Pedro Téllez de Girón, Duque de Osuna, grande amigo del autor de los *Sueños*, y tal prócer hubo de ser quien le acogiera en la desgracia, nombrándole secretario.

Y bien hizo, que harta más honra tomaba su casa con tener tal criado, que todos los lauros y pergaminos que hubieron de legarle sus abuelos.

Pensaba S. E. proclamarse rival del de Lemos, con hacerse mecenas de tan ilustre protegido, que como en Dios creía que bastara esto solo para eclipsar la fama de los que tan alto príncipe llevara en el año anterior como corte á su gobierno de Nápoles.

PAPEL XIV

¡Ay, mi señor, y cómo es cierto que cuando una conciencia se revela contra los hechos ó la opinión de los más, suele ser la Divina gracia quien la inspira.

¿Acuérdase Vuecelencia de aquella carta en que dábale cuenta del suplicio de Amada, y le decía que

en mi ánima sospechaba que era inocente, y que lo que llaman justicia en la tierra iba á cometer un mal recaudo? Pues, mire, que todo salió al pie de mi corazonada.

Anteayer 7 de Septiembre, estábame yo eu mi celda muy recogido en hondas meditaciones, cuando tragéronme orden del guardián para acompañarle á asistir á un moribundo; fuímonos allá, y hete que el desdichado no pidió confesión privada, sino que quiso hacerla pública, y ante todos los presentes, porque desta manera entendía que le alcanzaba mejor la Divina Misericordia.

Y advierta Vuecelencia lo que hubimos de escuchar llenos de terror, no sin que también, y sin ser dueños de evitarlo, asomaron á nuestros ojos relámpagos de ira.

Aquel pecador, manifestó ser quien dió muerte á su amo el Marqués de Cañete, á tiempo que éste subia la escalera acompañado del desdichado Don Antonio, que esté en el cielo. Dijo ser la causa que lo llevó á tal tropelía, que estando su mujer amancebada con el Marqués, llegando el tal lacayo en faz de ofendido, el excelencia maltrató de palabra y obra á entrambos consortes, por lo cual aprovechó aquella fatal circunstancia de herirle á traición, y que cargaran la culpa á

otro. Mas oyendo decir que lo dejaba sin vida, arrojóse por una ventana para huir, y quebróse las piernas, de cuyo mal íbase por la posta al otro mundo.

Pidió que todos le perdonáramos para que Dios le perdonase, y luego se dijese á todo el mundo esta declaración que hacía, para dejar honrada la memoria del inocente, y apenas lo dijo expiró.

—¡Mire, Señor Duque, si cuando aquel pobre juraba por la Pasión del Señor y la Pureza de María Inmaculada, que era limpio de tan tremendo crimen, no decía la verdad!

Pero ¿qué les importa á los hombres de vida más ó menos?

La mano del infelice han quitado ya de la picota inflamante.

Mil perjuicios trae ahora á cada paso aquella horrihle ligereza que todos los días acontece, quitarles á los alguaciles y ejecutores de sentencia los reos de las manos, á punto de despenarles, como ahora ocurrió en Sevilla, Salamanca y Cerdeña, y ellos, los alguaciles y los verdugos, no hacen mucha fuerza en defenderlos, porque ateniéndose á este caso, dudan de quién pueda ser el criminal, si ellos ó el que llevan en medio...

Nada se mo ocurre hoy que decirle de mi vida que

este suceso tiéneme tan por suyo los sentidos, que no quieren ocuparse de otra cosa.

¡Válame Dios Señor! que no somos más de barro y miseria, asquerosa laceria y mala podredumbre, que sólo á fuerza de maldades procuramos medrar.

Créame Vuecelencia, que el mayor castigo que Dios nos da es traernos al mundo, luego de acabar aquí, pienso que vamos todos al Cielo, que el infierno no es otro que éste en que vivimos.



Gran lapso de tiempo parece que hay hasta aquí, que no fué asentado en las cartas deste siervo al duque su señor; y quizás en el transcurso de los años se haya perdido.

Por lo que deste último papel se desprende, no sólo refirió hechos de su vida hamponesca, sino que escribió algunos de la clausura, cuyo desahogo le costó un serio proceso, del que fué milagroso que librara sin pudrirse en alguna penitenciaría de la orden.

Véase el dieho pliego con el que estas memorias quedan romas. Yo haré lo posible por sacarles punta, que para ello, no dejaré cosa viva entre los trastos y cartapacios de mi tío el canónigo (q. e. p. d.)

PAPEL XV

Excelencia mi Señor: Comenzé á escribir estos papeles, instigado por Vuecencia, que pensó ver en la crónica de mi pasada vida, acaso hechos notables que imitar, ya que en la presente creían advertir ribetes de virtud no siendo en verdad cristiana otra cosa que cansancio y achaques de la vejez.

Muchos destos papeles á lo que sospecho, han venido á leer gentes puntillosas de conciencia, que escandalizadas estas dichas de muchos párrafos, han dado cuenta dellos al prior de mi orden, el cual se ha servido amonestarme, y prohibirme que continúe de aquí adelante este epistolario.

Sin duda el bienaventurado no conoce ó no quiere acordarse de aquella prudente máxima que dice que «para llegar al fin (que en este caso es esa mesma Moral que él piensa ultrajada) todo medio es bueno».

Pues qué: ¿de ordinario no ve Su Paternidad en los autos sacramentales y comedias de santos, cómo para la perfecta comprensión del vulgo, se le ponen de manifiesto y bien en crudo las fechorías y culpas de bienaventurados antes de llegar á la divina gracia?

Pero, en fin, prior es Su Paternidad y yo lego, y no hay más que doblegarse y sufrir el castigo de no escribir más.

Vuecelencia me lo perdone así como tuvo la bondad de perdonarme tantas sisas, y haya el consuelo (si tan aficionado es destos papeles) que no faltará enanico encantador que ande componiendo mi vida y milagros, y de aquí á dos siglos que yo esté mascando tierra, salga muy honrada con todas las licencias y bendición del Pontífice.

Por ahora, Duque mío, paciencia, que más padeció Cristo Nuestro Señor por nosotros.

¡Bendito y alabado sea el Santísimo Nombre de Jesús!

Escrito está de mi mano este último papel en el día diez y seis de Julio del año cristiano de mil y seiscientos cincuenta y siete, en que celebra la Iglesia la festividad de Nuestra Señora del Carmelo...

FIN

No sino pesadumbres de mi aún corta vida, vestidas de viejo para más desfigurarlas, son estas páginas.

Discúlpamelas, pues, tú que las leíste, y si alguna cosa te parecieron bien, sabe que el molde dellas, que es el alma, prevenido está siempre para dar otras nuevas.

Dios te guarde, lector.

UN BIENAVENTURADO

Andábase mi hombre lo más del año por tierras ajenas de las suyas, ambulando en villorrios y aldeas, y descansando las más noches, como fueran del verano, en vegas y cañadas. Él, no se piensen que fuera gallofo de raza, que le hinchara el vivir de milagro, que de una rama hidalga, crecida en solar manchego, era retoño; pero picáronle unos aires de aventurero tan fuerte, que miras, dimes y diretes de gentes morigeradas los envió con el Diablo.

Ferias y romerías de toda España, teníanle por imprescindible, y pienso que si faltara en alguna, echárasele menos como lo mejor y no sucediera bien. Era primero siempre á tomar el alboroque de mañana, y aun hasta cerca del medio día, mostraba arrestos para embaular aguardientes y letuarios, que no había jayán ni bravonel que le echara la zancadilla.

Recio era el hombre como un olmo.

Pleito del juego y trato de bestias sin intervención suya, malas componendas había, que era su palabra como sentencia suprema, á la que todos se doblegaban y muchas veces á su pericia y autoridad debióse que pradera que semejaba campo de Agramante, quedara como las aguas del mar batidas por el aceite.

Tañía notablemente la guitarra, y aun preciábase de haber tomado liciones de Vicente Espinel, y á este motivo refería de él mil cosas, y probaba cómo aquel donoso escudero Marcos de Obregón, no era otra que el truhan y andariego poeta que en los años de su vejez se acogió á una capellanía, y tuvo literaria descendencia en el pícaro *Estebanillo González* y en el ilustre sopista *Bachiller Trapaza.*

Pues este amigo, que se decía Marquillos de Valdeavero, que, como los bienaventurados, tomó por apellido el nombre del lugar en que naciera, tuvo, apenas comenzado el otoño de su vida, una mala aventura, que es la que quiero traer á cuento, por ser digna de saberse para ejemplaridad y escarmiento de gentes de mal vivir.

Ello fué en tierras de Alcalá, allá en las postrimerías del siglo que pasó, cuando aún había poco que gobernaba los altos destinos de España la Católica

Majestad del Señor Rey Don Felipe III de Austria, padre de la religión, traba de la cultura y azote de los pobres.

En guisa de estudiante, embocó Marquillos en la ciudad doctora, y asistía al aula como oyente, aunque no con ansias de aprender, sino con miras de vivir como Dios le permitiera.

Apuntando (con el libro delante) las liciones á los demás cuando el maestro les preguntara, sacábase buen barato, así como en la lectura del libro de los cuatro reyes y de las trusonas (baraja por malo y villanesco nombre), que siempre era como arráez del juego, que á toda mano atendía y á todos los llevaba como una seda, pues sabiendo que Fulano daba más que otro si la suerte érale servida, luego declarábale por señas, tan diestramente, el juego del contrario, que no había lince que pudiera pillarle un gesto.

Con todos había buena amistad, y aunque los más avisados llegaron á descubrirle la hilaza, no les pesaba de tenerle por amigo, porque era de mucho donaire y siempre encontraba solución para cualquier apuro, como no fuere de dineros.

Él andaba en amistades con una moza muy garrida, que hacia la calle de Libreros, conforme vamos para la Alameda, tenía lonja de carne de falda, y aun-

que malas lenguas decían que tanto hubo de apretarle una mañana Cupidillo que tomóla en matrimonio, no era cierto, dicho sea en loor de su honorabilidad, que no entraba en sus cálculos el dar por suyo lo que todo el mundo sabía de memoria, nunca pensó en marido, como no fuera por detrás de la Vicaría, y tenía por leyenda de su perpetuo celibato aquellos versos de D. Francisco de Quevedo:

«Antes para mi entierro venga el cura,
que para desposarme; antes me velen
por vecino á la muerte y sepultura.
»Antes con mil esposas me encarcelen,
que aquesta tome; y antes que *sí* diga,
la lengua y las palabras se me hielen.
»Eso de casamientos, á los bobos,
y á los que en ti no están escarmentados,
simples corderos que degüellan lobos.
»A los hombres que estén desesperados,
cásenlos, en lugar de darlos soga,
morirán poco menos que ahorcados.»

Y en esta mujer estuvo el mal de su desdicha, y fué que llevando Marquillos á un amigo á la lonja que ella regía, para hallar compañera con quien pasar

unas carnestolendas, quedóse el tal por amo del ama y del mercado, pues pensaba muy cuerdamente que para comer la mejor fruta de una huerta sin que cueste nada, no hay como ganar la voluntad del hortelano y tomarle la llave.

Y fué este golpe mortal, en los afectos del burlado mozo, como aviso del cielo, que le guiara al trono del Señor, pero no en guisa de ermitaño anacoreta, ni fraile austero y retraído como estos trapenses de las ermitas de Córdoba, sino que dándole por la vida bucólica, tomó un cayado y una pellica de cabra, que á lo que parece había sido de su padre que también hizo penitencia pastoril á la manera de Don Quijote, y fuése por esos campos buscando Galateas y doncellas bobas, que en los regatos escondidos se lavaran los pies, y en los cristales de las fuentes se miraran la faz.

Diz que dejóse unas barbas venerables, á lo Altísimo, y en esta guisa caminaba día y noche, con su ganado y su pesadumbre, llorando su amor muerto y plantando al descuido en tierras nuevas y escondidas las ramas secas que le quedaban.

¡Hoy pienso que esté en los altares!

DOÑA ISABEL DE LA PAZ

I

No te pienses, amigo lector, que vaya á cronicarte la vida y hechos de aquella bellísima princesa de la casa de Valois, que por inhumanas conveniencias de estado vino á matrimoniar con el Segundo Filipo, antorcha de la Religión y azote del género humano, la cual dicha princesa, enferma de tiranías, finó sus andanzas por el mundo en la flor de la vida; ni tampoco pienses que he de hablarte de alguna alcurniada señora, que luego de una continuada cadena de obras meritorias, piadosas fundaciones y altas jornadas de altruísmo, encerrárase en un monasterio que poco antes fundara, no, sino quiero hablarte de una insigne dama, de muy buen ver y alto rango, amable y tan aficionada de la humanidad, que por ella jamás hubo desasosiego de nadie, y pleito que á su juicio pusieran

muy luego quedaba solucionado, que por esto y mil cosas de la misma índole, llamándose Doña Isabel, apellidábanle de la Paz.

Ella moraba hacia la calle de Santiago, barriada de graves y señoriales mansiones, y allí solía encontrarse muchas tardes lo más florido y espumado de la corte.

A un hecho sólo quiero referirme, que dará fe de la noble condición de tan venerable señora.

Acudían al estrado de Doña Isabel, cada tarde, un caballero segoviano llamado Don Gil de Mendizábal, que á Madrid vino á pretender no sé á qué oficios, y un mercader de la calle de las Carretas, que le decían Roque Hernández, entre los cuales había muy acerada inquina por cuestiones de interés.

El Don Gil de Mendizábal trajo de su patria muy rotundos poderes de amistad *contra* el mercader, y usó de ellos más que habíanle autorizado y la magnanimidad del huésped lo permitía, y llegado que fué el momento de advertírselo (que el buen hombre veíase en grave riesgo de quebrar en el negocio si continuaba atendiendo á las demandas del mayorazgo de Segovia), respondióle el tal cómo se llamaba *andana*, que ahora decimos, y no Don Gil, de lo que el perdidoso, como haría cualquiera en su pellejo, hubo de ofenderse harto.

Con esto agrióse el afecto lastimosamente, y de allí adelante, doquiera que veíanse, había poco menos que función de cañas, y sólo faltaba el quedarse á solas para que no hubiera bataneo. Entrambos eran amigos de Doña Isabel, y acudían á su estrado con mucha frecuencia, pero siempre curando mucho de no hallarse (sobre todo el Don Gil) porque no sacáranle á la vergüenza las flores secas. Pero hubo una tarde que no sé qué diablo enredador ordenólo de otra muy distinta y lamentable manera, y quiso que á tiempo de calar Mendizábal ya hubiera largo tiempo que el mercachifle de la calle de las Carretas llegara al estrado.

No hubo, pues, manera de evitar el enojoso encuentro, y por más que ellos pusieron de su parte por no verse en casa ajena, donde no era buen orden ni cortesanía el manifestar sus rencores, el dicho diablejo lo añascó tan bien, que no hubo forma de evitarlo.

Y fué deste modo: Doña Isabel, que era la corrección misma, advirtiendo que uno y otro no saludábanse, entendió que era porque no habían sido presentados, y acudió al instante á darles por amigo, que, en su noble manía de que no hubiese rencilla

en el mundo, no quería á su lado sino hermanos del alma.

Un tanto corrida quedó al advertir que sus amistosos oficios no eran estimados esta vez con el agasajo que ella pensaba, pues el mercader dijo:

—Yo le ahorro á vuesamerced esa molestia, pues que ya, para mi mal, nos conocemos harto el señor Mendizábal y yo.

Como discreta Doña Isabel, no quiso saber las causas por no inclinarse á ninguno, y de allí adelante no pensó otra cosa que reconciliarlos, y así hízoselo saber á cada uno.

—No sé cómo sea—decía el mercachifle—que esto no es quererme bien, como yo pensaba que vuesamerced lo hacía conmigo, pues amistad en que cae este hombre, luego es para secarla.

—¿Y como en cuándo vos ofendió Don Gil?—preguntó oficiosa la dama.

—Como en unos seiscientos ducados—respondió el ofendido *inglés*, que diríamos ahora.

—Yo vos prometo que luego quedaréis, en lo que de mí dependa, desgraviado desta sinrazón, que él vos dará ese dinero.

—Ansí como habéis el cuerpo de ángel tengáis la

boca, aunque más que el dinero de ese hombre, holgárame el no hallarle al alcance de mis ojos.

II

La hermosura de alma de Doña Isabel venía á reflejarse en el cuerpo, como en una pulimentada luna de Venecia, y más que nada, en la faz, que pudiera tomarse por la más peregrina que por entonces privaba en Madrid.

Ya le pesaba al *Mercurio* de la calle de las Carretas y aun al hidalguillo segoviano desta bizarría, que imaginábanla muy alto para asomársela al corazón por las ventanas de los ojos. Y con esto, como el uno al otro habíanse conocido las intenciones (que ya acudían á la casa sin curar para nada de encontrarse) odiábanse más cada día.

Doña Isabel comenzó solapadamente á hacerse pasta de jalea con los dos rivales, y á las galanterías de Mendizábal dijo *quiero* y á las ofertas de Roque dijo *vengan*. Y de tal modo supo armonizarlos, que ella misma encargóse de que durante los preliminares de la paz no volvieran á encontrarse los enemigos.

Don Gil acudía al estrado (y aún más adentro) por las mañanas, y mi señor Don Roque cuando bien podía.

. . . .

Y aconteció que una tarde pudo el galán provinciano satisfacer por entero la deuda, que ya el mercader daba por perdida.

De allí adelante, aparentemente, fueron amigos, aunque entiendo yo que con ese rescoldillo que han las naciones que, merced á otra potencia de primer orden, retornan á la hermandad, siempre quedan pensando: ¿quién habrá desmerecido en la parte secreta de los tratados?

Doña Isabel diz que en su vida (que no fué muy larga), pues, según crónicas, murió en los albores de su otoño, anudó muchas voluntades por este sistema de hacerse ella eslabón de las cadenas de rosas que tendía, y por eso apellidábanla de la Paz...

SE FUERON LOS COMEDIANTES

Quiero aquí poner, como amable flor de un recuerdo, unas lamentaciones muy sentidas que en viejo cartapacio, hube de hallar. Él es como un pañizuelo que recogió lágrimas de un dolido poeta que en la galera de unos cómicos se le marchaba un querer engarzado en la soberanía espléndida de una comedianta; ó acaso amor por toda la farándula, que, como se llegaba el verano, dejábale al tal en la corte, huérfano, de sus aficiones, que eran, como quien dice, la salsa de su vida.

Y dice el papel desta manera:

«Se fueron los comediantes, y ¡cuántas ajenas ilusiones se llevaron consigo! Anoche hicieron la última colecta de aplausos y laureles, y hoy, al despuntar la mañana, partiéronse de la villa, en dos inválidas gale-

ras, cuyas desvencijadas ruedas, al girar, rechinaban lastimosamente, como si se quejaran de nostalgia.

»Así como anoche fuí el último que en el corral abandonó su asiento, esta mañana fuí el único que al rayar el día se apostó en el zaguán de la posada para dar mi adiós á la farándula.

»La galera de los trastos y de las ropas salió primero... ¡Emblemas y atributos de grandezas, guiñapos y jirones de miseria en hermanado montón, iban á hacer reir y pensar, como si fueran auténticos, á otras tierras. En esto distínguense la *Farándula* y la *Vida*.

»La *Vida*, en todas partes, tiene un plantel de alegría y otro de dolores; la *Farándula*, como piadosa dama, por sí misma los reparte de pueblo en pueblo.

«Salió después la otra galera (no muy más bizarra), en la que iba toda la gente en apretado racimo. ¡Escondime tras de un pilar por temor de que el despedirla con palabras causárame más dolor que decirla adiós con los ojos.

»Desde allí estuve mirando cómo se alejaban; doblaron la calle y corrí á la esquina: embocaron en una plaza... y yo detrás, sin que me advirtieran, y ocultándome siempre, seguí hasta la puente de Toledo, subíme en una gran piedra que hay hacia la entrada de los Carabancheles y sobre ella me estuve hasta

que desapareció la caravana en la lejanía del camino.

»Poco parecía representar para ellos correr de aldea en aldea ó estarse quedos en algún poblado. Con arte y con amor, todas las patrias y todos los cielos son lo mismo. Estos dos sentimientos fúndense tan sólidamente, que hacen, de dos cosas bellas, una divina y delicada como un florilegio de madrigales.

»... ¡Torné triste á la villa! En aquellos desvencijados carromatos íbase mi alegría; el entremés de mi vida... Anímame el consuelo de que, cuando los campos vuelvan á quedar yermos, sin hojas los árboles y los huertos sin flor, volverán los señores comediantes á velar con sus bellas farsas el sueño de Natura.

»Y más averiadas que salieron tornaron las galeras: delante la de los trastos; detrás la de los cómicos... y quién sabe si aún ocuparán la zaga aquella garrida moza y aquel gentil galán, tan lozanos y pulidos como se partieron, ó vendrán melancólicos y preocupados—como la Pascua estará de camino—, que apenas lleguen han de representar concienzudamente, con todo lujo y aparato, el *Nacimiento del Niño de Dios*, que es auto de gran empeño.»

. . . .

¡TENGAN CARIDAD!...

Parece, que luego de afrentada y honrada á un tiempo mismo por la donosa inventiva de un alto ingenio, aquel sutil ciego amo de Lázaro de Tormes, flor de la bibria y espejo de pícaros, es grave atrevimiento sacar en letras de molde los hechos de algún otro hermano de la misma cofradía, pero hágame cuenta que caleos y plagios son los eslabones del vivir y allá doy esta desmedrada silueta, aunque solo el mirarla á simple vista, traiga á la memoria aquella magistral pintura. ¡Dios me lo tome en cuenta si á la buena voluntad conque lo intento, no es la suerte servida de acompañarme.

Este pícaro que aquí le doy—pícaro de los más redomados— (y perdona amigo lector que en este volumen no haya lugar para más alcurniadas gentes, que

receto que el papel que componen estos folios debió de sacarse de las tablas de alguna galera). Este pícaro—digo—no véale imágenes, anciano astroso de luenga y venerable barba y ojos muertos, no, que era un mozo de mediana edad, salpicado el rostro de viruelas y circundada la frente por un sucio pañuelo de incomprensible color. Arrastraba al andar como si estuviera herida la siniestra pierna, y traía cubiertas las innumerables ventanas del coleto con medallas de latón y estampas de santo. Como lazararillo acompañábale un raquítico muchacho que no había de tener más de catorce años, en cuyo garbo no se advertía el menor barrunto de aquella sagacidad y aquel donaire, que dieron notable encumbramiento á su otro ascendiente inmortal.

No parecía madrugador nuestro hombre, que lo mesmo en invierno que en verano, ya llevaba el padre Sol unas cuantas horas de vida, cuando él pisaba la calle. Solía traer una vihuelilla inválida la cual rasgueaba de tan desdichada manera, que no dejaba tímpano con bien, á su inharmónico compás, cantaba romanzas de santos, y á veces yéndose de lo divino á lo profano, cantaba la última jácara nueva.

Murmuraban las comadres del barrio que si en tal guisa andaba era por mejor conmover á las personas

piadosas, que el tal no era sino amigo de lo ajeno, y así bajo las ñapas de sus remiendos cubría la mejor carne de galeras que se vió en el mundo.

Lo que sí pude ver muchas veces, era que mujeres y hombres de diversa condición se llegaban á él y y como si fuera estafeta en él ponían y de él llevaban billetes; si alguien pasaba junto porque no advirtiera el negocio, decía en alta voz al galán ó la dama.

—«Tenga su merced, y récela como le digo, que por el Dios que nos crió, si con devoción lo hace no le repetirá el mal dos veces. ¡Vaya con Dios! ¡Bendito y alabado sea su santo nombre! San Roque abogado contra la peste le mantenga en perpetua salud.

Cuando alguna moza de servicio, ministra de la compasión de sus amos acudía á remediarle la hambre con un pucherillo de sobras, siempre sabía agradecérselo con un floreo picante y lascivo ó con algún tentón tirado á fondo sobre el flanco más abultado del pecho. El lazarillo en tanto aciendo del mendrugo que fuera más al descubierto, callaba y engullía con tanta ansia como si en dientes y muelas tuviera todos los sentidos.

Llevaba el socarrón del mendigo, un morralillo de líenzo sujeto por un tahalí de badana, el cual morralillo más parecía botiquín puesto que en coplas y ora-

ciones había en él remedio para todos los males. «Pidan—decía—con destemplado y lastimero tono la estampa del glorioso San Ramón, las que estén en meses mayores y digan la oración que va en ella que si con fe la dijeren yo juro por quien soy, que no solo les rezará la comadre, sino que se doblará el parto.

Lleven la tierra de Santo Domingo que es remedio probado para las que estén en *calendas purpureas*, ó de guardar... y con esto y otras cosas medraba como un presidente de Castilla.

Tomó fama entre el vulgo—que es terreno abonado para simplezas y repercherías—de estar tocado de la mano de Dios para los casos de rabia, lo que es lo mismo, que era *saludador;* y así acudían de tres leguas en contorno cuantos con los colmillos de algún gozque hubieran tenido trato.

- También tenía sus puntas de curandero, y con emplastos y entablilladuras sabía tan bien despenar á un cristiano, que era cosa de ponerle cada día un pecador á su alcance por ver con cuánta rapidez y alta conciencia de su ministerio le ahorraba el vivir. Con todo y con esto, aún había gente muy principal que fiaba más en él que en todo el proto-medicato.

No sé qué dimes y diretes tuvo una tarde con la fabla de un buhonero, preñada de cüanto Dios crió

en el mundo, que al salir con ella al campo fué prendido por dos corchetes, y como no quisiera partir con ellos la ganancia, dieron con él en la cárcel de la villa, de donde salió al siguiente domingo á lomos de un asno engarzado en mataduras con guarniciones de sarna, á pasear las acostumbradas bien batidas á golpe de penca. De allí á tres días se partió para Málaga con otros cuantos cofrades, licenciados y examinados para bogar con toda clase de prerrogativas y honores en las regias galeras de la Sacra, Católica y Real Majestad de Don Philipo IV de Austria, Rey de las Españas y de Jerusalén y Emperador de las dos Sicilias, etc., etc., por la gracia de Dios Nuestro Señor.

POR QUÉ ESTÁ TRISTE EL AYA ISABELA

El aya Isabela, preceptora de la duquesita María Ignacia, tiene siempre impreso en el rostro un resignado gesto de melancolía.

En sus ojos, grandes y negros, hay como el espectro de una sombra; cuando cree estar sola mira fijamente al vacío, y parece que clava el mirar en alguna tragedia intensa.

A veces cruzan ante la noble dama gentes de la servidumbre, que pasan de puntillas y miran curiosas, sin que ella les advierta. Otras, algún paje revoltoso llégase, también muy quedo, y cuando está junto, hace un ruido estrepitoso derribando un taburete ó dando una gran voz; entonces el aya Isabela torna á la realidad, sale del aposento en que se halle y busca el sosiego del jardín ó la soledad de su cámara.

—¿Qué tendrá el aya Isabela?—pregúntanse todos.

Y alguna vez la duquesita María Ignacia, le dice:

—Aya mía, aya Isabela, yo quisiera que una destas tardes que vamos en coche al Prado de San Fermín ó al *Sotillo*, en lugar de contarme, mientras dura el paseo, la historia de mi casa, las glorias de mis abuelos y las virtudes de mis abuelas, que me dijeras tu tristeza, porque, mira, estos pajes y estas camareras, que son el demonio, dícenme unas cosas cuando doy en preguntarles, que siempre me quedo con el ansia de saber por qué no ríes. Dímelo tú.

Y el aya Isabela sonríe entonces un poco, y, poniendo un beso maternal sobre la limpia frente de la duquesita, dice:

—Amita mía; no cure vuesamerced de mí, que bajo el gesto que pinten mis facciones no hay nada que pueda interesar. No hay más sino que yo llevo á vuesamerced algún adelanto en el vivir, y como cada vida es una historia cuyas páginas son días, y años los capítulos, repaso en mis soledades los que ya leí, y unos por la alegría que tuvieron, y otros por los recuerdos que me traen, tiénenme suspendida la atención y como dormido el pensar. Ya llegará tiempo en que también abra vuesamerced la crónica de su

vida y añore con la misma pena, los dolores y las alegrias por que hubo de pasar.

No es la edad de la duquesita muy á propósito para comprender este sentido razonamiento, y así da en callar pensando que harto quédale para comprender al aya Isabela, fuera de las lecciones de Gramática é Historia.

Viérais cuán gentil y gallarda es esta buena matrona! Frisa en los treinta y dos años; tiene una estatura razonable, de un conjunto armonioso; anda con muy buena gracia, en la que pone un punto de honesta malicia, sin que parezca libre ni deseosa de exhibiciones. Es muy letrada en materias de Literatura y de Arte, aunque sin tocar en la pedantería. Gusta mucho de leer á Santa Teresa, San Juan de la Cruz y los divinos Luises de León y de Granada, y también recrea el magín con las donosuras de Don Juan de Salinas y las picardías de Don Francisco de Quevedo.

Don Francisco es muy amigo de ella, y ella conoce mucho á Don Francisco, y le rehuye porque es mordaz y sabe la causa de que el aya Isabela tenga siempre un tinte melancólico en el rostro, que hace más interesante su buen parecer.

. . . .

Don Francisco, que es muy *discreto*, díceselo se-

cretamente, y bajo palabra jurada de silencio, á todo el que quiere oirle...

Diz que el aya Isabela es una dama andaluza, cuyo nombre verdadero es Doña Ana de Arguijo, que fué casada con un hidalguillo, también andaluz, con sus puntas y collares de rufián y sus medios de bellaco y follón. Diz que disolvió como el agua á la sal, la dote que Doña Ana aportara al matrimonio, y, por fin, para poder sustentarse, hubo la tal de cerrar tratos con el *autor* de una compañía que cayó en Sevilla, y fué comedianta.

Y díz que fué muy discreta.

Y diz que... vendió su honorabilidad, por unos renglones rimados, á un poetilla deudo de Don Francisco, á cuya venta fingía el marido pasar por corto de vista, pensando que los versos pudieran tornarse en números; pero viendo que tal no había dió en hacerse el honrado, y cerró una noche á tiros y mandobles contra el poeta galán, el cual con el pasaporte de una buena estocada, envió al marido á los inflernos, donde, según Don Francisco, entró por atributos y veneras, no como ánima en pecado, sino como el mayor de todos los demonios.

El poeta, luego desto y cuando ella más prendada estaba dél, cansóse y dejóla, y como *adiós*, hízole una

bellaquería que no la imaginara más grande el nuevo diablo; y fué publicar en unas jácaras la vida y milagros de Doña Ana de Arguijo, para que por todo el mundo anduviera con máculas de trusona y cédulas de buena moza. Y esto afirma el señor de la Torre de Juan Abad, que está hecho con mucho donaire y soltura.

De allí adelante no volvió Doña Ana á presentarse en la escena, y pensó en regenerarse como le fuera posible, aunque aquello mirándolo bien, no fué otra cosa que un ¡ay! del alma, y así determinó asentar de aya en alguna casa ilustre, borrándose el nombre y llamarse desde entonces Doña Isabel de la Expiación.

...Y el aya Isabela está triste porque aquel hombre, que debió de cincelar el sacrificio de una honra en madrigales limpios, con olores del campo, halló mejor pasearla por el lodo de unas jácaras desvergonzadas, de modo que en Sevilla nadie dudara cuya fuese la musa y dijesen cuantos leyeren: «Bien pintada está la pécora, ¡voto á Dios!»

Y aun puede cantar alabanzas, que Don Francisco lo propala recomendando mucho el secreto...

LOA DEL CABALLERO DEL MILAGRO

Gusto, siempre que puedo, de traer á cuento vidas destas gentes farandulescas que, por alegrar á los hartos, andan ellas casi de contino flácidas y macilentas por lugares y villorrios, teniendo, cuando más alegría, la cobranza de una semana completa ó el aroma de algún amor nuevo ó hurtado que lleven á la zaga.

Y siempre que tal acúdeme á las mientes, píntaseme, como con pinceladas de luz, la efigie de uno de los venerables de tan piadosa hermandad: «Agustín de Rojas Villandrando», y á tanto por el patriarca llega mi veneración y aun por la Orden, que también yo, como él, hice esa vida para entenderla mejor. De la misma manera que los apologistas de los bienaventurados traen en libros ó sermones los hechos famo-

sos de los escogidos cuando anduvieran por el mundo, quiero yo ahora glosar uno de los muchos y prodigiosos sucesos deste inmortal, que, porque parezca más grande el tal sucedido, fué de amor.

Diz que en todas partes solía hallarse un padre, siendo él hijo muy legítimo y honrado de Diego de Villadiego, receptor del rey, su señor, y de Luisa de Rojas, nacido en la corte, hacia el postigo de San Martín.

Yo entiendo que destas cosas y mil funciones más que hubo de galanteos, hogares desbaratados, mozas sin dejarles qué perder (como no fuere la memoria), eran imán de su mucho ingenio y lozanía, á más de su destreza en la espada y la daga, que á un mismo tiempo sabía dejar en los hierros de una reja prendido un corazón y en los de una tizona ensartada una vida.

En numerosos menesteres hubo de ocuparse, y con la ayuda de su buena estrella salió bien de todos, que muy gentil signo désela Dios á todo cristiano para salir horro de arañazos y rasguños de haber sido paje, estudiante, mercader, soldado, pícaro, caballero de industria, de andar al remo y ser, por cabo de todo, representante y, sobre esto, poeta.

Diz que en tierras de Antequera fué donde ocu-

rrióle el notable suceso que tiene por más grande maravilla, el cual vino á consistir en nacerle de un entuerto una aventura, aunque luego quiso Dios que en desdicha finara.

Ello fué que, por no sé qué causas que él cura mucho de callar, y huyendo la fatal acción de la señora Justicia, acogióse á iglesia, y una noche en que ya habíanle quitado las guardas que constantemente en el atrio tenía para evitar su evasión (guardas que por la hambre le cercaron), salióse del templo y echó á andar, sin saber á dónde, y llegando cerca de la plaza, topó con una mujer, la cual fué de tan magnánimo y tierno corazón, que, sabido el riesgo que corría aquel hombre, hízole tornar al templo, y mientras los días que en él estuvo, ella cuidóse de sustentarle y atenderle hasta que cayó en su querer.

Amor sublime, puesto que por aquel galán desgraciado y perseguido vendíó cuanto había y quedó sin dineros y sin hato, porque nada le faltara mientras había cuentas con los hidalgos y rufianes de «en nombre del rey».

Como por la noche llegó á verse libre de las guardas y podía ya salir Don Agustín, buscó albergue á su amparadora y amante en una casilla oculta, allá, por los arrabalcs de la ciudad, en que ni el diablo pudiese

oler la guarida. Y allí, hasta que el alba venía por Oriente y antes de que las campanas parroquiales llamasen á los fieles, cobijábase el poeta al abrigo del hogar y del amor.

Pero un día quiso Dios (arráez que tan bien dispone unas cosas y tan desdichadamente gobierna las más) que llegase la miseria á tal extremo, que ya no hubiese la dama socorro con que acudir al perseguido, y entonces éste de noche pedía limosna, y de día, con inminente peligro de la libertad y aun de la vida, determinábase á dejar el asilo y acudía al monasterio de su santo patrono, donde un fraile hacíale la limosna de un puchero de vaca y una libra de pan á cambio de escribirle unos sermones. Y ello, sin mirarlo siquiera, llevábalo á su oíslo, que nunca el buen amor es egoísta con el compañero, y el pesar y el placer á un mismo tiempo han de retoñar en ambos.

Pero como todo el mundo tiene un final, llegó el de los sermones, y por ende el de la limosna, y faltándole esto, que era faltarle la vida de su dama, dióse Rojas á todo género de bellaquerías: quitó capas, estropeó viñas, asoló huertas y aun por más de dos meses tiró la jálega, porque ni una hora hubiere ocasión de mirar de frente á la hambre.

Y cuenta él mismo en su maravilloso y entretenido «Viaje», que, saliendo una noche con unos pescadores á tender la red en la mar. viéronse tan bien envueltos por una grande tormenta, que no pensó en que llegárale ocasión de referir suceso tan apurado, de no haberle dado la desesperación bríos para salvarse á nado, que no en una tabla.

Pocos días luego desto, tornando á la pesca en la misma lancha, toda la tripulación, menos él, plúgole á Dios que cayera en la cautividad de un pirata argelino.

... Llegó una tenebrosa noche en que la heroína de Amor hubo de acallar con la cruel mordaza del sueño las voces de la hambre... Y el dolido príncipe de la farsa Don Agustín óe Rojas Villandrando puso tierra de por medio por no mirar como á toda locura licenciaba á la menesterosa el mirarse más que medianamente hermosa y sin qué comer.

... Y esta pena tan intensa tengo para mí que hubo de ser la negra nube que borró para toda la vida el humor franco y donoso del galán «Caballero del milagro»...

PRIMERO EL AMOR Y LUEGO EL QUIJOTE

I

¡Viérais cuán leído y sesudo salía aquel mozo en agraz, Don Félix Pimentel, hijo del hidalgo Don Alonso, rico mayorazgo segoviano...! Digo que era la gloria de Dios el ver al muchacho cómo con la poca edad que mostraba apartábase de los juegos que le eran propios y acogíase devotamente á la lectura que con mas fe y parsimonia pienso que no lo hiciera un grave teólogo destos que en los estudios de Alcalá, Salamanca ó Valladolid explican lición cada día.

Gustaba extremadamente de libros literarios, y no por esto se entienda que desdeñara los devotos y de historia, no, que también pagábase mucho dellos, y sabía cuáles fueron más documentados y cuales dados á la estampa con más afanes del librero que con sabiduría del autor.

Los dineros que cada día de fiesta acostumbraba á darle el Señor Don Alonso, para que en regalillos y golosmerías los empleara, no piensen que como cumple á un muchacho, los diera sepultura en lonjas y abacerías trocándoles por confites, peonzas ó cohetes, sino que por papeles y libros los canjeaba.

Doña Irene, su madre (y aun el mismo Don Alonso, aunque ponía empeño en disimularlo), creían que en aquella hoja de sus recias ramas, floreciéndole estaba á la república un varón eminentísimo, que había luego de andar por las doradas y rancias páginas de la Historia como por los aposentos de su casa.

—Espantada estoy—díjole una mañana la honorable señora á su esposo—. Desde que os partísteis poco antes de las nueve á la sala del Consejo, hasta ahora que va picando en las dos de la tarde, está Felisico en vuestro estudio, con un libro nuevo al parecer, por la traza, y dél no ha levantado cabeza, sino para rezar el Ave María, y esto si he de hablar en conciencia porque yo entré á recordárselo; que buena es la sabiduría cuando antes cumplióse con la religión.

Entrambos miraron por la cerradura del estudio y vieron cómo aquella simiente de ingenio estábase muy grave embutido en el sillón paternal, rodeado de gruesos libros, en uno de los cuales leía muy afanoso,

unas veces riendo locamente y otras con el ceño fruncido, como si hubiera delante graves problemas teológicos, de cuya resolución estuvieran pendientes la buena marcha del mundo, la limpidez de los rayos del Sol y la canonical bondad de la Luna.

II

Por el entonces, celebráronse unas magníficas fiestas que diz que eclipsaban á cuantas hubo hasta aquel tiempo. Fueron con motivo de la canonización de San Isidro, y no quedó cosa notable que para tan grave suceso no se ideara. Fiestas de toros y de cañas en la Plaza Mayor, funciones de teatro, en los corrales y en el buen Retiro, y academia de versos en loor del santo festejado, en la cual ofició como secretario el poeta capellán Frey Lope Féliz de Vega.

Pues á ninguna destas, si no fué al torneo literario consistió en asistir el notable y aplicado mancebo, que decía que los otros divertimientos no eran más de pretextos para distraer el ánimo y que no traían cosa de provecho, ni aún los autos de fe, que ahora parecían de alfeñique los señores inquisidores, y en

una audiencia en que hubiera ochenta reos, no echaban al brasero más de veinticinco, y que para esto más valía estarse en casa al amor de los folios y los perganinos y así no se daba uno cuenta de como andaban las cosas de la religión con más holgura de lo que mandaba el Altísimo.

—Quizá Felisico dice bien—pensaba Doña Irene— y en casa le dejaban, llenándose de ciencia

Pero si como fiel cronista, he de hablar imparcialmente, deber tengo de decir que toda aquella ansia de leer, caía en tierra seca, en tierra nueva, desta que en la primera siembra no da más de hierbecilla y pelambre, y el muchacho que sólo sabía de la vida al través de la lectura, al andar por la realidad, cojeaba como un lijado, y no había muletas que le valieren.

Mostraba un concepto teórico, y por lo tanto erróneo del vivir, y así á cada paso tropezaba muy bien

Era como el ciego, que caminando de la mano del lazarillo, luego quiere describir y pintar los lugares que anduvo y como eran las cosas que diz que á su paso se cruzaban.

III

Su breviario,—por decirlo á la manera devota, ya que con grande devoción leíale—eran *El Ingenioso Hidalgo* que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, soldado que fué en Lepanto, cautivo en Argel, truhancillo en Castilla, hidalgo en Andalucía y Apolo en el Orbe.

A todos los momentos de su vivir aplicaba Don Félix capítulos y párrafos de tan maravillosa y humana fábula, y como con toda fe empleábalos, tenía mucho del de la Triste Figura.

Veía molinos de viento, apariencias de gigantes, que no eran otros que los escollos que comenzaba á encontrar en el mundo.

...Y una tarde pensó que ya tenía su Dulcinea, y creyose que ya había más que necesario para salir por encrucijadas y caminos á buscar trasgos y malandrines que salieran cantando la letanía de tan magnífica princesa que tan gran caballero sustentaba.

Y esta *Aldonza Lorenzo*, á quien se llegó como pulido galán arrancado de los folios de sus lecturas,

fué una primica que se le rió muy donosamente cuando oyose motejar de princesa, y así mesmo él de dolido y pujante caballero, atormentado por la razón de la sinrazón..., etc., etc.

Ella que decíase Leandra, y era de lo bueno en pasta de mujer (y no nada lerda), aunque de menos edad que Don Félix, diz que le habló desta guisa, acuciada porque el mozo fuera de su desvarío, no le pareció del todo mal.

IV

—¡Ay primo! como recelo que no estáis en vos y discurro, que ha de ser caso de conciencia y obra de caridad el poner en autos á vuestros padres. ¿Qué tarántula vos picó, ó qué chocolate tomásteis en que sin duda estaba el diablo y os lo encajásteis por entero? Aprended á hablarme en cristiano, que soy cristiana y puede que me enternezca, pero no así en este modo.

....

—No sé yo como vos de lecturas, y en este punto no puedo poner paño al púlpito, pero sí creo como

decís, porque á mucha gente notable lo he oído, que es aquese libro el más bello y razonado que se escribió en lengua alguna, y de discretos y bien iniciados es el leerle, pero yo pienso ¡primo del alma! que esto ha de ser para cuando se tienen los sesos más sentados que los vuestros, un tanto durillo el corazón y dos más cuarteada la piel; cuando puede decirse al volver de volver cada página «estos pujos yo los tuve, estos yangüeses me batanearon y este Sancho me enseñó á que me curase de fantasías y mirase á mi pesar, que en la tierra hay más cantos que flores y en las ciudades más villanas que princesas, y se ha menester, antes que lanza, adarga, escudo y broquel, maletas con camisas limpias y bolsos con dineros...» Aprended, hermano, á vivir y consultad después al libro, pero ello para ver que diferencias existe entre la vida que corre por sus capítulos y la que vos llevástedes y llevan, no para imitarla. Amad primero porque el corazón vos lo mande, no porque en las páginas escritas leais que amaron otros, que esto del amor es un camino que no puede andarse con guía. Aireaos una temporada destas pavesas que os metísteis en los cascos, pensad sin celebro ajeno y buscadme después, que ya estaréis en razón y yo más espigada, y quien sabe si la raza de los Pimenteles arraigará en la Corte tan de recio como arraigó en

Segovia. Vivid, amad primero, primo Don Félix, y luego leed el Quijote.



Y Doña Leandra habló como otro buen libro mágico y sabio que no quisiera más de un lector, y éste pudiérasele elegir por sí mismo...

ESTAMPAS PARA UN DEVOCIONARIO

—¿Cómo quieren que no alborote un hombre de bien, y dese de puñadas con su padre si fuese menester, y yo le juro á Dios que no hay para mí motivo más pintado que éste? Todos los bienaveturados que que asiéntanse por méritos de sus virtudes á la diestra de Dios Padre, todos los pretendientes y pedigüeños, con Job Jeremías á la cabeza, holgárame de hallar en mi caso por ver de qué traza se comportaban.

En esta plañidera guisa lamentábase ayer, á punta de noche, un pobrete en la lonja de cierta parroquia desta corte, y á bien, y con toda imparcialidad sea dicho y con toda justicia reconocido, que no era el caso para menos.

No muy allá iríase de los cincuenta y cinco años; á taozos parecía vestido y á trozos desnudo; no llevaba

más amparador noble de su persona que una luengua capa, la cual pregonaba haberse visto en mejores hombros en los lejanos tiempos que fué nueva.

La cara, más lamparones mostraba y lucía que la ropa; y si ello no era porque húbose de encontrar en honrosas y memorables batallas al servicio del rey, en cambio cronicaba muy bien un glorioso lustro pasado en los ígneos galeones de Antón Martín.

La una pierna (que era la izquierda) traía arrastras, y la otra rogando á una muletica y á un báculo el favor de llevarla.

Estaba el caso por el cual lamentábase con tanta congoja y desconsuelo en haber pasado ante sí un hidalguillo de buen porte sin darle limosna.

—Sepan—decía á sus próceres camaradas—que más liendres le he quitado desas rubias greñas que soldados de Su Majestad andan por Flandes é Italia; que más palos le asentó en las costillas que tiene la arboladura de una nao, y, en fin, que más hambre acabele que piojos, pues fué como quien dice mi paje de bolsa, mayordomo y secretario, y agora miren cómo el descatacado pasa ante mis barbas sin demostrar que me conoce.

Todos los otros cofrades de la roña y la pedigüeñería iban á soltar el lebrel de la mofa, que es la risa,

cuando comenzaron á salir devotos, y fueles menester que acudiesen á ejercitar con ellos el oficio pordiosero.

Pero así de como pasaron y quedasen otra vez los menesterosos en hermandad, tundieron á pullas y bernardinas al que se dolía de las veleidades y vueltas humanas.

—Ese bellacuelo, agora forrado en raso y espumado en randas y plumas—dijo el hombre, para dar razón de los amargos ayes que ante se le escaparan—, no ha doce años que fué mi mozo de esportilla y lazarillo. Doblado por la hambre y roído por los sabañones hallémele una mañana en el camino de Salamanca; de su docta Universidad dijo que venía, en donde sirvió á cierto mayorazgo, más amigo de las mozas y los naipes que de «bártulos» y «digestos». Acogíle conmigo porque no tenía amparo de alguien; enseñéle las honradas y nunca bien ponderadas ni aprendidas artes de pretender, pedir y enganchar á la uña, y así como las supo (que casi llevábame ventaja), he aquí que una cierta noche topáse con la media en que yo guardaba los ahorrillos; para librarse de mi persecución, emboca en la zahurda de un escribano, denúnciame á la «Santa» por blasfemo, me trincan, y he aquí por qué á la hora desta tengo por rostro un ma-

pamundi y por piernas dos colgajos de carne podrida. ¡Tanto pueden las caricias de una cuerda de cáñamo y los besos de unas cuñas de encina!

Tan alta verdad y grande amargura parecía ponere en sus lamentos, que cada uno de los camaradas fué teniéndoles por justos verdaderos como que nos habemos de morir.

—Y diga, padre—preguntóle un buena pieza, tan diestro remedador de ataques de alferecía, que un verdadero martirizado de tan cruel tormento pudiera perfeccionarse con él—, ¿cómo, si sabe que tal pécora está tan atiborrada de culpas que sin escrúpulo alguno puede muy bien entregarle á la justicia, no hále puesto ya en su mano?

—¡Ay, hijo!—replicaba el viejo truhán, mientras que á puros rasconazos, desollándose vivo, consolábase dela picazón que le ardía—. ¡Cuán poco sabes del mundo! Pues no conoces aquel proverbio que dice no sé qué de tornarse cañas las lanzas, y fuera desto, ¿de qué te parece que puedo acusarle que yo esté limpio? Déjale, que un Dios hay en los cielos y en el día final nos juzgará á entrambos!...

—Razón habéis, y habláis como un libro devoto—comentó el que preguntaba—; no en vano y á humo de pajas dícese que son las canas experiencia de la

vida, y también pudiérades acordarvos si vos entrare mala idea de ser fuelle de aquel mote: «Dijo la sartén al cazo...»

Dentro del santo templo sonaron como un gran bostezo las graves notas del órgano, y luego varias voces desentonadas, que ponían punto á la ceremonia con un «Amén» prolongado.

Comenzaron á salir los fieles apretada y confusamente, que era mucha la concurrencia.

Los mendigos, en confuso murmullo, de entre el que salía como la agudeza de un pito el plañidero tonillo del viejo truhán, pedían por todos los santos del cielo y por todas las pasiones de la tierra.

Los gallofos y muchachos de esportilla que por allí merodeaban (todos son unos y de la mesma sangre) avisaban las literas y coches, llamando á los mozos dellas por los apellidos y blasones de sus amos.

Así como el atrio quedó limpio de devotos, descompúsose el cuadro mendicante; el que hacía de cojo desatacóse la pata de palo, dió dos recios taconazos en el suelo para desentumecer la pierna dormida y echó gradas abajo; el que fingía ceguera miró escrupulosamente la soldada y siguió el mesmo camino; un sordomudo de nacimiento entonó una coplilla al uso y consultó con el decano de la escuela si fuera bueno

el tomarse un cuartillo de sangre de cepas en la tabernilla de Castañeda; replicó éste asintiendo que dábanle mejor en la del «Azotao», junto á la Cárcel de Corte, y hacia allá encamináronse los angelicos...

¡Dios les tenga en su santa gloria!

EL SOCORRO DE LOS MANTOS

Bien sabe Dios que cuando topo en la calle con un manto largo que anda, con lo que quiero decir que lleva una mujer dentro, hago la cruz como si fuera el diablo (¡el Señor nos libre!) y echo para otra parte.

Porque, ¿quién es el adivino que pueda fiarme un real sobre lo que vaya al amparo y resguardo de aquellas amplias y luctuosas telas? Ellas son remedo de la noche, imagen de la alcahuetería, emblema de la traición y fidelísimo traslado del engaño.

No sino sentíos bobos y haceos como de miel por ellos y á fe que os sea á la postre tan cara la broma, que os corran los muchachos por las calles y os rechiflen las comadres desde las ventanas.

¡Cuántas veces pensé yo cuando tenía menos años y ninguna experiencia de las cosas, que bajo de un

largo cendal destos escondíase una espléndida y reciente viuda ó una lindísima huérfana, y luego, al abrirse los pliegues del rebocillo, halléme con el justo castigo de mi simpleza, al ver ante mis espantados ojos la estampa de un esperpento ó de alguna anatomía.

Las viudas no eran sino busconas y las que parecían huérfanas éranlo en todo caso de madre, porque de padre no lo fueran de no acabarse el mundo.

Así como el guardainfante es encubierto de los preñados, suele serlo el manto (por decirlo en culto) de los tiestecillos esportillados que quieren dar flores no valiendo en rigor más de para criar hierba Luisa y demás raíces cordiales.

El manto siempre ha sido la red más tupida con que pescan las señoras mujeres, que tras él se van los incautos *pececillos*, tan ciegos y entontecidos, que en la mano caen dulcemente y sin abrir los ojos.

¡Válame Dios que cuando estas digresiones acerca del manto acúdenseme á las mientes, á punto estoy de tenderme de risa y no acabar en un año!

Vean por lo que es.

No ha mucho tiempo que un deudo mío echóse, contra su costumbre, muy de mañana á la calle, por causas de no sé qué urgente negocio; iba el hombre

aún medio asomado á las cuevas del sueño, y por ende no tenía muy abiertos los sentidos ni muy ágiles las piernas, que al andar flaqueábanle como si más que la necesidad moviéralas la sangrecilla de Cristo.

A torcer iba por una de las callejas que dan á la Victoria, cuando quiere el santo del día que crúcesele un manto de la mejor traza que se ven mantos en el mundo.

Ello fué como chorro de agua fría que despertóle por entero; tanto despabilóse, que se le alargó el andar y se le soltó la lengua. Pero la dama, que con priesa notable iba á lo suyo, más rebozóse cuanto más cerca della veía á mi pariente.

Dice mi primo á quien quiera oirle, que la figura que acusaba la luenga y luctuosa vestimenta era de lo más acabado y perfecto en tipo de mujer. Como era tan temprana hora, no llevaba guardainfante ni aun fontillo que le desfigurase la gentileza, sino á lo que parece una faldellina lisa y ceñida que ni siquiera sobre naguas iba puesta.

Pensó mi dicho pariente que fuera devota de la primera misa que en el cortesano templo se dice mas por su lonja pasaron sin detenerse. Ruta contraria llevaba él, pero tanto podíanle las ocultas partes, de la tapada, que desde luego olvidólo todo y echó

decididamente á su zaga cual la estela tras de la nave que va sirviendo. En todo el trayecto no paraba de ensartar flores y madrigalillos trasnochados!

Quiso á la postre el diablo que al llegar á la calle de Majaderitos, hiciera alto la incógnita dama ante un portalillo que á golpe de aldabón quejábase de los pujantes bríos de la enguantada y cruel mano que le hería.

Salieron á un ventanillo y preguntaron quién llamaba y qué ofrecíase á hora tan temprana.

A lo que con voz suave y melosa respondió su merced que, si vivía allí el comadrón Don Evaristo, fuese luego á tal parte que su ama Doña Jesusa estaba ya con los dolores; apenas hubo dejado el recado (que, como se ve, no podía ser más urgente) y recibido razón de que al punto saldría á cumplir su deber el portero de la vida, apartóse la hembra y, con mi primo á la zaga, tornaron sobre el camino andado, hasta dar en el fin del viaje, que era más allá de San Nicolás de Bari, cerca del Prado de Atocha.

Ya al final de la jornada dignóse su incógnita merced calmar con la música de su voz las amorosas ansias de su galán acompañante, y habló así:

—Mucho os agradezco, señor gentilhombre, por más que me creáis estampa del silencio, la rara cons-

tancia con que me habéis dado cortejo. Están las calles tan llenas de gente atrevida y mal criada, que ya es mucho arrojo que á estas horas se atreva á cruzarlas una mujer sola. Repito el agradecimiento, señor mío, y si de aquí á una hora no ha venido el partero tornaré por él; esperad si os place, mas ahora adiós y quizás para siempre.

Desenmanteó el rostro... y allí cayó mortal mi pariente dándose á todos los demonios y echando saetas contra los mantos, pues que una cara más negra que un gazapo se quebró en burlesca carcajada para reírsele de la devoción y ternura con que le hizo escolta.

Así dice él y digo yo que malhayan estos amplios tejidos de seda, que son como la guadaña de la huesuda que igualan á todas las mujeres.

Sean por siempre malditos y desterrados...

POR QUÉ AMOR ES CIEGO

(CUENTO DE INFANTAS)

Es viejo el bufón, muy viejo. Conoció á tres reyes, los más gloriosos de la dinastía, bajo cuyo recio poderío floreció la república como planta bíen cuidada. Ahora su merced D. Gironcillo, que fué monarca del donaire así como su amo lo es de la nación, no usa la vestimenta de chillones colores, atributo de la locura, ni cascabeles ni sonajas, sufre ya como insignia de tan humillante menester; un severo traje de fino paño de Segovia, como á su edad venerable corresponde, encuadra su persona, que es breve y arrugadita, las barbas de plata, mucho respeto atraen; tócase con un birretillo de terciopelo, también negro sin pluma ni joya, y en la diestra lleva á manera de báculo que le vale de apoyo un rico bastón de ébano, con puño y contera de oro, los cuales fueron fundidos, según él mismo dice, con los haberes de su primera soldada,

allá en tiempos del César. ¡Dios le tenga en su santa gloria! Era un gran rey y era un buen hombre.

En los días del invierno que hace sol, D. Gironcillo sale á tomarle de lleno en las galerías altas del Alcázar; un perrazo grande y negro, también achacoso, que muchas veces sirvió de cabalgadura á los principitos é infantes le acompaña, y entrambos suelen dormirse á un mismo tiempo al amor de Febo.

El Rey Nuestro Señor tiene mandado, que haya consideraciones muy notables para el viejo histrión y que lo que se le antoje séale servido pulcramente como si una persona de la sangre lo dispusiera. Y con esto andan las gentes de estrados y escaleras muy cumplidas y serviciales.

Aunque lo más de la alta servidumbre es nueva, pues de la del otro rey no queda más de algún viejo guerrero, ó algún padre grave que fué confesor de la real persona, y que por respetos quedó hasta aquí, Don Gironcillo conoce á todos, y de vez en vez se permite una chanza burlona ó un consejo que es todo él una satírica enseñanza de la perfecta adulación cortesana.

—No confíen mucho vueseñorias— decía una mañana á dos nuevos caballeros, que ya comenzaban á tener ambiciones de privado—en las fábricas palacie-

gas, que como ellas son grandes siempre están en obra, y cosa que en un tiempo hizo furor, luego viene una moda y la sustituye. Por ante mí, pasaron aquellos colosos de la privanza, que parecía que no soplara *simoun* del desierto para moverles, aquellos que se llamaron Antonio Pérez, Ruy Gómez de Silva, los Duques de Lerma y de Uceda, y últimamente, aquel soberbio Don Rodrigo, Marqués de Siete Iglesias y Conde de la Oliva, y ya vísteis cuán ajeno fin á su alto rango hubieron de tener, y algunos cuán desdichados.

En esta mañana que nos trae á cuento, está el anciano patriarca de la risa, sentado ante un gran ventanal de las bajas galerías; atalaya desde allí con mucha nostalgia de su tiempo mozo, los ámplios y bellos jardines de la Casa de Campo, y el horizonte diáfano y limpio que besa los picos de la sierra vecina.

«¡Aquella dama Isabel que me fué amable una tarde en Riofrío, casó luego con un montero mayor...! Esotra aya Amelia... que curaba de la Princesa Isabel Clara Eugenia...»

En las Descalzas Reales paró aquel traspies.

¡El Escorial! Así como era Panteón de reyes, era también Panteón de los más queridos recuerdos y de los más sublimes amores del juglar.

Una noche sopláronle la moza unos lacayos del Príncipe de Melito: era ella joya de una posada de hacia la lonja, y por recuerdo los malsines dejáronle una estocada en el pecho. Eran muchos y eran fuertes.

Por estas penas ándanse haciéndole los ojos devoción dellas, cuando muy quedo lleganselé á traición la infantita Doña Margarita María, y su azafatilla Agustina Velasco, y remedándole un susto tórnanle á la realidad.

El vejete trae hacia así á la Infanta, y pídele burlesca cuenta de aquel desacato.

—¿Al abuelo—dice con la naturalidad, que pudiera decirlo el segundo vástago de la dinastía,—al abuelo le haces tú miedo? ¡Ah, pícara!

Y la Infanta y la azafata corrían en torno de su merced, riendo como dos locas.

—Oye, Gironcillo—dícele S. A.—Cuéntanos una historieta.

—¿Vieja ó nueva?—responde éste.

—Cosa tuya, poca novedad puede tener. Mil veces he oido decir á mi padre, que cuando él era muchacho de mis años, tú eras ya muy maduro.

—Veinte años de ventaja llevábale yo á tu abuelo, y mis primeros pasos en la corte del suyo los dí. Yo he estado en Flandes y en Alemania, he visto muy

de cerca (era yo un niño), á Guillermo de Orange y Mauricio el *Taciturno*. También me ha retratado Antonio Moro, como á Tejerón famoso truhán de los condes de Benavente.

—Bien, bien, cuéntanos algo.

—Pues, oídme el asunto de una vieja balada que es muy sentida; tal y como ella es,con la gala de la rima, borróseme de los cascos, pero el armazón, muy bien se me acuerda, tanto, que tentado estoy de volver á vesificarla. ¡Con cuanto gusto solíanmela escuchar tu madre y tus abuelas...? Ahora, oye tú.

El viejo lebrel que á los pies del juglar dormía, abrió un momento los ojos y carraspeó un débil gruñido, que era como protesta porque venían á turbarle la paz del sueño.

Y comenzó el bueno de Gironcillo su narración con voz de misterio, en que había algo de canturia.

—Pues, sabe tú, princesita mía, que esta era una vez, que allá en tierras Germanas, por donde comienza á ponerse el sol en los estados españoles, había una infantina pulida y bella así como tú lo eres, sino que en edad ganábate un lustro por la mano. Aconteció que allá por cuando las luchas de la Reforma, que fué traza ideada por el malo, para perder almas débiles, hubo menester el padre y señor desta prin-

cesa, de salir á la cabeza de sus gentes para combatir por la virginidad de María, madre nuestra, y la irrecusable verdad del Santo Evangelio.

Érase el atardecer del mesmo día en que el padre se partió contra los infieles. Muy sola y apenada estaba en el parque del castillo la dolorida, cuando á punto en que el sol dejaba ver su última brasa, llegó un muchachuelo muy lindo y despejado, que comenzó á querer alegrarla. Iba todo él desnudico, y no más que una aljaba y una coronilla de flores traía por gala é indumento. La niña miróle un rato, pero sin atender con grande entusiasmo á los juegos y bojigangas que urdía. Viendo el tal que éste no era camino para quitarle la tristura, recurrió al ingenio y comenzó á decirla madrigales muy á par del oído á la manera desos que vos sabéis de vuestro tío Don Carlos y de los maestros Gutiérre de Cetina y Luis Martin. Y esto ya comenzó á ser más del gusto de S. A. Llegó á sonreir, y deste modo transcurrió al filo de media hora, sin que acordárase de su padre más que yo del huevo de Juanelo, cuando, héte aquí, que un bufoncejo de mala muerte, que á lo que yo entiendo era renegado huído de la cámara de algún embajador español, llegó hasta á ella pensando que había sustituto, y esto era caer en desgracia, enojóse harto,

pero bañando su cólera en agua burlesca, que es la ponzoña del ridículo, la más venenosa de cuantas inventara la alquimia, comenzó á parodiarle y comentarle cuanto decía, que eran saetazos que iban resquebrajando el corazón de la infantina, y al fin ésta, soltó una estrepitosa carcajada y con ella toda la obra del sitiador se vino al suelo.

No quiso esperar á más el bufoncillo, y mientras la princesa reía arrojó de mala manera al muchacho galán que no era otro que Amor. Aún no tienes tú noticias del quizá no tardes, que ya vendrá tiempo de que en tu corazón le enciendas una lámpara.

Muy condolido salió el mocito del parque, no miró dónde iba, imagino que no teníalo pensado, y echó hacia el bosque. A poco, las sombras cerraron del todo; allá en el cielo como lamparitas de plata, lucían las estrellas. Sentóse al pie de un recio arbusto, y pensando en su derrota lloró, y llorando, vino á dormirse.

Amaneció una mañana espléndida.

Dos mozuelas desarrapadas, salieron á buscar leña, y más que que ello, era menester que habian de cumplir, entreteníanse en correr y triscar por la verde fronda, en esto pararon en Amor que dormía y llegaronsele á mirar si era chiquillo con quien tuviese amistad y vieron como no.

Desparramóse entonces por la tierra el primer bostezo de Febo, y un rayo ténue fué á reflejarse en dos lágrimas rezagadas que Cupidillo tenía á las puertas de los ojos. Al descomponerse la luz en ellas, advirtiéronle las pécoras, y pensando en que fueran cuentas de cristal, á las que eran muy aficionadas, quisiéronlas cojer; pero entráronse en discusión y ésta fué la desdicha, cada una contábalas para sí, discutiendo vinieron á la greña, y á la postre, en un alto del duelo fuéronse como vibóras para el dormido rapaz; y queriéndo á un tiempo quitarle las lágrimas, entre las garras de bestia, puercas y afiladas, de cada una sacáronle prendidos los ojos.

....

Ya sabes, princesita mia, por qué *Amor* es ciego. Antes deste desaguisado, él no asaltaba más que á los corazones que tenían el estuche galano y pulido, esto es, á las damas hermosas y á los caballeros gentiles, pero desde entonces, como dispara á ciegas, lo mismo caen sus flechas en lindezas extremadas y niñas como tú, que en cuerpos de cofre tan viejos y barbados como yo.

PLANTAS, FLORES Y FRUTOS

En Alcalá de Henares, ciudad insige, altar de las ciencias divinas y escuela de las humanas, patria de preclaros varones y plantel de bellas mujeres, existió habrá algún tiempo en cierta calleja que sale al campo, un mezquino huerto de ruinosas tapias, por unos sitios abiertas con holgura y por otras groseramente remendadas con adobes. Los bardales estaban almenados de juncos secos, apegotados con broza y cieno de un arroyo que cerca pasaba de aquel sitio.

Casi en el centro de la tapia había una puertecilla carcomida por la lluvia y el sol y desvencijada aún más por el mal cuido que por la acción del tiempo; los herrumbrados herrajes aparecían casi desprendidos de la madera; por el hueco de un cuarterón (que

la puerta era destas de cuarterones y tenía trazas de haber sido recia) veíase el huerto. Un cercado tan yermo y mustio en Agosto como en Diciembre.

Un olmo añoso y gigante asomaba por encima de las tapias su venerable corpulencia: era la única vegetación que allí había; pues que entre los hierbajos que le rodeaban no veíase ni una flor que pudiera agradecer su vida á la mano del hombre.

En un ángulo alzábase humilde la casa del hortelano, adornada enredor por grandes cuadros de sándalo y hierbabuena. Lo más del huerto no merece la pena de mencionarse, pues, como digo, jamás vióse crecer en él planta ni flor que mereciera cuidado.

Los dueños de aquella miseria apenas si dejábanse ver á la luz del sol, ni nadie sabía más de su vida sino que él llamábase Bonifacio y ella Estefanía, y que ambos sirvieron, en el ocaso de su vivir, á una señora mayorazga que desde Sigüenza habíase trasladado á Alcalá por estar más cerca de cierto lampiño doctor que explicaba leyes en la sapientísima Universidad.

Diz que la tal dama vivía lo más honestamente posible que su amor no santificado pudiera consentirle, sin dar que decir á nadie; empleaba la mañana en piadosos ejercicios, tales como asistir á misa, visitar los hospitales y las cárceles, á lo que, pacienzuda-

mente, acompañábala, como grave rodrigón, el señor Bonifacio.

Luego desde las piadosas visitas no salía hasta la puesta del sol, en que, acompañada por su espetado catedrático acudía al «Chorrillo» á despedir la tarde.

Hubieron necesidad de partirse á Salamanca, en cuyas celebérrimas aulas era urgente el grave saber del señor jurisconsulto, y al salir de Alcalá dejaron como recuerdo á los buenos servicios de sus leales servidores, el árido terruño con infulas de huerta, donde por referencias históricas, hémosle venido á conocer.

Dicen—y no seré yo quien lo mantega á punta de pluma, aunque de bocas de muy resptables comadres helo escuchado—que no era aquella mansión por de dentro todo lo triste y callada que parecía por de fuera, pues si mientras el sol brillaba no se abría el viejo postigo, apenas asomaba la primera estrella de la noche comenzaban á chirriar los mohosos goznes de la puertecilla, y con pequeños intervalos (entiendo yo que para tomar alientos) no dejaban de lamentarse hasta el alba.

Era cosa de ver—aseguran las comadres—cómo en apiñadas parejas iban acercándose hacia aquellas venerables y derruídas tapias damas y lindos, que más

parecían, por lo pulidos, delicadas figurillas de porcelana del Retiro, y al llegar á la inválida puerta—la sublime puerta, como la denominaba alguna socarrona damisela—empujábanla disimuladamente y entrábanse por el huerto adelante.

Mentira parece—y es, sin embargo, mucha verdad, según las autorizadas comadres—que en tan miserable recinto sólo, entraran personas de algún rango, que jamás el umbral de aquel huerto viose después de las seis de la tarde hollado por plantas villanescas.

Era, en fin, aquel huertecillo, al decir de todos, el *vertedero* de los amores *non sanctos* de Alcalá, y así el pueblo, que las más veces es gráfico y feliz en sus expresiones, el *vertedero* le llamaba.

Más de un corregidor vió en él los escombros de su honra, por no poder soportar la señora corregidora el pesado edificio de su convencional matrimonio, y á más de un venerable árbol genealógico de milenarias raíces, desgajósele alguna hoja que un maldecido viento cubrió con aquella tierra, excelentemente abonada, haciendo luego brotar un robusto retoño de bastardía, que, andando el tiempo, túvose en tanto como el tronco de donde se degajara.

Diz que un atardecer armose no sé qué zambra entre dos galanes por una bella dama, que cada noche

traicionaba á una de entrambos con el otro, y hubo de intervenir la señora Justicia, dando en la cárcel con cuantos había en la casa.

Todos vociferaban, defendiendo cada cual su inocencia, y nadie se entendía; y como los unos por su rango y los otros por su culpa, estaban pringados en aquel lodazal, allí era el forrar de plata las manos del alguacil y los corchetes, viniendo á parar en que, como siempre suele quebrarse la cuerda por lo más delgado, el señor Bonifacio y la señora Estefanía hubieron de purgar por todos. El pobre viejo sometido fué á un escrupuloso interrogatorio, en el cual no pudieron sacarle pacíficamente que aquel cercado era otra cosa que huerto, y, según él decía, de los más famosos de Alcalá. Al fin, puesto á cuestión de tormento, viendo que de por sí no decía palabra que esclareciera su modo de vivir, á la primera vuelta de tornillo habló como sigue:

—«¡Por el Dios que les crió, déjenme si son cristianos, como parece, que yo les prometo de hablar más que un barbero y sabrán cuanto quisieren! Aflójeme un poco esta clavija, hermano atormentador, y más bien pagado será de lo que imagina, pues que Dios Nuestro Señor se lo tendrá en cuenta... Pues sabrán vuestras señorías, cómo aquéllo era huerto y no

de los peores, que no pienso que les ganen muchos, sino que por ser diferente de los demás, en éste las plantaciones estaban dentro de la casa, y llegaban de la ciudad, cada día al ponerse el sol, al revés de lo que en otros acontece, que ellos son los que á la ciudad envían sus frutos. Eran la simiente, los billeticos que por orden de tales ó cuales caballeros, esparcía mi mujer todas las mañanas en terreno abonado, que por la tarde daban como flor garridas damas de toda jerarquía y condición; y en cuanto á los frutos, señores míos, unas veces venían y otras no, que en eso yo no andaba, aunque tengo para mí que todas aquellas *flores* eran como estrotas de los salones, que no sirven más que de recreo á los ojos, y al primer frío del otoño se marchitan y deshacen...»

Con haber hablado el buen viejo como un libro y dado fé exacta de las plantas, flores y frutos de su llorado huerto, fué condenado á galeras por cinco años, para donde salió de allí á poco, no sin antes haber paseado solemnemente el envés por las calles de Libreros, Mayor, Santa Ursula y plaza de los Santos Niños, hasta parar en la cárcel; y aún hay de aquellas oficiosas comadres quien asegura que este lacerado era aquel venerable viejecillo que iba en la cuerda de forzados que, para desventura y arrepentimien-

to de sí mismo, libertó el magnánimo Don Alonso Quijano de ir donde no quisieran.

De la señora Estefanía no se sabe más de que una mañana fué hallada muerta en el calabozo que ocupaba en la Inquisición de Toledo, y hay barruntos de que su ánima, por no bajar á los *profundos*—¡Dios Nuestro Señor nos libre!,—repartióse equitativamente por los amojamados cuerpos de todas las dueñas castellanas y manchegas.

INDISCRECIONES DE UN PAJE

Estas y otras páginas hallé entre unos papeles viejos que un mi abuelo rebuscador de antiguallas conservaba en una alacenilla, que allá, en un desván con pujos de celda, privaba como sagrario de las devociones ratoniles de su antecesor. Yo sácolas de la penumbra y secreto en que los siglos dormían y á guisa de crónica picaresca de un tiempo que pasó, te las ofrezco, amigo lector.

PAPEL PRIMERO

¡Qué de engaños y farsas tiene el mundo, que no hay moneda de estaño que más falsa sea! Miren vuesas mercedes por esto que decirles quiero si no tengo más razón que un evangelista.

Al pie de cuatro años habrá que desde Segovia (tierra en que plugo á mi padre de establecerse, á mi madre de parirme y á entrambos de confeccionarme)

vine á la Corte y entré en casa deste grande de España, puntal de la Corona y tizón del Santo Oficio, que no menciono por no dalle á la vergüenza, y viniendo yo de mi casa, puro é inocente como cendal de virgen sin adobo, no más de por lo que vi en este hogar, pudiera dar liciones de picardía y travesura á aquel mismo Diablo Cojuelo, que diz que una noche levantó los tejados de la villa por dejar las macas de sus vecinos al descubierto.

Es mi señora doña Silvia, mujer de mi amo, la más gentil hembra que ví en mis días, y díz que en el alba de su mocedad la mesma Venus, al salir de los mares, la tomara enojos y celos, el sol. Ahora, como ya va mediando el otoño, parece que quiere aromas de primavera y á todo riesgo los busca, que así acontece entiendo yo, en todo hecho agradable de la vida: á él nos atenemos hasta que se va perdiendo la memoria de cuando fué ó la esperanza de alcanzarle.

. . . .

Yo era simple, y no hacía aprecio de lo mucho que me regalaba doña Silvia, cuando aún no había una semana que era á su menester. No gustaba de que nadie me emplease, y siempre á su lado me quería, y y con esto yo apenas movíame de la cámara y de toda costumbre era testigo, que delante de mí cambiaba de

ropa y delante de mí llegó á tomar el baño y á mandarme que la enjugara con un sudario transparente á cuyo través dibujábase la carne fresca y mórbida, que era ganzúa de mi simplicidad. Y un día hubo ella de acudir á enjugare, y de entonces, todas las mañanas.

....

Y aquí quiero dar cuenta de un mal rato que hízome pasar una noche y que luego no fué más que una burla cruel contra su prócer consorte.

Y fué desta manera:

Díjome una tarde:

—«Mi Blasico, quiero que esta noche la pases en mi alcoba.

—¿Y cómo podrá ser eso?—decía yo espantado—si mi señor, el duque, está en ella y por fueros de marido en vuestra misma cama?

—Pues mira, que quiero que así sea—decía—ó á fé que todo lo eche á doce. Tú entrarás quedito, y entre los cortinones del lecho y la cabecera te esconderás; ya estaré yo sobre aviso y no te irá mal, que para esta vez te guardo el mejor soneto de mi antología.

Y fuí con el alma en la boca.

A tientas iba, curando de no tropezar y si por acaso hacía ruído, luego me estaba una hora con un pie en el aire.

Apenas llegué á la cortina que cubría el infierno de aquel matrimonio, cuando me advirtió doña Silvia, y tomándome por la diestra comenzó á decir:

—Marido, marido, ¿no oís que os llamo? ¡Parecéis un tronco! Así curáis del honor de vuestra esposa, que por osadías de un esclavo vil se ve en peligro? Sabed que Blasico, aquel paje que trajísteis de Segovia, hoy me ha requerido de amores, y aún tuvo la avilantez de darme cita en el jardín para esta noche.

Sólo pensaba yo en estar enterrado, que muerto ya lo era, y por ello no pedía confesión.

Doña Silvia continuaba, sujetándome más cada vez.

—Ved, marido, que quiero que bajéis al jardín y le deis lo que merece por tal desacato al honor de entrambos.

El tal, como toro alanceado, púsose en pie de un salto. La pécora continuaba:

—Pero advertid, que para que no huya al veros y podáis castigalle como se merece habéis de encajaros mis vestidos. Ponéoslos, y no hagáis luz porque no advirtáis el almagre de vergüenza que me cubre el rostro al haceros esta confesión.

Hizo el maridillo como le decían, y salió furioso al jardín.

....

Cuando húboseme pasado el susto y á la verdad que harto hubo de hacer mi ama y dueña para que se me asara, aguijando y macerando mis aletargadas ansias, mandóme que luego con un buen fresno bajara en busca del toreado, y entendiendo que era su liviana costilla, emprendiérala á golpes hasta que pidiese confesar y que dijésele mientras le daba:

—Tomad, bellaca, bazofia de arrieros, tasajo de mancebía, que en esta estima tenéis la limpia honra de mi amo, pues con un criadillo suyo consentíais en esta vileza, que él no lo pidió más que para probaros.

Hícelo así, y en Dios y en mi ánima que me despaché á mi gusto. A la media docena plañía el infeliz.

¡Basta, Blasico, por tu vida! que ya se en cuánto tienes el honor de tu amo..., ¡basta, que soy yo...! Así como á mí duele, prémietelo Dios en el cielo tan bien como yo te lo premiaré mañana en mi aposento.

. . . .

Desde aquel día, soy el amo de la casa...

*
* *

Luego de copiado el suceso, á mí me parece que ésta no se coció en las aventuras de aquel truhán, sino en un donoso ingenio; pero allá con su pan se lo coma, que yo me lavo las manos.

Estas páginas, que escritas fueron en loor y devoción de los pasados sucesos de mi Villa y Corte, en donde nací y me crié, hacen punto en esta hoja. Sean ellas como breve holocausto á mis hidalgas y literarias creencias, ya que ánima adentro no tenga otras que suban á los altares ni desciendan á los mitos.

Sean, pues, por siempre mantenidos en mi pensamiento, tras magníficas bienandanzas, de Quijano le Bueno, el truhán Don Pablos, Trapaza el Bachiller y Gil Blas de Santillana, y viva siempre en mi corazón la fe por aquella dama cuyo nombre callo.

Madrid, á 2 de Enero deste año de 1914.

Local scenes and legends—literary



INDICE



